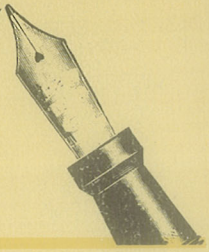
Leopoldo de Luis

Concha Zardoya



ESPAÑA, ESCRIBIR HOY

Concha Zardoya, española, aunque nacida en Valparaíso (Chile) el 14 de noviembre de 1914. Licenciada en Filología Moderna por la Universidad de Madrid y doctora por la Universidad de Illinois (USA). Ha sido profesora de Literatura Española en las Universidades de Tulane, California, Yale, Indiana, Barnard-Columbia y Massachusetts, en los Estados Unidos. Traductora de Walt Whitman, Charles Morgan y otros escritores. Ha colaborado en numerosos periódicos y revistas, ha participado en congresos internacionales y ha dado innumerables conferencias en entidades culturales.
Accésit del Premio Adonais de Poesía 1947; primera mención honorífica del Premio Hernández Catá de Cuentos, La Habana, 1949; accésit del Premio Ifach de Poesía, Alicante, 1952; Premio Boscán de Poesía, Barcelona, 1955; Premio Fémina de Poesía, Madrid, 1975; Premio Café Marfil de Elche, 1980.
Su bibliografía es extensa. Ha publicado hasta la fecha 16 libros de poesía, 13 volúmenes de cuentos (con el seudónimo «Concha de Salamanca») y diversas obras de biografía y crítica literaria. Ha colaborado en el *Diccionario del mundo clásico,* 2 vols., editado por Labor en 1954. Ha publicado, con prólogo y notas, el teatro y poesía de Gil Vicente (1946).

Leopoldo de Luis

nC

© Copyright 1982

ISBN: 84-7483-266-7

Depósito legal: M. 31.435-1982

Reservados todos los derechos

MINISTERIO DE CULTURA. DIRECCION GENERAL
DE PROMOCION DEL LIBRO Y LA CINEMATOGRAFIA

Printed in Spain. Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos del Jarama (Madrid)

Leopoldo de Luis

Concha Zardoya

Biografía

EL cuadro cronológico —que se inserta al final de estas páginas— nos dibuja esquemáticamente el perfil biográfico de Leopoldo de Luis. Convendría, sin embargo, hacer uso de sus propias aclaraciones para completarlo o, al menos, matizarlo en algunos detalles. El poeta emergerá así con mayor nitidez desde su hombredad y ambiente en que se enraizó.

Su padre —Alejandro Urrutia—, de origen castellano, era un abogado de inquietudes intelectuales y de vasta cultura. Colaboró en periódicos de Valladolid y Madrid, y hasta publicó tres libros de versos. Jorge Guillén le recuerda —en el Valladolid de 1918— como «un caballero elegante, de fino acento andaluz, que se detenía a hojear revistas y periódicos en los quioscos de la Plaza Mayor y de la Fuente Dorada». En Córdoba paseaba con Julio Romero de Torres.

Su madre —Vicenta de Luis—, hija de un farmacéutico vallisoletano, había sido educada como las señoritas de su época: sabía francés, música, «labores de adorno», salpicadas de «lecturas románticas»...

El padre regentaba los negocios del abuelo, y a causa de una quiebra económica la familia se trasladó a Madrid. Leopoldo de Luis tiene diecisiete años y, sintiendo vocación

por la enseñanza, estudia Magisterio con el propósito de ingresar en la Facultad de Filosofía y Letras. La guerra civil le impide hacerlo. Pero esos estudios le relacionaron con jóvenes que luego serían escritores: Jorge Renales (Jorge Campos) y Jacinto Luis Guereña. Durante sus años de Bachillerato fue compañero de Luis López Anglada. Sus aficiones poéticas le vincularon a dos amigos —José Luis Gallego y José Méndez Herrera—, con los que inició la publicación de un pequeño *Pregón literario.* Conoció a Rafael Múgica (luego Gabriel Celaya) en la sección de literatura del «Lyceum Club Femenino», dirigido por Halma Angélico. Su amistad con Miguel Hernández data de 1936.

Desde 1944 empieza a publicar sus poemas en Madrid, colabora en numerosas revistas literarias y tiene amistad con muchos de los poetas de su tiempo.

Leopoldo de Luis reconoce en su formación influencias de Antonio Machado, de Miguel Hernández y de Vicente Aleixandre. Confiesa que la primera lectura de *La destrucción o el amor* le impresionó hondamente, y que el gran poeta ejerció sobre él un intenso magisterio humano. Cabe recordar aquí —para completar en profundidad la figura de Leopoldo de Luis— cómo lo describe Aleixandre en su «Encuentro» con él: «La puntualidad, el escrúpulo, la diligencia, la atención son cualidades morales que un artista puede llevar ínsitas en su alma. Y en un quehacer cotidiano, ajeno al parecer, estar conmovedoramente denunciándole, haciéndole reconocible cuando nuestra mirada penetra por una puerta abierta y arroja un cono de luz sobre aquel que sentado a una mesa trabaja con aplicación. Porque nada es ajeno y todo queda absorbido en su unidad, todo integrado y todo armoniosamente situado y reconocido como elemento de un símbolo general. Este artista será un hombre cortés. La cortesía, la delicadeza, una suave paciencia pueden, en el trato humano, ser tal un dibujo fino, servicial, adherente, donde cada uno de los otros, como subrayado por la mano conocedora, adquiere su perfil, su desenvoltura, su natura-

Leopoldo de Luis, a los diez años, con sus padres y su hermana

lidad, protegido —aunque a primera vista no lo creamos— por esa firme y suavísima dedicación.»

Y su amigo y prologuista Ramón de Garcíasol escribirá de él: «Leopoldo es un hombre serio, responsable, atento, en vela, seguro. Como en los versos de Machado —una de sus devociones poéticas—, con un dinero limpiamente obtenido, santificado por el esfuerzo, paga la tela que le cubre y el hecho donde yace. Sobre sus hombros dignos gravita la casa, la familia y la patria.» Así es. En su puesto administrativo, Leopoldo de Luis ha trabajado con interés y sin resentimiento, asegurando su independencia en lo intelectual y en lo literario.

En sus versos ha cantado al hijo y a la esposa, ha llorado al padre y a la madre, ha ahondado en el dolor humano.

Lector infatigable, gusta comentar la poesía de sus contemporáneos, publicando numerosos artículos de crítica, antologías y ediciones anotadas.

OBRA POETICA

Leopoldo de Luis es un poeta representativo de la poesía española de posguerra. Sus primeros versos le nacen en el fragor de la contienda civil, pero sus libros se cuajan en los primeros y difíciles años posbélicos. No sólo trata de autoexpresarse en ellos, sino de lograr una comunicación más universal: expresar a todos los hombres, y sobre todo a los que sufren. Ha de execrar la ignominia, denostar la injusticia, consolar y dar esperanza también a los tristes o desvalidos. Es un poeta del amor doméstico —enamorado, filial y paterno—, pero es, además, un poeta social, humanista y, al mismo tiempo, inclinado a la introspección existencial. La poesía es, para él, sentimiento y experiencia. Su pesimismo se disuelve en ansia de futura salvación que, aunque no se cumpla en él, puede lograrse en su hijo, en los hombres de mañana. Su lamentación —cuando existe—

es siempre viril y estoica, nunca desesperada. Sus poemas últimos se resuelven en noble serenidad, aunque no signifique nunca ignorancia de lo que pasa en torno suyo. La humanidad sigue estando asediada por furias y desastres. Mas el poeta la insta a perseverar en la esperanza de un porvenir más justo, a una solidaridad que tal vez alcance plenitud algún día.

Para Dámaso Santos, «la voz de Leopoldo de Luis es la más grave. Como fue grave la del horaciano Fray Luis, la del senequista Quevedo, la del dieciochesco Jovellanos, del romántico Espronceda, la de Antonio Machado en medio del modernismo, la de Miguel Hernández en sus epigonías neoclásicas. Por ello no se molesta en innovar formas, sino que camina tranquilo y artesano... por la rima y la rama tradicionales que le permiten expresar con holgura su angustia de un tiempo de dolor, su preocupación consabida de lo cotidiano, su esperanza en la solidaridad». («Pueblo», Madrid, 23 de octubre de 1968.)

Sigamos la andadura poética de Leopoldo de Luis a través de todos sus libros, aunque no podamos detenernos en ellos como quisiéramos. Pero de esa síntesis —obligada— surgirá necesariamente un diseño claro e intenso de su personalidad lírica: su ética y su estética. José Antonio de Cáceres Peña ha estudiado en su obra *La poesía de Leopoldo de Luis* los temas principales de nuestro poeta, reduciéndodolos a cuatro: lo autobiográfico, la enajenación de la gran ciudad, la solidaridad y la condición humana. Naturalmente, establece apartados en cada uno, interrelacionándolos también cuando es necesario. Recomendamos la lectura de este ensayo al lector interesado, porque no podemos repetir aquí sus opiniones y ejemplos. Nosotros nos limitaremos a servir de simples guías que señalan lo más destacable y singular en el rápido —e incompleto— itinerario poético deluisiano. Su dicción sencilla nunca nos causará problemas de interpretación: ningún hermetismo culterano velará el sentido de sus versos directos, humanos, conmovedores. Todos

nos sentiremos aludidos: el poeta habla por cada uno de nosotros, y sus símbolos nunca encubren ni su sentido ni su emoción. Su melancolía también es nuestra y su ritmo melódico llega siempre a nuestras fibras más sensibles. Su decepción o su esperanza coexisten en nuestro espíritu. Sus graves o leves palabras representan siempre lo que sentimos. Leopoldo de Luis es nuestro «apóstol». Su autenticidad humana nos toca el corazón. Le sentimos padre, hermano, maestro, amigo, en estos poemas que no cesan de nacer y de acompañarnos por el camino de la vida. ¡Larga vida ya!

Alba del hijo (1946) es un libro traspasado de paternidad, de ternura infinita, de sencillez y de belleza. Es una bienvenida a la Poesía, al mismo tiempo que al hijo que va a nacer. Le adivina en el cuerpo de la esposa: «ternísima rosa» en su cuerpecillo en penumbra. El poeta sabe que el hilo de su propia vida «se adelgaza / para ser esa dulce gota» de su existencia. Y se pregunta con emoción hondísima: «¿Cómo llamarte si eres lo que sólo se nombra / con íntimas palabras de lenguaje indecible?»

Huésped de un tiempo sombrío (1948) es un libro de temblorosa melancolía, casi juanramoniana. El alma del poeta se siente traspasada vagamente por el otoño, por la lejanía del paisaje. Todo le invita a meditar qué sea la vida: «Vivir es ser corteza de este roble / que en hielo y sol el tiempo va quedando.» Y qué sea el hombre: «Somos árboles viejos. / ¡Oh, raíces / que tierra de amargura ata y ahoga. / Corteza de otras carnes seculares.» Mas en sus frondas hay «ancestrales gemidos de gargantas humanas».

En *Los imposibles pájaros* (1949) aún está presente el mes de octubre con su viento que «humaniza dolorosamente» los cañales amarillos. El poeta se siente como unamuniana caña —hueso suyo— de la cual arranca el viento «un dolor muy antiguo». Pero el cansancio sube de la tierra: «este cansancio de caminos». Ampliando e intensificando a Antonio Machado, concluye: «En el principio de la vida era / un hombre al borde de un camino.» Sin embargo, por ese ca-

mino se va a la Primavera que aprenderá el hijo cuando llegue el mes de abril. Y, citando a Jorge Guillén, para contradecirle, lleno de melancolía, afirma finalmente: «Pájaros imposibles. / Lo que he perdido nunca / volverá con las aves.» Como Gustavo Adolfo Bécquer en su célebre rima LIII.

Los horizontes (1951) —diríamos— es una elegía por el hombre, por los hombres. Duele el amor y la libertad nace por el llanto. Como la luz nos morimos, «ascua fugitiva», y hasta «el amor anochece en nuestros labios». «Los despojados» nos recuerda, entre otros poemas, «El niño yuntero» de Miguel Hernández: por su dolor compasivo, la descripción poética de la miseria y del hambre, de la indiferencia y de la derrota. ¿Los vencidos de la guerra? Las posibles connotaciones nacionales se disuelven en la universalidad del tema: «Se movían como se mueven / las tristes bestias silenciosas...» No obstante, los «Oscuros hombres» aspiran a la luz, «a remontar los hoscos sueños». Agonistas solitarios alzan su silencio, su rencor y su «sombría nada», buscando la luz. El poeta les invita a un acto de solidaridad: «A la impávida luz de la amargura / mirémonos: / vamos a comprendernos.» En «Y seguir», dirá: «Vamos hacia el mañana. Alcemos las pupilas. / Que un canto de esperanza caldee nuestra boca. / No estamos solos. Alguien precisa nuestros hombros.» La elegía se ha tornado casi un himno esperanzado. Por la palabra, el hombre se libera de su asfixia: «Por esta voz que brota de la sangre / la libertad humana se ilumina.»

Elegía en otoño (1952) repite el tema de la vida humano como huida inescapable: «Todo se vuelve al fin Otoño / de arena triste en nuestras manos.» La vida se torna ceniza de septiembre: «Y el fuego lejos. / Ya no estamos.» Flotamos en el tiempo. ¿Qué somos? «Somos de tiempo. Soledad y tiempo / nos vuelven sombra y nada.» Leopoldo de Luis extrema en estos versos su vena romántica. Si mira al mar, ve un naufragio: es la muerte. Y los hombres son trenes en vías muertas, estaciones solitarias, raíles herrumbrosos en

los que descarrila definitivamente «aquel tren de juguete de la infancia».

El árbol y otros poemas (1954) contiene poemas en que objetos concretos son símbolos del hombre: visibles, tangibles, audibles... En «La caja de música», los hombres se sienten sonar dentro del pecho: «Nos oímos la vida, resonancias / de músicas, de sueños, / de olvidadas, perdidas melodías, / de remotos, oscuros, tristes ecos.» Oímos el pasado, el amor, canción remota, música antigua arrancada por nuestras propias manos: «Esta caja de música del alma / se nos destapa lentamente dentro. / Nos sentimos sonar. Nos escuchamos / canción, música, ecos.» Vivir acaso seo «oírse / en la caja de música del tiempo.» En triple sinestesia, Leopoldo de Luis refine y siente la vida como una fuga musical tristísima. En su homenaje a Pío Baroja, «Los caballitos» recuerdan al poeta el niño que fue en su infancia: desde ella filosofa. La ceniza va recubriéndonos y «nos vemos rodar pesadamente / bajo afligidas, cotidianas prendas, / bajo ropas de sórdida amargura / que el blanco hueso cubren con su arena...». El niño ríe desde la orilla «donde la vida empieza / sus carruseles de esperanza y llanto, / los pobres caballitos de su feria». Triste y conmovedor poema, barojiano y deluisiano a la par, símbolo del vivir humano. La noche mística de San Juan de la Cruz encabeza su poema «Aunque es de noche», hondo y hermoso: la sombra reina en el mundo que el hombre atraviesa, anegado en el tiempo, reino de tumbas y de soledad. ¿Cómo es esta noche?

> Una noche se abría como un campo de guerra,
> como sangre que sacia el ansia de un desierto,
> como un rencor, como una deshabitada tierra.
> Una noche se ha abierto.

Pero los hombres siguen caminando, con sus penas a cuesta y por calles de olvido. El poeta, con ellos, herido por la lumbre, afirma la verdad inexorable de la mística humana: «y

Leopoldo de Luis en 1935

aunque es de noche amamos nuestra vida». Su amor por los niños pobres, su ternura por la infancia que vive miserablemente, se patentiza en «Fútbol modesto». Pálidos muchachitos, en las mañanas de domingo, van al desmonte para jugar al fútbol con sus botas gastadas, pero aprenden una lección, entre dolorosa y estoica: «que ellos mismos son un balón doliente / que a puntapiés manejan los grandes jugadores de la vida». El poeta, sin embargo, al contemplar el juego, concluye visionariamente, dando forma a su propio deseo filantrópico: «y se enreda en las piernas que persiguen / ese balón con forma de esperanza».

El padre (1954) es una elegía, empapada de amor filial, que arrastra al poeta al imposible esfuerzo de luchar con la muerte para arrancarle a quien acaba de llevarse, huyendo como un río: «te sacudo con fuerza entre mis brazos». «La pelea» prosigue:

> Como contra la vida golpeo contra el lecho
> y te arranco estas ropas queriendo arrancar muerte,
> queriendo arrancar vida contra el bosque del pecho
> porque la roja rama del corazón liberte.

Mas el muerto amado se calla y ya no está: ha vencido en la lucha. En «Muerto mío» —mientras brama la vida y la muerte devora— el poeta levanta «a hombros» al suyo, con esfuerzo, sobre el llanto, sintiendo que su sangre «lo lleva en su hondo río». En «La imposible vuelta» imagina que el padre encontraría —si volviera— todo igual «en el aire inmóvil del recuerdo»: la vida cotidiana, con sus ritos y quehaceres rigurosos, habituales, contados por el hijo con palabras sencillas y prosaicas. Pero no volverá. Como no vuelven los millones de muertos. El poeta, en su mono-diálogo, confiesa: «y estoy llorando, padre, mientras inútilmente / aguardo tu regreso». «El río» se hace símbolo de la estirpe humana: todos somos agua que nos vamos en su corriente. Leopoldo de Luis lo personaliza y, al hacerlo, conmueve doblemente al lector:

Eres agua también de esta ribera,
padre, como agua soy de tu corriente,
como es agua este hijo que ahora espera
su destino de joven afluente.

La humanidad es agua viva que fluye, día a día, hacia el mar de la muerte. Es destino irrevocable que el poeta acepta, aunque no sin dolor existencial:

Humana estirpe: río irretornable.
En él voy y lo escucho en mi pecho, y lo toco.
Ya te has deshecho, padre, en lo insondable.
Yo en mi gota de agua me ahogo poco a poco.

En *El extraño* (1955) el hombre aparece como espejo de la hermosura cósmica, pero señalado por «una lumbre extraña», «que a un tiempo lo condena y purifica»: «es la roja azucena de la muerte», señal que rubrica su vida. En «La condena», Leopoldo de Luis ve pasar a los hombres, persiguiéndose, forjando tabiques y jaulas, separándose. Dentro llevan amor, pero no lo saben, condenados a pasar «hacia el llanto de una esperanza». En «El hambre», buscan con su boca vida y libertad, amor, paz y hasta olvido: amargo sustento necesario. El resultado último es «amargor y hastío»: «Sólo comemos soledad y pena.» Hay también en el libro un canto a «La libertad», aunque sea para llorar sobre las rocas:

Sobre la hermosa tierra, bajo el alto
y hermoso cielo silenciosamente
llora su triste libertad el hombre.

Entona, además, su «Canción para los ojos doloridos», pues los sueños no consuelan, ya que soñamos con los ojos abiertos. Por eso aconseja el poeta:

Cerradlos y miraos
dentro del pecho, cual si niños fueseis.
Una mano de madre acaso acuda
a poneros un dulce y buen aceite.

En «La pareja», los que se aman se abrazan y se besan en silencio. Sienten ambos sus vidas trémulas confundidas, aunque saben que «el mundo está desierto» y que, sobre la tierra, están estrechándose ciegos. El quiere proteger a la amada, pero comprende su pequeñez frente al Universo y, en consecuencia, exclama: «¡Qué poco puede el hombre!» Y es él quien se refugia en los brazos femeninos: «Niño asustado, / busco tu amor materno». Pequeños ambos, lloran en silencio frente a la eternidad y la noche que los cubre. En «El hijo», el poeta quiere aprender a ver, desde sus ojos inocentes, «el mundo más sencillo, claro y bueno», su luminosa belleza. Contempla al hijo, a su vez, y lo ve como un «delicado arbolillo», mas su gozo es triste, aunque quisiera «desbaratar el odio como un humo / y apartar la amargura como un velo», exaltando la esperanza en el corazón de los hombres. El niño, entre sus brazos, es «pan de alegría», aunque el agua turbia sigue en las acequias. No apaga el hijo su tristeza honda, porque el poema acaba con estos versos de apariencia estoica: «Para comer este agrio pan de afanes / y después de sonreírnos, ¡cuánto esfuerzo!» En el poema «El patrimonio», Leopoldo de Luis proclama a gritos que su tierra es suya y suya su simiente. Como son suyos sus cicatrices y su llanto. Hace suyos también el rencor de la cizaña, la violencia terráquea, el «rojo llanto» de las gentes que la ganaron.

> Esta es la vieja tierra que amasaron las manos
> de los muertos, que hollaron sus pies y que sus ojos
> copiaron hasta el fondo de horizontes lejanos;
> que mordieron sus dientes en los agrios rastrojos.

El poeta se siente vinculado a esa estirpe de muertos y de vivos. Esta tierra es su edén y también es su cárcel, su sed y su congoja: «La tierra que nos come poco a poco y nos gana.» Hermosa y triste tierra, con amor y con odio, mas con luz futura.

En *Teatro real* (1957) —libro tan estudiado por la crítica—, con sus dos partes y su epílogo, hay poemas de singular profundidad y trascendencia. Carecemos de espacio aquí para el análisis que quisiéramos haber intentado. Sólo hemos de contentarnos con subrayar aquellos poemas que nos parecen más definitivos, destacando sus símbolos más notables. Así, por ejemplo, «La almendra» es una acertada metáfora simbólica que representa la vida, fruta con la que jugaba el niño fácilmente al romper su corteza; el hombre ha de encontrar la «manera / de que la pulpa esté madura».

Uno de los poemas más significativos del libro es «La representación», imagen de la vida humana:

> No se baja el telón. Alguien silencia,
> no gesticula más, ha terminado.
> Pero la función nunca. Los actores
> repiten sus papeles ¿hasta cuándo?

Calderonianamente, otra vez, el mundo es el gran teatro. Disfraces, trucos, envueltos en ceniza... Un fuego, de pronto, de pasiones les ciega y arrebata: se odian implacables los hombres, los actores... La gran pregunta asedia:

> ¿Quién gobierna esta escena, quién apunta?
> El director habrá tenido un fallo...

Y nadie mira ya. La sala, en sombra —la muerte— y sin espectadores. La comedia o el drama del vivir se ha consumado. Pero volverá a repetirse. Hay un viejo traspunte... «Sólo la luz, la luz sigue alumbrando.»

En el *Teatro real,* una mujer también baila su danza: «Girando sube desde abismos hondos...» El enigma y el vértigo, su caer y su hundirse, la llama de su cuerpo... emocionan, ahogan, en «La danza», poema que no podía faltar en el gran escenario. Pero, menos aún, «Segismundo», viva imagen de cada hombre. Como él, «nos soñamos la vida, nos hacemos / la vida sueño a sueño». Desengaños, alegrías,

torres de pena... «Soñamos que nosotros mismos somos / y que tomamos parte en un diálogo, / pero no escucha nadie nuestras voces / y de pura verdad el cuento es falso.» El «nosotros» da paso ahora al 'yo' del poeta, individualizado, real Segismundo, junto a su pareja:

> Estoy soñando lo que me rodea.
> Tú también eres sueño entre mis brazos;
> un dulce sueño que me acuna y pone
> la irrealidad más verdadera, al cabo.

Nos soñamos la vida mientras el tiempo nos destruye: «Y al despertar es cuando comprendemos / que era la realidad lo que soñábamos.» Leopoldo de Luis poetiza a su manera la vieja fábula dramatizada por Calderón en sus días. Un viejo mito ha entrado en la poesía deluisiana, añadiendo un nuevo matiz a su visión del hombre.

«La parodia», «Naufragio en tierra», «Aún esperanza», «El traje usado», «La soledad», «La esperanza», «La ventana» y tantos otros poemas, unidos a «Patria oscura», se complementan para constituir un libro hondo y serio, con palabras 'responsables', humanas, pero no menos líricas y traspasadoras. La obra se ha estrenado y «vale la pena y vale la alegría» de leerla y vivirla. Leopoldo de Luis ha representado bien su papel, tras haberlo creado no tanto como autor sino como 'poeta'.

Juego limpio (1961) es otro de los libros capitales en la poesía deluisiana. Sus tres secciones se enlazan coherentemente, sirviendo la segunda de gozne entre las dos más importantes, tituladas «La misma herida» y «La edad de los metales». Sería larga tarea comentar sus valiosos y conmovedores poemas: en todos ellos, hombres sufrientes son sus protagonistas, entre los cuales se halla el poeta. Las señas de identidad son las mismas. Así declara: «Me contemplo entre todos, avanzando / hacia mi soledad. Izo callada- / mente mi pena hacia la tarde...» Todos van en el mismo metro y con él suben hacia la luz. «La verdad es que llevo entre

las manos / una vida común, vulgar, etcétera.» El poeta no se siente distinto a los demás, aunque sus tarjetas aseguren lo contrario, aunque suba a mirar «la luz de las estrellas». Piensa «Como otros», aunque ignora si sus palabras les servirán de algo; por ello las frota «como trozos / de pedernal y brota un fuego activo. / Cuesta tener viva su llama porque / se humedeció la leña en el camino». Esas palabras —concluye— no son suyas: manan del dolor y de la esperanza de todos. Finalmente:

> Y me paro a escuchar: el tiempo,
> aire de oscuras ráfagas,
> pasa arrancando llanto o música
> de mi pequeña rama.

El viento de la poesía ha pasado por su verso, hecho, sin embargo, con las palabras de todos.

La «Historia» pasa... En «El fusilado», el poeta confiesa patéticamente: «Mi juventud ha sido fusilada. / No se fusila nunca a un hombre solo, / caen poco a poco nuestras propias vidas.» Leopoldo de Luis ha muerto muchas veces, sí: como todas las criaturas sensibles. La muerte es una experiencia común para quien siente y practica la empatía. Leopoldo de Luis se ha sumergido en el «Nosotros», colectivo, nacional y universal, y con ellos 'conduce' la vida: «Eje / de sangre somos que da vueltas / al carrusel del mundo, lentamente.» Todos juntos dan vueltas a la vida. Mas «por eso no se nos perdona». Los déspotas no toleran este armónico vivir solidario.

En el poema «La realidad» el poeta rechaza los sueños, pues es la vida la realidad que le llama, como a todos. Aunque es difícil tocar las «realidades duras». Es la vida diaria la que le llama y que, cada día, hay que recomenzar de nuevo. Hay que buscar el alba.

En este libro dedica un «Recuerdo para Antonio Machado», poeta cuyos versos resuenan en la España «hechas de amor y sufrimiento».

Leopoldo de Luis,
con su mujer y su hijo, en 1962

En «La edad de los metales» canta a éstos porque él trabaja «con el hierro y la amargura, / con el acero azul y la esperanza, / con el cobre y la chispa luminosa, / con el plomo y la simple verdad del agua clara». Trabaja su palabra como obrero metalista:

> No soy más que un obrero que maneja
> sus metales humildes
> y de su fe y su esfuerzo se contagia.

Metalúrgico de la palabra, Leopoldo de Luis golpea con ella en la fragua de la vida cotidiana. También, con hombres, mujeres y niños, trabaja en la mina desde el alba «hasta que el sol, como la fe, se vence» y llega la noche. A la mina torna con ellos diariamente: todos son mineros que buscan

el «metal hermoso pero / difícil» de la esperanza. Y, como el herrero, también trabaja en el yunque «el metal oscuro» de sus versos para «conseguir un acero de esperanza». Todos golpean con él en la pequeña fragua. En «El metal maleable» quiere que su palabra —metal suyo— le dé siempre un «sonido libre y claro».

Originalísimo es el poema titulado «El clavo» —como «La bisagra»—, en que el pedazo de hierro se vuelve «un testigo de la vida», «espectador humilde y silencioso / pero implacable». Humanizado, «yergue su dureza, / su rigidez de dedo sentencioso / y nos acusa y nos disculpa». En función metafísica, «El clavo»

> nos sujeta este mundo transitorio
> que flota suspendido, nos agarra
> la realidad, la clava al firme hombro
> del muro de la vida.
> A veces sombras
> fantasmales, vacías ropas somos
> flotando por el sueño, rotas ramas
> sin raíces, sin árbol, y de pronto
> a un clavo hemos de asirnos, a un ardiente
> clavo para volver a ser nosotros,
> para sentir la realidad, la diaria
> realidad, pared firme a cuyo apoyo
> deja la vida sus irrenunciables
> verdades, pone el tiempo sus sollozos.

Se cierra el libro con «Mina oscura», soneto en que ésta es símbolo de España, «yacimiento pobre» de llanto y sueño, pero también «patria de hierro», «gran caldero / para cocer el rojo caldo ibero / que envenenan remotos cardenillos».

La luz a nuestro lado (1964) quizá sea un libro en que Leopoldo de Luis ha depurado su voz, enriqueciéndola al mismo tiempo temática y estilísticamente. La contemplación pictórica, por ejemplo, se entrecruza con la tragedia del pueblo español en «Despedida para un cuadro de Rubens». Sin embargo, la tierra vuelve a ser «realidad en que se fun-

da todo»: la vida y la esperanza («El suelo»). El tema de la mujer también conmueve al poeta en «La humillación»: ésta le duele, con toda su ignominia. Las mujeres ultrajadas —dice— es «algo que nos humilla y avergüenza / por tanto innecesario sufrimiento». En «Patria, mujer» estas palabras intercambian su simbolismo de tristeza y de esperanza: «Me parece que sois la misma cosa, / la misma luz astral, la misma pena...» La terminología contemporánea penetra en el título y simbolismo de «Arma secreta», alzando su lección de ética: «¿Quién levanta del pecho del hombre / estas armas secretas del odio?» El —nacido para el amor de la tierra, de la mujer y del hijo— «un mal día atraviesa con botas / militares pisando el sollozo, / pisando la frente de un niño que está agonizando / caído en los campos del odio». Reaparece éste en «Renuncio a la luna», pero el poeta anima a perder el rencor; el hambre y el dolor existen, no obstante, y Leopoldo de Luis proclama su evangelio: «Mientras exista un niño sin pan y sin sonrisa / yo renuncio a la luna.» En vez de ésta, también podría decir 'rosa', 'cielo', 'estrella'... El tema del tiempo, metaforizado, se cosifica en «Entra un nuevo tren»: «Entra de nuevo un año / como un tren en agujas / que va al futuro...» Todos esperan algo de él en los cuatro puntos cardinales. Y el poeta termina con la inquietante pregunta: «¿Lo veremos pasar sin que descienda / de él la viajera que esperamos tanto?» ¿Sería ella la libertad, la paz o la alegría? El anhelo de fraternidad sentido por el poeta alienta en «Los congregados», junto al hogar, en silencio:

Porque tal vez un signo,
una seña, un acento,
una mirada, un rasgo,
una huella por dentro,
o un gran dolor, acaso,
nos haga compañeros,
solidarios nos torne,
comunes y fraternos.

Leopoldo de Luis, con su nieta Elsa, en 1978

En «Los que pasan», Leopoldo de Luis, lleno de conciencia temporal, vuelve a utilizar la imagen del tren como símbolo de la vida humana: «Nos vamos alejando en un tren sin agujas / que no cambia su marcha ciegamente prevista.» El tren recorre paisajes no vistos, estaciones de olvido: «Somos los mismos, pero la soledad nos cerca.» Amarga nota existencial acaba el poema: «—Estuvimos un día... Ya nadie nos pregunta.» La imagen de la danzarina reaparece, transformada, en «Striptease»: esta vez, en una «llamita triste en medio de la noche», y todos los hombres son lo mismo, cara a la noche de la pena.

Con los cinco sentidos (1970) es una visión de la vida a través de estas cinco antenas que posee el hombre, de estas cinco sensibilidades. En «Vivir para ver» son los ojos los que reconocen «este pequeño mundo», sus formas salvadoras, «el monumento a lo real»: los ojos son, «sucesivos, /

infatigables escultores». La vida también está en los ojos de los niños que el poeta ve pasar o jugar en el recreo: él les ordena que escriban en el encerado la palabra VIDA, «con mayúsculas, / a ver si los rasgos inéditos / le pueden dar a la palabra / otra vez su dorado fuego». A través del oído, «Se oye crecer la yerba», en secreto. ¿Y la vida del hombre? «Somos también yerba / tú y yo, creciendo en el silencio.» El poeta sabe que los humanos viven entretejidos en el rumor de todo. También oye las voces de los otros, «casi sibilas, casi augurios». Por la palabra sabe el hombre cómo se llama, que existe, que no es un fantasma:

> Voz, palabra, significado,
> realidad audible o escudo
> frente al silencio de la nada:
> esa mudez, ese sepulcro.

También oye «la diminuta cascada de la risa / por la que el hombre un poco al niño retrocede»; es bueno también escuchar la risa de los que lloran... «La risa es una hermana menor de la esperanza» —concluye el poeta—. Es, quizá, lo mejor del hombre: algo puro que resiste en su corazón. Sin embargo, también se oye llover: «Llueve tanta tristeza por las cosas...» Pero el rencor, el odio y la náusea golpean en el suelo... El olfato, ahora, da su razón del mundo: «Huelen las rosas, y sentir su aroma / también es dar constancia de la vida, / es percibir la realidad que llega / en su increíble y breve maravilla.» Mas de la vida también emanan olores acres: «del cansancio, el dolor y la penuria»; «Huelen las servidumbres del vivir / y sus formas injustas». Frustración, agotamiento, miseria, tristeza... exhalan «Ese acre olor» que Leopoldo de Luis denuncia en su poema. Afortunadamente, para el poeta, «amar es una forma de olor»: «Llegas / fragante. Llego. Nos acoge / la onda que huele a vida enamorada, / a claveles que en dos bocas se rompen.» El sentido del gusto es prueba del vivir, pero el poeta

se refiere ahora a la parva comida de los presos, en «Aquellas sopas de ajo»: «Ha llegado el sabor de las sopas de ajo / en el amanecer de los presidios. / Por la tristeza de las galerías / hay un rumor de pies y de bocas hambrientas / hacia el patio de las formaciones.» Patéticamente, en el poema, se paladea el gusto del odio entre fusiles que amenazan la vida. El tacto —en «Toco a tientas»— recorre el cuerpo de la amada, realidad conocida: «Lo que haya más allá lo desconozco.» Y el poeta define existencialmente a los humanos por la tangibilidad: «Sólo somos un límite que toca, / que se descubre en puro tacto ardiente». El roce amoroso es seguridad de vida, convicción segura. Mas tocar un paredón de fusilamientos —«injuriada pared»— aterroriza: «Es un testigo del terror...» Pero tocar madera es cumplir un exorcismo que libera de fantasmas: «Esta mesa que toco es una tabla de salvación.»

Reformatorio de adultos (1974) es una obra en que la experiencia existencial alcanza ribetes metafísicos. Su trasfondo sociopolítico trasluce la dramática seriedad de la vida humana. La tragedia española es también universal. El poema que sirve de título al libro aclara el sentido último: el hombre se halla siempre en libertad provisional, ya que «Reformatorio para adultos reza / en su dintel la vida». Por todas partes hay celdas antiguas que soñamos derribar. Pero todos somos «Lo mismo que cansados leones», «Pobres protagonistas / de un repetido y trágico argumento». La vida reforma y contrarreforma. Aunque el poeta diga: «Todo está en esta rosa gris. La vida / menudamente canta...» Imágenes trágicas cruzan por el libro. Así, «La ropa en la ventana» le parece al poeta «falsos ahorcados en el aire», con «cuerpos vacilantes y vacíos, / desnudos de nosotros...» Y un hombre anciano llora «torrencialmente» por todos. El poeta, al final de su poema, ordena justiciero:

> Que no se llore más en adelante.
> Tus ojos han llorado ya bastante.
> Por ti la rosa ahora florece.

Acaso el llanto —sueña el poeta— logre crear jardines... Mas la prensa diaria sigue suministrándole tristes testimonios de dolor, y así le da el tema de «Escrito en piel humana»: «Sobre la piel de un hombre ha sido escrita / la fe de posesión. No hay escritura / que duela más...» La injusticia deja su marca sobre la piel de los humanos. Leopoldo de Luis se duele, sintiéndose «triste parche atirantado / en bastidores de amarillos huesos» donde el vivo llanto redobla. Alguien escribe «sobre la piel desnuda de unos presos...» En el poema «De aquí no se va nadie» no existe la ilusión de escapar a otra vida: todos somos «habitantes sin regreso / de una ciudad sitiada y en acoso», «todo el peso de los siglos nos lastra». Estamos enterrados y sólo somos lodo. Todos somos cómplices de haber matado la esperanza, «convictos y confesos». Y «Nadie puede descansar»: la pareja humana, todos los hombres no son más que puro cansancio. Desesperanzado libro que, aun sabiendo científicamente que la materia no muere transformándose, niega la salvación soñada: «Substancia ciega y triste que seremos, / que somos que hoy respira y sufre y ama...» De pronto, resurge la fe esperanzada: «Tocaremos la estrella», «rosa de una soñada astropoesía», «materia a un mismo caos ordenada». Pero, al tocarla, sufriremos «otra sombra, otra pena, otro destierro». Y seguiremos destruyéndonos y también regenerándonos, en el amor y en la vida. Aunque el poeta, a veces, se sienta arder al rebelarse contra la extorsión y la zozobra: «Acaso vuela.» La nota esperanzada niega la angustia: «Y una banda de palomas / cruzará de repente la mañana.»

Igual que guantes grises (1979) es un libro en que Leopoldo de Luis defiende con los «guantes grises» de las palabras la rosa de la vida que habita en el hombre, porque está manchado, purulento y mata cuanto toca. Tampoco hay redentores que le salven. Pero acaso —en esperanza última— mañana gozarán otros hombres esa libertad que hoy es «jaula rota». En el poema final —«Las palabras»— éstas devienen «esos guantes que visten / los infinitos dedos del silen-

Leopoldo de Luis

cio / esas manos cargadas de sentido...». El guante es la palabra con que el hombre se cubre y se protege: los mitos que ha creado, soñando salvarse de la muerte. Mas hoy ha renunciado a esos guantes para enfrentarse desnudamente con su angustia y su miseria, su decepción, su enfermedad y su propia nada. La coloración gris, además, imparte neutralidad, indecisión, ambivalencia, incertidumbre. En cuanto «ceniza», evoca el simbolismo cristiano, que expresa duelo y humildad. Estos matices se irradian sobre el libro, acentúan su patetismo y contribuyen al tono pesimista que permea —casi sin esperanza— todos los poemas.

Treinta poemas componen la indivisa estructura, sin secciones ni parcelas. Podría creerse que es lineal, al ordenarse los poemas sucesivamente. Pero al iniciar y cerrar el libro

el tema de la palabra —ligada a su título— parece transparentarse la configuración de un círculo, al unirse el principio con el fin: una órbita existencial que encierra todos los poemas en un anillo temático, pues ellos mismos son palabra, son verbo. Principio y final del hombre, la palabra: alfa y omega de su vivir, razón de su existencia: *logos*. Si tal círculo se configurara estructuralmente, el libro irradiaría —como la rueda o la esfera— un símbolo de dinamismo psíquico. Al ser el círculo emblema solar universal de la eternidad se uniría al valor cromático, corrigiendo levemente el fondo trágico del libro, abriéndolo a la esperanza del futuro como salvación posible de la Humanidad, que hoy se cree condenada al caos, a la muerte y a la Nada. El hombre no es otra cosa que su cuerpo, irremediablemente ligado a él. El cuerpo no es posesión: es ser, es existencia. Y el cuerpo es «nada». Pero dos cuerpos juntos afirman su realidad. El hombre —ejecutor de su propia muerte— es el único responsable: «Soy mi propio daño / y el mismo pelotón que me fusila.» Ha fallado su motor. La vida está en la noche somática, en la noche fisiológica, y va «a un alba de mentira mitológica / donde nos inventamos la alegría». El ser es «un metabólico suceso: / un canje de energía y de materia». Duro hueso, arteria que se quema, estertor de esperma, balbuceo... El hombre es noche sucesiva. En «Lobotomía», el poeta pregunta por el hombre interior, por el yo puro, cercado por su sangre, en la prisión de su biosfera. Se ha evadido la interioridad de la persona. Y, de pronto, se rompe su «triste e inútil maquinaria». Tremendamente patético es su testimonial poema sobre «El hambre», mal que no cura ninguna metafísica. Los mitos tratan de justificar su dictadura. Leopoldo de Luis no acepta que mientan: «Historias celestiales no nos cuenten...» Nada justifica la injusticia del mundo. Los valores eternos no valen para nada, y ninguna pureza puede salvarse en el agua sangrienta. El hombre, insolidario, es incapaz de asumir las penas de los otros, «cangilón de una noria llena sólo de su propia agua». Todo da

miedo al hombre: la luna, la noche, el día, la gente, abrir y cerrar los ojos... Es un huérfano, además, de sus cinco sentidos corporales: todo se ha vuelto ceniza. En «Hombre que se desnuda», éste —sin traje, sin nombre, sin sentimiento— va a hundirse en la tierra pantanosa para siempre. «Morir entre lágrimas» es una elegía a la soledad que está en alguna parte, pero que no se encuentra en el tumulto del mundo: «pequeño cáncer». Sin el hombre, no hay paisaje: él lo descubre, lo contempla y lo nombra. ¿Qué será del paisaje si las bombas exterminan a este pequeño dios que es el hombre?

La temática de este libro —situado en nuestro presente— obliga a Leopoldo de Luis a usar un lenguaje voluntariamente prosaico, al referirse a las realidades de nuestro mundo actual, a la ciencia, a la técnica, al cuerpo del hombre, atacado por la enfermedad y la angustia. El mensaje social, por otra parte, exige la alusión sociopolítica. Pero la patética ironía que impregna los versos, la utilización de antítesis, la magnificación y la reducción, humanizaciones, animalizaciones, cosificaciones —«el tiempo, como extraña dentadura»—, la materialización espacial del hombre, el simbolismo cromático, etc., son recursos poetizantes de buena ley que Leopoldo de Luis sabe emplear con toda maestría y adecuación trascendente. Algún verso de hondo lirismo, no obstante, emerge de este magma trágico: «Este árbol solo en tierra de ceniza».

Entre cañones me miro (1981) —tras el poema-prólogo «Entre cañones»— se divide en dos partes. En la primera, la ciudad-entorno se identifica con la ciudad-íntima del hombre, honda simbiosis sugerida por unos versos iniciales de Emilio Prados. Un vocabulario bélico enlaza el doble ámbito, entramando una doble existencia trágica. El hombre se ha identificado con su ciudad: es la ciudad, y ésta es él mismo. Ambos sufren derrotas, pero ambos se levantan a la luz de la esperanza:

En tanto, la ciudad sigue su estruendo.
Hay un hombre que siempre está cayendo
frente a una artillería de amargura.

Pero la ciudad vuelve a cada paso
a levantar un cuerpo de fracaso
desde la noche hasta la aurora pura.

Asediado por la «artillería silenciosa» del recuerdo, el hombre —el poeta—, quevedianamente, se sabe ciudad que se derrumba, mas que de nuevo renace: como la urbe tras la guerra. Esta lucha, sin embargo, continúa social y existencialmente, con sus trincheras, sus hambres y sus miedos. El tiempo, además, sigue arrasando con su metralla. Hombre y ciudad conviven, maniatados: compañeros y enemigos, en duelo que no cesa. Antiguas cicatrices son estigmas. El poeta reconoce: «De cañonazo a cañonazo hacemos / recuento. Cuánta historia, cuánta vida / ya fuera de combate...» Su 'yo' se superpone sobre el 'nosotros' e intensifica el temple lírico de estos versos que duelen como nuestros: «Hay piedras como lágrimas. El peso / de estas ruinas lo siento por mis ojos...» En «Al cruzar un solar» el poeta se conmueve y nos conmueve al contemplar los «desechos» de la ciudad que «se deshace», exhibiendo sus hedores, sus miserias, «la infravida podrida del residuo». Es un muladar, más que un elegíaco cementerio, en el que sólo viven todavía dos amantes «sólo mordiendo besos en las ruinas». En otro poema es inútil buscar un guante —tiempo— perdido. En «Sala de fiestas» —patéticas estrofas— entrevemos un arpa becqueriana cubierta por el polvo de las penas y una mujer que anima a bailar un «rock sombrío»: la ciudad quiere escapar de su desolación y salvarse de su naufragio en el olvido de una sala con cortina roja... Pero aún sigue siendo lugar de fusilados, a pesar de que muchos transeúntes en olas corren a los grandes almacenes de consumo. «Una puerta» es cosificado símbolo del vivir, en el breve poema que lleva este

Leopoldo de Luis en 1981

nombre: «porque vivir no es otra cosa que unos / nudillos en la puerta golpeando». «Es el momento / de abalanzarse hacia lo inesperado.» Otra cosificación impresionante de lo humano se hace tema central de «Barco en botella», con su vocabulario náutico: «Desmantelado corazón, pequeño buque / hundido en la pequeña botella de mi pecho.» La primera parte del libro se libera de su pesimismo y tristeza en «Homenaje a la Generación del 27», en «Vicente Aleixandre, en el Madrid de la posguerra», «Sombra del Paraíso» (1939-1943) y aun en la elegíaca «Carta a Manuel Altolaguirre, en el Cementerio de San Justo». La amistad, la admiración y el reconocimiento anegan estos poemas afectivos, aunque no falten en ellos algunas lágrimas: «Sombra del Paraíso nos anega», a pesar de todo.

En la segunda parte, la ciudad es vivida con la amada: el amor entra en ella, consolando, sin que la pena deje de vivirse, pues los ojos amantes «han contemplado la ignominia». La pareja —en «Los encuentros»— se ha enfrentado con el llanto, con el tedio, con la injusticia, con el rencor, pero también con la alegría: «nos hemos encontrado con la vida». En «Los testigos» —hombre y mujer— los cuerpos son testimonio de todo lo que han visto, oído y tocado, pero son «testigos que / en medio de la sombra se quisieron». En «Nosotros» el tú y el yo son la vida misma, ávidamente tactando realidades: artesanos, hortelanos, que el tiempo va desgastando, mas su amor es «una roca que el terco alud no escinde». Sin embargo, la dual existencia está sumida en la de los otros, respirando «por la misma herida». Los dos sonetos terminan en un bello terceto de definición existencial:

> Somos de luz y sombra, aunque avanzamos
> enarbolando nuestros propios ramos
> y enamorando nuestro propio sueño.

Pero «Las paredes» son espejos que se apropian de ellos, y así son un poco ellos mismos: su yeso se hace hueso del vivir humano y aprisiona el respirar, «caja torácica / del resuello que casi amordazamos...» La nueva 'cosificación' deluisiana imparte nueva originalidad a este existencialismo en que hombre y ciudad coexisten.

«Primavera (con Bécquer al fondo)» —personalísima renovación de la rima becqueriana— destila su melancolía y su belleza. El léxico —al renovarse también— nos deja su delicada sorpresa en versos como éstos: «La libertad también *golondrinada* / es una presunción...» «Contra la tierra repetís los nombres, / *golondrinadas* máquinas de augurios.» Por estar en los ojos y en las sienes, la golondrina becqueriana se vuelve símbolo de la vida humana: «Golondrina mortal, somos rehenes / de tu secuestro al borde de la vida.»

En «Tan pequeños» la pareja humana es vista apenas

como una brizna del mundo, «y sin embargo se nos vuelve / esta enfervorizada historia íntima / un mundo entre las manos, se nos torna / un universo». Mano en la mano, en el caos, en el vacío, viven su aventura apasionada que tal vez a nadie importa: «Una mujer y un hombre tan pequeños / somos, dos breves sombras fugitivas.» La vida breve, sólo por serlo, afirma su intensidad con el amor mutuo. «Meditación en el parque» es un hermoso poema amoroso en que la 'palabra' da sentido a la emoción, vaso comunicante de los que se aman: «Una palabra / dicha a la vez puede cambiar el mundo / porque puede poblarlo de otros seres.» La palabra de amor es germen de vida, principio del universo. La existencia —al reconocerlo— se siente «como una flor, como un pájaro, como / un niño confiado a nuestra suerte». Aunque se amontonen las hojas otoñales...

«A una luz simultánea» —en tres partes— es un poema muy hermoso y logrado, a pesar de emitir un trasvelado recuerdo dámaso-alonsiano. Su complejidad es aparente, pero intensifica su emotivo juego existencialista, su triple vivencia temporal y anímica: nieta, madre-niña, nieta-madre —Elsa, Vicenta, Vicentina, el poeta-hombre, el poeta-niño, el pasado, el presente, el pre-pasado, el futuro—... Se entremezclan los tiempos y los seres, convivencias, recuerdos, pruebas de amor, retratos, perduraciones. La súplica final de Leopoldo de Luis es conmovedora:

Déjame que recuerde y que te olvide
al ver detrás de ti los sucesivos
escalones que bajan de mi sangre.
Déjame ver la estirpe en los dibujos
del tiempo o ese perro que, invisible,
gruñe a tus pies de niña que no sabe,
de niña que inaugura la inocencia.
Déjame que no encuentre, que no busque
salida al laberinto en que os contemplo
a una luz simultánea.

El libro se cierra con «Pájaros en la ciudad», como símbolos de la vida y de la ilusión, que no son del poeta, pero que son posibles. La nota pesimista del libro, su dolor, se ha resuelto —otra vez— en amor y esperanza.

La poesía de Leopoldo de Luis —humana, verdadera, conmovida y conmovedora— nos deja una huella imborrable en el espíritu y en el corazón. Nos ha tocado con su dolor, vertido en versos de clásica sobriedad. Nos ha enseñado su lección de ética profunda, animándonos al trabajo solidario, al amor vinculante, a la seria honestidad. Su metaforismo simbólico arranca del mundo circundante, de los objetos, por no buscar evasiones ficticias. Poesía arraigada en la existencia profunda del hombre y en la temporalidad de lo cotidiano. Poesía tonificante porque su estoicismo la salva de ser negativa: nos ayuda a seguir viviendo seriamente, mas nunca disfrazados de frivolidad ni de obtusos optimismos. Poesía grave, sí, que camina hacia la serenidad por la vía del amor y de la esperanza, por el difícil sendero del esfuerzo.

Antología

De «ALBA DEL HIJO» (1946)

PRIMERA DEDICATORIA

SOMBRA apenas de vida. Imperceptible aliento.
Sólo vago aleteo de mi amor o latido.
Susurro que arrebata un milagroso viento
del árbol de mi sangre triste y estremecido.

Hálito débil, sombra tan sólo adivinada
en la oscura penumbra lejana de la vida,
donde el milagro es carne virgen de la mirada
y el misterio es el alba de la entraña dormida.

Pálpito de mis pulsos más allá de mí mismo.
Eco de mis latidos y sombra de mis tactos.
Proyección de mi vida hacia un nuevo heroísmo
por rutas indecibles y caminos exactos.

Proyección de mi vida, hoy sólo dulce peso.
Sólo extraño vahído por la materna frente.
Estagnación del aire suspirado del beso.
Perennidad de un sueño que nace diariamente.

Remanso de mi esfuerzo. Calma de mi arrebato.
Sosiego de mi frente. Silencio de mi grito.
Te presiento en el aire mudo de mi retrato,
jalón de mi entusiasmo, de mis angustias hito.

Ella, en la luminosa penumbra de su sueño,
ya te da dulces nombres con que vestir la rosa,
la ternísima rosa de tu cuerpo pequeño
que hoy llena esa penumbra del sueño luminosa.

Yo, te veo en mi torno, intuyo tu presencia,
mas tu alado suspiro a precisar no acierto.
Te adivino en el gesto de su leve indolencia,
dulcemente cansado, vagamente despierto.

Te adivino en la sombra cárdena que sus ojos
agranda y hermosea de un fulgor fugitivo.
En la breve caricia de sus vestidos flojos
bajo el delgado aliento recientemente vivo.

¿Eres más que ese triste fulgor de sus pupilas?
¿Más que esa desvelada ansia de su ternura?
Como una clara sombra de realidad te afilas
y entre los sobresaltos la emoción se apresura.

El río de mi vida se ahíla y se adelgaza
para ser esa dulce gota de tu existencia
que desde el silencioso recinto nos emplaza
por este emocionado periplo de impaciencia.

¿Cómo verás las cosas desde ese mundo interno,
tan ignoto aunque centro de toda cosa viva?
Desde ese silencioso recinto tibio y tierno
donde cobra la sangre su voluntad creativa.

¿Cómo llamarte ahora que eres sólo una sombra,
un suspiro de vida interna, imperceptible?
¿Cómo llamarte si eres lo que sólo se nombra
con íntimas palabras de lenguaje indecible?

Huella de amor en prados de escondida ternura,
en ocultos jardines donde empieza la vida.
Mi corazón vestido con su emoción más pura
—sombra, temblor o hijo— te da su bienvenida.

De «HUESPED DE UN TIEMPO SOMBRIO» (1948)

BOSQUE EN OCASO

PASA el oscuro viento de la vida
arrancando dolor en nuestra fronda.
Siempre atardece. El sol siempre en ocaso
suelta, heridas, sus áureas palomas.
Sobre las grises, doloridas ramas
rotas alas de luz occidua posan.
Porque somos cual árboles oscuros
alzándonos en agrias, secas lomas;
vieja carne de robles milenarios
en esta tierra inhóspita,
bajo un cielo desnudo e implacable
de nunca nuestras frentes, altas, rozan.

Somos árboles viejos.
Oh, raíces
que tierra de amargura ata y ahoga.
Corteza de otras carnes seculares.
Y brazos frondescentes que remozan
su pobre algarabía en primaveras
de tristes aves y de oscuras hojas.

¡Qué peso ya de siglos gravitando
en la hojarasca de los bosques, hosca
y áspera mar donde encallamos,
madera en pie, navíos sin gaviotas!

Furiosos vientos de odio y de amargura
las doblegadas ramas nos azotan.
En el paisaje oscuro, desolado,
lejanos gritos se acongojan.
Voces en soledad, en esta diaria
soledad fría y cósmica.
Ancestrales gemidos de gargantas humanas
o sollozos del viento de nuestras frondas.

POEMA PARA OCTUBRE

LA tarde es una rosa vagamente
en la rama desnuda del ocaso.
Una rosa ceniza, como un frío
beso crecido en unos muertos labios.

Leve sombra desliza
su palidez de hielo entre mis manos.
Las pupilas alargan sus miradas
como cautivos pájaros.

Octubre otra vez fruto
de este paisaje, este árbol
donde día tras día oscuramente
mi pobre corazón se va quedando.

Vivir es reencontrarse
en todo lo lejano,
ser otra vez aliento en el paisaje
que fue otra vez soñado.

Vivir es ser corteza de este roble
que en hielo y sol el tiempo va quemando.

El llar de la memoria
se enciende, se ilumina, y a su amparo
el corazón revive,
remoza primaveras, sollozando.

La tarde es una rosa vagamente
en la rama desnuda del ocaso.

A la piadosa luz de octubre vuelvo
y entre la tibia cuenca de mis manos
como un niño dormido
mi corazón levanto.

Vivir es retornar a cada Octubre
para sentirse el corazón dorado.

La tarde es una rosa vagamente
ceniza.
Octubre es un fruto
otra vez en el árbol.

De «LOS IMPOSIBLES PAJAROS» (1949)

CUANDO CIERRO LOS OJOS

CUANDO cierro los ojos vuelvo a verte
por la dorada sombra. No te pierdo.
Vas por las galerías donde vierte
su triste poso el agua del recuerdo.

Hecha pura verdad recuperada,
sin contornos, sin forma, solamente
luz, pura lumbre o gracia enamorada,
caricia transparente.

No eres dolor. Sólo melancolía
o declinada tarde. Herido beso.
Poniente sol que el vago azul enfría.
Ala que pasa y deja un leve peso.

Te recupero aquí. Si el tiempo suena
aquí deja el sonar, hecho latido.
Hasta aquí arrastra su amarilla arena
el huracán que pasa enardecido.

Su rosa la esperanza aquí cultiva.
Pone el amor su dolorosa lumbre.
La tierra cava la verdad más viva
y va dejando su mortal costumbre.

Detrás de cada día va una estela
de dolor, de cadáveres sombríos.
Los fracasos. El sueño que se hiela.
Los hondos pozos sin amor, vacíos.

Lo que nos huye, lo que fue la aurora.
La lágrima, la voz. Esa ventana
que abrimos a la muerte cada hora.
Todo lo que es angustia cotidiana.

Galería sin fondo, sima oscura
aquí, tras de los ojos, si los cierro,
todo un acervo mundo se apresura.
La memoria me acosa un triste perro.

Aguas abajo de mi vida, se hunde
tu cuerpo, ese pequeño paraíso
en que nos encontramos. Ya se funde
a este doble vivir de amor sumiso.

Sólo aquí existes. Falso sol tus ojos.
Falsa playa tu cuerpo, falsa ola
la del mar de tu voz. Sólo en los rojos
ocultos campos míos vives sola.

Sombra y luz. Barro y nube. Vida y muerte.
Mundo y mundo, mis párpados afrontan.
Se hunden tus alas cuando quiero verte.
Cuando cierro los ojos, se remontan.

PRIMAVERA

VOLVER, siempre volver a los caminos
que ya corrimos antes.
Vivir es caminar con diferentes
pasos por sendas siempre iguales.
¿Dónde los días que se fueron? Pasan
los días sobre rostros y lugares
y el dolor va marcando solamente
las distintas edades.

Ahora te tengo, hijo, frente al claro
milagro del paisaje.
Mira: la Primavera, dulcemente
se cierne, como un ave
por el delgado cielo, sobre el ancho
corazón de los campos, alegrándoles
con el amor azul de su tibieza.
La flor es niña y es la tierra madre.

¡Cuántas veces anduve este camino
hacia un Abril, radiante!

Cuántos hombres lejanos, olvidados,
cuyo dolor de sombra se hace lastre
sobre los hombros míos,
antes de ser yo tierra viva por él pasaron.
¿Sabes
tú, hijo, qué es la Primavera?

Tú eres la Primavera de mi sangre.
Por las sendas de Abril adolescente
como ahora abrazándote
—abril de mi alegría— iré en tus pasos
hecho recuerdo en caminar constante...

Hoy es la Primavera, hijo.
El sol, rosa de sangre,
sobre el inmóvil río del ocaso
dobla la dulce rama de la tarde.

CANSANCIO

DE la tierra me sube este cansancio,
esta fatiga de caminos.
La tierra es vieja, el hombre es viejo y lleva
caminando ya muchos siglos.
La vida es sólo una angustiosa marcha,
la tierra no tiene cobijo.
El hombre pasa y pasa. Por los campos
se suceden el hielo y el lirio.
El hombre pasa. El sol de agosto encierra
su oro en las torres de los trigos.
El hombre pasa. Oro y ceniza. Otoño
el corazón vuelve sombrío.
El hombre pasa. Gélidos rebaños
pastan en prados decembrinos.
El hombre pasa siempre. El tiempo pesa
sobre el paisaje mudo y frío.

Esta fatiga sube de la tierra,
este cansancio de caminos.

Sobre mi espalda pasan los senderos
que se recorren desde siglos.

Mis pies arrastran otros densos cuerpos
que lastran este cuerpo mío.
Vivir es caminar siempre de sombras
cargado hacia un fatal destino.
Este cansancio que ahora siento, acaso
sea un cansancio muy antiguo.

En el principio de la vida era
un hombre al borde de un camino.

EL CAÑAVERAL

EL viento, músico de Octubre,
pasa por los cañales amarillos,
los humaniza dolorosamente
arrancándoles débiles gemidos.

El viento, músico de Octubre,
de la ladera zul amigo,
entre las cañas, dulces flautas
para sonar cerca del río.

El viento pasa dolorosamente.
La caña se hace triste caramillo.

Soy como esos cañales.
Como cañas,
mis huesos junto al río
oscuro de mi sangre.
El viento triste
que viene de las cumbres del olvido
pasa y arranca, hecho canciones,
un dolor muy antiguo.

De «LOS HORIZONTES» (1951)

ELEGIA

CON sus alas de plomo va la tarde;
pesa en la piel ceniza de los campos.
Difusamente cunde la penumbra,
vellón de sucia lana en el ocaso.

Tú eras también de luz y de paisaje.
Se ha oscurecido el mundo entre tus manos.
Se ha detenido el tiempo, río sordo.
La luz ya es sólo sombra de tus párpados.

Se siente caminar lejanamente.
Alguien cruza en la sombra hacia el pasado.
Nada delante. Olvido. Dios en sueños
aún alienta en el alma su amor manso.

Se retorna al recuerdo cual las olas,
una vez y otra vez, con lento paso.
Duele el amor, duele la certidumbre
de saberse de amor y odio poblados.

¿Ves? Somos cual la encina, aquí en la sombra.
Honda raíz, enfurecidos brazos.
Ferviente savia oculta nos abrasa.
La libertad nos nace por el llanto.

Como la luz, aquí también morimos,
en el hermoso otoño del ocaso.
Un ascua fugitiva hacia la sombra.
El amor anochece en nuestros labios.

LOS DESPOJADOS

TENIAN los ojos de piedra
y el corazón de pena remota.
Se movían como se mueven
las tristes bestias silenciosas.
La luz de ocaso les hacía
oscuros y casi sin forma,
como de niebla espesa y torpe,
borrosamente, por la sombra.

Tras de los bultos miserables
se perdía una vida incógnita
por galerías de tristezas
y de venturas y zozobras.
Niños andando desde años
con la risa en los labios rota,
jóvenes sauces de esperanza
con la ilusión verde en las hojas.
Y el amor como una ceniza
que abrasó el corazón y la boca.

También un pájaro de sueños
anidó en estas ramas solas,
y se alegraron de veranos,
de rumoroso aire de fronda.
Hasta en la carne más humilde
el sueño tiene alas de alondra.

Se perdían tras de sus bultos
mares lejanos. Y una sórdida
bruma cegaba con hastío
la playa infiel de la memoria.

Iban despacio, naufragando
de indiferencia y de derrota.

OSCUROS HOMBRES

OSCUROS hombres, vamos a la luz,
vamos a remontar los hoscos sueños.
Sé que lleváis irremediablemente
un tigre encadenado en vuestro pecho.

Pasivos agonistas de una vida
que sorda pasa y os oscurece dentro
como un río de sal por vuestras venas,
como una roja ortiga en vuestro ceño.
Montón de soledades asediadas
por la injusticia, por el hambre, el miedo.
Solitarias angustias, hombres solos,
vamos hacia la luz, a comprendernos.

Acaso la verdad, arriba, bate
sus alas cerca; abajo, acaso, lejos.
Acaso dentro de nosotros mismos
vuela, y llevamos nuestro propio cielo.

Tal vez amor. Tal vez se niegue el árbol
a florecer desde su pobre leño.
Absorto el hombre, estéril la ternura,
los ojos, puras fuentes, están secos.
Tal vez el corazón sólo es de tierra
y falta llanto para darle riego.
Tal vez si nos herimos las pupilas
liberadora lágrima alumbremos.

Oscuros hombres: vamos a la luz.
Solitarios alzáis vuestros silencios,
vuestro rencor, vuestra sombría nada,
vuestros helados y terribles fuegos.
A la impávida luz de la amargura
mirémonos:
vamos a comprendernos.

Y SEGUIR

VUELVETE. No prosigas. La verdad es recuerdo.
El amor es recuerdo. Lo perdido es aroma.
Regresemos. El tiempo que no vuelve nos abre
el materno regazo de su voz: la memoria.

Retrocede a la infancia. A la tibia penumbra
del naciente deseo. Al no ser. A la incógnita
mirada. Como un río que el pedregal olvida
y a la pureza o fuente de su niñez retorna.

—Si el hombre fuera solo, si el río fuera solo
sobre la piel hirsuta, sobre la tierra inhóspita...
Olvidar. En el alma, en el más puro hielo,
hundirse día a día. Que siga el agua sola.

Pero ríos que bajan llorando sin fronteras
heridos entre espadas de troncos, entre rocas,
pero ríos que sangran hacia el mar lentamente,
desde lejos un hondo cauce de amor invocan.

Vamos hacia el mañana. Alcemos las pupilas.
Que un canto de esperanza caldee nuestra boca.
No estamos solos. Alguien precisa nuestros hombros.
Y con él proseguimos caminando en la sombra.

De «ELEGIA EN OTOÑO» (1952)

OTOÑO, VIDA

si de repente nos volvemos
hacia nosotros, ya no estamos.
Somos perpetua y triste huida
en el tiempo, sobre los años.
¿Ves el Otoño? Bebe ríos
secos y rojos del verano
y lleva dentro un fuego antiguo
de viejos sueños olvidados.

Somos de Otoño. Sólo Otoño
en el sabor de nuestros labios.
Todo se vuelve al fin Otoño
de arena triste en nuestras manos.
El estío de nuestra sangre
nos hace Otoño siempre, acaso.

Ya donde ayer la luz solía
no la sentimos. Van lejanos
los imposibles manantiales
en lo remoto. Van sonando
trenes que pasan sin regreso
por amarillos y hondos campos.

Viene el Otoño. Tristes árboles
en tus ojos. Heridos pájaros
por un octubre de memorias,
de tibia sangre dejan rastro.

Y vivir se nos hace esto:
Otoño al fin, sobre los párpados.

Nos ha cubierto lentamente
un como tenue polvo claro,
una ceniza de septiembre.
Y el fuego lejos.
Ya no estamos.

EL BALCON. MANET

MIRAS el tiempo silencioso
en el balcón. Un tiempo extraño
que se desliza vagamente
como una sombra entre las manos.
En un verdor remoto deja
fija la vida, el sueño estático
entre los cauces inviolables
y geométricos del marco.

El tiempo vuelve entre tus ojos
y estos paralizados
que nos contemplan mudamente
desde el balcón remoto y alto.
¿Qué sueño antiguo ha detenido
la luz en estos rostros claros,
en estas dulces, armoniosas
figuras, estos trajes blancos?

Mueves estampas, libros. Vuelves
los ojos otra vez al cuadro.
Albumes, páginas, revistas,
viejas carpetas de grabados,
cajas, recuerdos, libros. Vuelves
los ojos otra vez al cuadro.

¿Quién nos contempla? ¿Qué transita
bajo este verde balcón, bajo
estas pupilas como luces
que nos están iluminando?

¿Qué tiempo miras? ¿Qué recuerdos
suben del pozo de los años,
desde las algas de este fondo
donde reviven sueños, rastros?

Todo desfila, de repente,
bajo este verde balcón, bajo
estas pupilas. Ilusiones,
desesperanza, amor, fracasos,
ahora remotas alegrías,
ahora infantiles, breves llantos,
ahora la sombra de la madre,
niños nos vemos ahora, acaso.

Rápidamente retrocede
la vida, el tiempo remontamos
bajo la luz de estas pupilas
en el balcón remoto y alto.

Nos encontramos, de repente,
con una edad que no pasamos,
que se nos viene sin haberla
vivido nunca ahora a las manos,
que se nos echa sobre el alma
tierra que nunca hemos pisado,
y que nos suena en el recuerdo
la palabra que nunca hablamos.

El hondo tiempo transcurrido
nos regresa, nos hace extraños.
Nos sobrecoge. Todo suena
como a un Otoño inacabado.

¿Seguiremos? ¿Hay otro tiempo
hacia la vida aún esperándonos?

Y nos miramos. Y volvemos
los ojos otra vez al cuadro.

LA CAJA DE MUSICA

NOS sentimos sonar día tras día
en el silencio cóncavo del pecho.
Nos oímos la vida, resonancias
de músicas, de sueños,
de olvidadas, perdidas melodías,
de remotos, oscuros, tristes ecos.

Levantamos la tapa de la caja
con la memoria de insumisos dedos
y unas íntimas músicas oímos
remontando los años hacia dentro.

Rumorosos paisajes de armonía
que un niño cruza. Acentos
que dulcemente nos envuelven, manos
melodiosas. La luz en los almendros.
Las voces del verano. Aquellas tardes
que nos iban de carne y música vistiendo.

Oímos el amor como una hermosa
canción ocultos árboles meciéndonos,
y unas lejanas flautas de nostalgia
sonando entre las cañas de los huesos.

Pautada luz de abril. Agosto en llamas.
Cobre de octubre. Otoño pone cerco
al corazón. Arroyos de noviembre.
Aguas huyentes en las que bebemos.

Cuán armoniosamente la esperanza
se hunde en la fronda de jardines secos
con su leve chascar de lento olvido
bajo los olmos cenicientos.

Música antigua.
Canción remota. Violines trémulos
que en repentinos llantos sueltan, rotas,
bajo los arcos de infundible hielo,
cuerdas heridas, venas musicales
donde la sangre pulsa sus lamentos.

¿Qué orquestas suenan?
¿Qué sones se armonizan, qué patéticos
tonos nos estremecen, qué invisibles
manos tañen los hondos instrumentos?

Y son las nuestras. Pasan
sobre pianos infantiles, viejos,
por quejumbrosas cajas, por metales
sensuales y frenéticos.

Son nuestras mismas manos
pálidamente azules por el tiempo
arrancándonos vida como notas
por escalas de lluvia y de recuerdo.

Esta caja de música del alma
se nos destapa lentamente dentro.
Nos sentimos sonar. Nos escuchamos
canción, música, ecos.

LOS CABALLITOS

(Homenaje a Pío Baroja)

A mí dadme los viejos
caballitos del tiovivo...

(P. B. En mi libro
de lectura del co-
legio)

LOS caballitos de madera trotan
por el libro infantil. Y una secreta
melancolía de once años abre
su dulce zumo de amargura ingenua.

La clase continúa. El niño mira
el libro en que sus ojos araron con pereza.
A su alrededor vienen oscuros caballitos,
van, dolorosamente, dando vueltas.

En las acacias del recreo pone
la tarde su ala cenicienta.

El viejo tiovivo
sigue girando a ciegas.

Yo veo un niño que montado pasa
con un sencillo corazón de fiesta,
que desde lejos me sonríe alzando
la mano que me tiembla.

Ahora también parece que giramos
en estos caballitos de madera
del tiempo. ¿Cuántas veces
pasamos estas luces, esta feria
en la que el viento del otoño arranca
la percalina de los sueños, lleva
de un lado a otro aquel papel pintado
de la ilusión, como una gris guedeja?

Vivir es este eterno juego triste
de una dulce y tristísima madera
sobre la que corremos viejos círculos
de cansancio y de pena.

«A mí dadme los viejos caballitos...»
esos lentos de trágica pereza
donde se para poco a poco el alma,
va arruinándose el cuerpo, y una espesa
ceniza nos recubre,
que giro a giro sube de la tierra,
y nos vemos rodar pesadamente
bajo afligidas, cotidianas prendas,
bajo ropas de sórdida amargura
que el blanco hueso cubren con su arena,
y un niño ríe desde las orillas
donde la vida empieza
sus carruseles de esperanza y llanto,
los pobres caballitos de su feria.

AUNQUE ES DE NOCHE

«Aunque es de noche»
SAN JUAN DE LA CRUZ

HABIA atravesado caminos como mundos,
ciudades como tumbas y mares como olvidos.
Y traía los ojos como sueños profundos,
como cielos heridos.

En sus ojos de sombra nos miramos. Espejos
silenciosos de noche. Luna de soledades.
Emergió nuestra imagen lentamente de lejos,
de perdidas edades.

Se concitaron rostros olvidados, espumas
felices y paisajes que ahora el recuerdo nieva.
Sumidos materiales de vida; leves plumas
que la inocencia eleva.

Manos con sus pequeñas raíces infantiles
que aún descuelgan sus frutos de frías acideces.
Arboles que sombrean avenidas de abriles.
Amor de tantas veces.

Humildes servidumbres de objetos familiares.
Monedas de sonrisas, de rencores, de pena,
con que fuimos comprando años crepusculares
que ahora el dolor ordena.

Huellas como hojas secas, desenterrados dioses
fungibles. Esperanzas de quebrado alabastro.
Clausuradas estancias y pálidos adioses.
Todo súbito rastro.

Nos vimos sucesiva, mortalmente anegados
de oleadas de tiempo, de lluvias tumultuosas.
Desde los hondos pozos del recuerdo lanzados,
desde sus ciegas fosas,

hasta aquellos dos nichos de soledad herida
donde se sepultaban inevitables muertos,
donde se reencontraba turbiamente la vida,
los años descubiertos.

Nos sentimos distintos. Hijos de un tiempo extraño.
Nacidos de una tierra que el odio transfigura.
La soledad tenía nuestro propio tamaño,
nuestra misma estatura.

Nos vimos recorriendo planicies de ceniza,
campos donde la sangre rabiosamente prende,
surcos por donde el grano sólo en hambre se eriza,
montes que el sol no enciende.

Albas que rebotaron su terrible pelota
de esquina a esquina y en pretiles ciegos,
por las que desfilamos hacia la tarde rota,
herida a carne y fuegos.

Bosque que animaliza, que levanta
levas de instinto torpe, sordas piedras,
cerrando de los pies a la garganta
sus ancestrales yedras.

Nos sentimos nacer entre disparos
de plomo y odio, entre feroz acecho:
ya no éramos aquellos que fuimos, ni los claros
días que están dentro del pecho.

Se nos iban historias, devoraban historias
felices esos ojos, esa fantasmal ave
que trajo hasta las tierras de inocentes memorias
la hombría amarga y grave.

Unos ojos de noche donde nunca hay mirada,
del fondo de los nuestros la vida recogían.
Unos ojos, un hielo, una pena, una nada,
una noche, se abrían.

Una noche se abría como un campo de guerra,
como sangre que sacia el ansia de un desierto,
como un rencor, como una deshabitada tierra.
Una noche se ha abierto.

Desterrados de un alba que el corazón aún sueña,
de un amor, de una aurora que el corazón querría.
Poblando de humo triste, de soledad pequeña,
una casa vacía.

Pero seguimos siempre. La oscuridad tanteamos.
Ciegos, torpes, heridos contra las sombras prietas.
Tenazmente, en el muro de las sombras cavamos
rabiosamente grietas.

Desde la pena puede abrirse la esperanza
como desde la noche nacer la aurora pura.
El corazón del hombre a la luz se abalanza
de una gran hendidura.

De un tajo en la tiniebla, una alegría
donde otros hombres pisarán seguros.
Aunque es de noche vamos elaborando el día
de esos hombres futuros.

Las sendas de la aurora transitan por la falda
sombría de la noche; las que al hombre renuevan
cruzan por nuestro pecho, pesan en nuestra espalda,
nuestros hombros las llevan.

Tajos de luz, tajos de vida, tajos
de esperanza. La noche se estremece.
Caminemos buscándolo: el día en los atajos
del mundo, crece y crece.

Acaso cuando alumbre nos hayamos perdido
ya un poco entre la niebla de nuestra propia pena.
Nuestros pasos cansados resonarán a olvido
por avenidas de callada arena.

Aún tendremos acaso esta antigua costumbre
de mirar con extraña manera dolorida.
Porque llevamos dentro, hiriéndonos la lumbre,
y aunque es de noche amamos nuestra vida.

FUTBOL MODESTO

DESMONTES amarillos bajo el sol del invierno
que pone su piedad, su tibieza en las cosas,
que arranca falsas luces de los vidrios verdosos,
diamantes de un fantástico sueño por el que cruzan
heridos perros de esperanza y pena.

Delgados muchachitos,
pálidos obrerillos con sus botas gastadas,
bajo sus trajes grises, que van a hacer deporte
o a aprender que ellos mismos son un balón doliente
que a puntapiés manejan los grandes jugadores de la vida.

Mañanas de domingo. La carne fatigada
bosteza lentamente su cansancio remoto.
Una humilde ilusión, como el rayo en los vidrios,
arranca de las almas llamitas de alegría.

Bota el cuero cosido de esperanza,
hinchado con un aire de esperanza,
de risa triste, de ilusión oscura.
Colores desteñidos que nunca se asomaron
al sol de los estadios,
van, vuelven, corren las camisetas, buscan,
persiguen una esfera del color de su sueño.

Ascienden desde el pozo insondable del tiempo
las horas como sombras, los trabajos,
la pena, la miseria, la modesta comida
en los platos heridos, sobre el hule,
el fondo de la sórdida galería, la cama
donde se rinde noche a noche el hueso
abatido de llanto silencioso y sin lágrimas.

Asciende aquí el cansancio,
el destino que, sordo, va cumpliendo sus suertes,
la niñez mal cuidada, la escuela pobre, el fuego
del brasero amparando a la familia.

Todo llega al solar del domingo, confuso,
ceniciento, remoto, en el cuero que bota,
entre los desvaídos colores de la blusa,
y se enreda en las piernas que persiguen
ese balón con forma de esperanza.

De «EL PADRE» (1954)

EL RIO

COMO un río esta estirpe del hombre, un hondo río
que de las altas cumbres del tiempo se despeña,
desde el lejano pecho azul del manantío
a un mar de sombra donde Dios lo sueña.

Arrastra viejas sílices, arenas ancestrales,
cretas, rastros, telúricos despojos,
cuerpos de piedra, llantos minerales
por negros montes y por campos rojos.

Arrastra triste légamo, agrio limo,
algas como cabellos de sombríos ahogados,
corazones de musgo en vegetal racimo,
cortezas milenarias, árboles desraizados.

Se desliza lo mismo que un hondo cielo de agua
apresado en los brazos vetustos de la tierra,
suena con viril canto del metal de la fragua,
lo empuja un largo viento de inescalable sierra.

Humano y ciego río, en el tiempo se siente
con sus antiguas voces de remotas edades;
la vida sueña oculta en su corriente
a través de ganadas, perdidas heredades.

Más viejo que los robles y que la negra encina
y los graves olivos que su fluir refleja;
sólo menos que el mar eterno en que termina,
tanto como esta tierra áspera y vieja.

Revive siempre nuevos, siempre antiguos paisajes:
praderas infantiles, adolescentes huertos,
campos de trigo en cálidos, alegres oleajes,
frondas espesas, páramos oscurecidos, yertos.

Panoramas felices, comarcas de ventura,
colinas de esperanza, imprevistas regiones
de sorpresa, planicies de amargura,
yermos por donde yerran lejanas ilusiones.

Indiferente, ciega, el agua siempre sigue;
los siglos la renuevan de nada a nada huída.
Este río no es agua que nuestra sed mitigue,
es sed para saciar el agua de la vida.

Riega este viejo predio, el patrimonio
empobrecido del planeta; ahonda
en el suelo su vivo testimonio
por toda la heredad triste y redonda.

A través de los tiempos, por los diarios cauces,
sus renovadas aguas son siempre el mismo río:
vertiendo siempre en las eternas fauces
nunca saciadas de hondo mar sombrío.

Eras agua también de esta ribera,
padre, como agua soy en tu corriente,
como es agua este hijo que ahora espera
su destino de joven afluente.

Nos vamos sucediendo, ondas caudales,
profunda estirpe, por el mismo lecho.
¿Cuándo los misteriosos manantiales
dejarán de alumbrarnos de su pecho?

Nos vamos sucediendo gota a gota,
linfa para secarse muerte a muerte.
¿Cuándo ese mar oculto nos agota
y en su definitivo abismo nos convierte?

Sólo sabemos que, agua viva, vamos
fluyendo día a día en ancha vena,
que espejo fugaz somos de algunos verdes ramos,
y que vamos al mar, como a la pena.

Sólo sabemos que es siempre la misma
el agua, y, sin embargo, la que una vez nos moja
no vuelve a fluir más: es su azul crisma
irrepetible flor que se deshoja.

Pasa el río. Pasamos. Irremediable mana.
El tiempo nos arrastra aguas abajo.
No vuelves, gota mía, no vuelves ya mañana.
Entre lágrima y tierra te amortajo.

Humana estirpe: río irretornable.
En él voy y lo escucho en mi pecho, y lo toco.
Ya te has deshecho, padre, en lo insondable.
Yo en mi gota de agua me ahogo poco a poco.

LA IMPOSIBLE VUELTA

SI quisieras volver, padre, verías
todo en el aire inmóvil del recuerdo.
Los menudos asuntos cotidianos,
celulillas del breve mundo nuestro,
diario pan de amor y sacrificio,
alimentando al fiel y dulce perro
de la costumbre, que al llegar a casa
nos lamerá las manos.
Cae el tiempo
desde las familiares paredes derramándose
como luz de tristeza en nuestros pechos.
Madre volvió a coserte la camisa
con su hilo de paciencia y de silencio.
Tere te trajo el libro que esperabas.
La semanal tarjeta de Luis trajo el correo.
María ha preparado tu café.
Ya los niños
llegaron del colegio,
vacían sus carteras de pequeñas conquistas,
de nuevos mundos descubiertos,
y aguardan que corrijas sus deberes.
Yo, junto a la ventana, en este estrecho
rincón que tú conoces,
donde entre libros sueño,
voy hablándote, estoy
escribiendo estos versos,
estos prosaicos versos tan sencillos
como si hubieses vuelto

y estuviera contándote las cosas
que en estos días han pasado...
Pero
no volverás...
Hoy es ocho de abril,
la tarde, alondra herida por el cielo,
como un dolor antiguo va sangrando
lentamente. Se escucha un río lejos...
Pero no hay río, padre, tú lo sabes,
y oigo su canto inédito...
¿Será la muerte como un río?
Estoy
escribiendo estos versos
tan prosaicos... Ya sé que a nadie importa
mi dolor frente a un mundo que millones de muertos
devora cada día, pero yo necesito
contarte todo esto
y estoy llorando, padre, mientras inútilmente
aguardo tu regreso.

MUERTO MIO

LA guerra, el hambre, el odio... Día a día
¿cuánta carne de muerto no devora
la vida, cuánta lumbre, cuánta aurora
no ciega el ala de la tarde fría?

Y sigue tercamente la porfía:
canta para olvidar la vida, y hora
tras hora va la mano leñadora
talando rama a rama la alegría.

Se oye el golpe en el tronco. Cae la rama.
El mar continuo de la vida brama.
Ya sé que a nadie importa, pero es mío

este muerto. Me duele. Lo levanto
a hombros, con esfuerzo, sobre el llanto,
y mi sangre lo lleva en su hondo río.

LA PELEA

CRUELMENTE te callas, padre mío,
te sacudo con fuerza entre mis brazos.
Aunque te tengo siento que huyes como un río,
que de mí te deshaces a oscuros aletazos.

Como contra la vida golpeo contra el lecho
y te arranco estas ropas queriendo arrancar la muerte,
queriendo arrancar la vida contra el bosque del pecho
porque la roja rama del corazón liberte.

No te suelto. No puedes escaparte.
Con toda el alma clavo en ti mi dentadura.
Treinta años de mi vida tengo aquí de mi parte.
Contra tu muerte pongo mi ciega mordedura.

Quieres ensordecer, pero aunque sea.
Mi voz también contra el silencio lucha:
te sube por el cuerpo como una honda marea.
Dime que sí, que mi dolor se escucha.

Te callas ferozmente. Eres de roca,
O te haces sombra que invisible huya.
Te tengo aquí, al alcance de mi boca,
y ya no estás...
Te sales con la tuya.

De «EL EXTRAÑO» (1955)

LA SEÑAL

MIRAD los valles claros, los tranquilos
campos de Dios que abril puro hermosea.
Los horizontes donde azules hilos
tejen la luz, como ave que aletea.

Ved los hondos paisajes reflejados
en el humano que por ellos yerra.
Los rostros de los hombres van signados
por la limpia hermosura de la tierra.

Como estos encendidos panoramas
es el hombre, paisaje en carne ardiente.
Como el árbol, el sol dora sus ramas.
Como a la tierra, el aire da en su frente.

Sólo una lumbre extraña hay que rubrica
su mirada y sombría la convierte,
que a un tiempo lo condena y purifica:
es la roja azucena de la muerte.

LA CONDENA

AQUI nos vemos nuevamente,
persiguiéndonos en la distancia.
No lo sabemos y llevamos
uno contra otro la mirada.
Oscuramente se alimenta
la luz injusta en nuestras brasas,
nos ilumina oscuramente
el turbio pozo de las lágrimas.

No lo sabemos. Y pasamos
como las fieras acosadas
desde la edad de una condena
hacia el llanto de una esperanza.
Y llevamos como una ortiga,
en nuestra carne la palabra,
la saliva irreconciliable
que por la sangre se adelanta.

No lo sabemos. Y vivimos
construyendo paredes, tapias,
tabiques, muros, que nos van
poco a poco tapiando el alma.
No lo sabemos. Y forjamos
cada día una nueva jaula.

Nos encontramos persiguiéndonos
sin saberlo. La vida pasa.
Nos trae, nos lleva, sordamente.
Tristemente. Nos abalanza.
No lo sabemos. Y el amor
no encuentra patria.

EL HAMBRE

BOCA buscando vida a dentelladas,
buscando libertad, buscando aurora.
Hambre embistiendo en ciegas oleadas
que sólo pena y soledad devora.

Es la mano del hambre la que guía
este sordo destino, esta aventura
por donde el hombre asoma cada día
como una indominable dentadura.

Pan, libertad, amor, Dios, paz, olvido,
día a día buscando por sustento,
y hombre a hombre, como un niño perdido,
como un instinto de animal hambriento.

Amargo el pan, la libertad negada,
amor que es odio, paz que es turbia guerra,
seco rencor que nunca olvida nada.
Dios que desde su altura nos destierra.

Cuanto tocan los dientes con su frío,
cuanto en la mordedura se cercena,
se vuelve masa de amargor y hastío.
Sólo comemos soledad y pena.

CANCION PARA LOS OJOS DOLORIDOS

CERRAD los ojos un instante, acaso
la fiera luz, el sol los enrojecen.
Cerradlos un instante, que el sollozo
en la sombra los limpie dulcemente.

Así. La oscuridad es una madre
que nos besa en silencio, que nos mece
con blandas manos; niños afligidos
su callada ternura nos envuelve.

La fiera luz, el polvo amargo y seco
en las pupilas duele.
Llevamos tanto tiempo con los ojos
desmesuradamente abiertos siempre.

¿Quién restregó en los párpados ortigas
y disolvió en la luz la sal caliente?
La mirada nos sangra, y proseguimos
mirando hasta la muerte.

¡Los sueños! No consuelan.
Se sueña con los ojos abiertos y perennes
las pupilas bostezan su congoja
contra el hosco fulgor de las paredes.

Alerta, insomnes, en feroz acecho
la vida nos mantiene.
Acaso en el principio fue una pupila enorme
abierta contra un aire rojo de arena y fiebre.

Venid, cerrad un poco los ojos desgarrados
tras de la mano leve
del olvido. En el fondo del alma el hombre un bálsamo
de olvido y de ternura infantil tiene.

Cerradlos y miraos
dentro del pecho, cual si niños fueseis.

Una mano de madre acaso acuda
a poneros un dulce y buen aceite.

Sentaos como niños en el suelo
y llorad largamente,
como cuando jugando se os metía
una chinita leve.

Sentaos y escuchad; acaso un canto
en vuestro oído suene,
como aquél con que madre requería
al sueño que en la cuna nos sosiegue.

¡Tanto tiempo los párpados abiertos!
¡Tanta sal los escuece!
Nos raya las pupilas toda
la ceniza del Miércoles.

Venid. Cerrad los ojos un instante.
¿Qué implacable mandato abiertos los sostiene?
Así; la oscuridad es una madre
y nos besa en silencio dulcemente.

LA PAREJA

TENERTE cerca. Hablarte.
Y besarte en silencio.
Y sentir el contacto
caliente de tu cuerpo.
Sentir que vives, trémula,
aquí, contra mi pecho.
Que mis brazos abarcan
tus límites perfectos.
Que tu piel electriza
las yemas de mis dedos.
Que la vida se ahoga
en el hilo de un beso.
Que así, en la sombra, a tientas,
bajo la noche, ciegos,
topándonos a oscuras
mientras todo es silencio,
nos amamos y somos
casi dioses, rugiendo.

Vuelvo a palpar tu carne,
vuelvo a besarte, vuelvo
a estrecharte en la sombra
ciega contra mi pecho.
Vuelvo a sentir tu vida
trémulamente. Siento
que el desamparo pone
su soledad, su cerco,
en torno de nosotros.
El mundo está desierto.
Mudo. Tú y yo arrojados
a un destino violento,
aquí, sobre la tierra,
abrazándonos ciegos.

Y entonces te recojo,
te amparo, te sujeto,
pequeña, débil, mía,
cobijada en mi aliento,
sostenida en mis brazos,
cubierta con mis besos.

Pero mi pequeñez
en seguida comprendo.
Mi inútil protección,
castillo sin cimientos,
rueda deshecha frente
al enorme Universo.

¡Qué poco puede el hombre!
Y me refugio en medio
de tanta soledad
en tu caliente cuerpo,
para que entre tus brazos
me mezas con tu tierno
amor. Niño asustado,
busco tu amor materno.

Los dos en la tiniebla
abrazados, pequeños,
frente a la eternidad,
lloramos en silencio.
La noche continúa
mudamente cubriéndonos.

De «TEATRO REAL» (1957)

LA ALMENDRA

YO lo que busco es sólo una salida,
una salida hacia el mañana.
¿No veis que estoy a vueltas con la vida
como con una almendra vana?

Pero tiene que haber una manera
de que la pulpa esté madura,
de que colme otra vez la primavera
esta cáscara oscura.

Jugábamos de niños con el duro
fruto hasta dar con su apretada pulpa,
el cascarón era una barca luego.

Y ahora ya no lo vemos tan seguro.
Sólo en nosotros puede estar la pulpa
de no dar con la clave de aquel juego.

LA REPRESENTACION

NO se baja el telón. Alguien silencia,
no gesticula más, ha terminado.
Pero la función nunca. Los actores
repiten sus papeles ¿hasta cuándo?

Llegan en fila, gritan, se amontonan
o se persiguen por el escenario,
por el gran escenario, lloran, hablan,
se ríen, caen. La luz les hace extraños.

Monótonos repiten sus papeles:
viejísimos monólogos, no hay diálogo.

Cada cual clama por su propia herida.
Nadie escucha las voces del contrario.

Tartamudean torpes, trenzan torpes
hilos de voz, nudos de voz, de llanto;
o bien recitan de corrido, sueltan
su lengua de grotescos papagayos.

De cara a esta implacable batería
que los alumbra mortalmente, cardo
de luz que los araña, inician gestos
que se desploman tristes de sus labios.

Entre remotas muestras de fatiga
arrastran sus disfraces empolvados,
descoloridos, sus arcaicos trucos
que ensayan con mirada de cansancio.

Y van y vienen aturdidos, hoscos,
indiferentes, lentos, tropezando,
moviendo leves nubes de ceniza,
lloviendo un agua gris de sueño y llanto.

Súbitamente un fuego los conmueve,
los ciega. Se rechazan como hermanos.
Se desconocen, se odian, se abalanzan...
La luz sigue implacable contra sus rostros blancos.

¿Quién gobierna esta escena, quién apunta?
El director habrá tenido un fallo...
¿Nadie dirige, aquí, entre bastidores?
La luz, sólo la luz sigue alumbrando.

Hay un viejo traspunte que ahora nadie
ve, que nadie ha visto nunca, acaso.
Pero ya nadie atiende. Pasan, gritan,
desesperadamente alzan los brazos.

¿Quién mira a estos actores, quién escucha
sus voces repetidas, su viejo acento trágico?
Una gran sala en sombra, una gran noche,
una gran muerte enfrente.
No alcanzamos
a ver si hay en la sombra espectadores.

Sólo la luz, la luz sigue alumbrando.

LA DANZA

UNA mujer bailando hay frente al hilo
de triste plata de las candilejas.
Borda en la aguja de sus pies brocados
de luz y sombra, el huso de sus piernas
hila vertiginosamente copos
de música, adelgaza vivas hebras
de armonía, desprende ciegos nudos
sonoros, suelta cabos, desenreda
en bellos filamentos el dorado
corazón musical de la madeja
de notas y hermosura; gira y gira
el rocadero de su humana rueca.

Una mujer bailando hay frente al roto
y herido cielo de las candilejas.
Girando sube desde abismos hondos
de música, de noche, de tristeza.
En espiral sonoro asciende, traza
conos que crecen hacia las estrellas,
siderales espacios la sostienen,
flotan en la intacta altura ya, se anega
en cósmicas provincias, de los astros
va por la nieve ilesa,
por los ríos ingrávidos del sueño,
azul y pluma y nada, en su ribera.

Una mujer bailando hay frente al duro
acantilado de las candilejas.
Hermosa y tristemente gira y gira
en un tapiz de melodía y vueltas,
se mueve en un mar cálido de giros,
un orquestal océano subleva
de musicales, fugitivas olas
a playas de soñada luz. Regresa
al haz de curvas, abre abismos
de curvas, cava circulares cuevas,
pozos donde se hunde repentina,
furiosos remolinos que la llevan,
cráteres hondos donde se sepulta,
zumbido musical al centro de la tierra.

Una mujer bailando hay frente al hielo
incandescente de las candilejas.
Una mujer bailando. Abre abanicos
musicales. Los cierra.
Un cuerpo hecho de música,
hecho de modelada y dulce arena,
un cuerpo devanando la bobina
de su fugaz cometa,
enredándose más y más los hilos
de su ovillo de tierra.

Una mujer bailando. El rostro se hunde
en la penumbra. Sólo sus giros vemos en la escena.
Sólo su devanar inacabable.
Su hacer y deshacer nudos de vueltas.
Sólo ascender. Su resurgir, su hundirse.
Sólo caer. Sus alas, sus cadenas.
Y el rostro en sombra. El cuerpo hermoso, llama
al circular abismo. Nos integra
en la pasión de un mundo giratorio.
En torno de su eje nos congrega.
Pero está el rostro en sombra, y el secreto
no se revela.
El enigma se guarda. Ciegamente
nos convoca a su vértigo. Comienza
una vez y otra. Una mujer bailando.
Una mujer bailando hay...

SEGISMUNDO

A Manuel Mantero

NOS soñamos la vida, nos hacemos
la vida sueño a sueño. Levantamos
de nuestra noche muros, edificios
descorazonadoramente humanos.

Torres de pena, tapias de amargura,
habitaciones de silencio y llanto,
sonoros corredores de esperanza,
terrazas donde el gozo trae sus pájaros.

Por heridas paredes sube a trozos
su deseada hiedra el entusiasmo,
como clara pintura que quisiese
cubrir el esqueleto del andamio.

Por rampas de ventura precipita
su deshelada nieve el desencanto
como vía de agua que quisiera
echar a pique el barco.

De la alegría al desaliento hacemos
camino de ida y vuelta a cada paso.
Monótona escalera recorrida
absurdamente tramo a tramo.

La muerte al pecho de los sueños lanza
todos los días sus disparos.
El hombre alienta, aunque vacila,
y en el corazón muestra los impactos.

Por una tierra en guerra vamos siempre
de vida a muerte por los campos
que sólo en sueño descubrimos pero
que sólo en sueño abandonamos.

Fábulas tristes, verdaderas fábulas
alegres que nos vamos inventando
y somos a la vez autor, intérprete,
traspunte, atrezzo y escenario.

Soñamos que nosotros mismos somos
y que tomamos parte en un diálogo,
pero no escucha nadie nuestras voces
y de pura verdad el cuento es falso.

Estoy soñando lo que me rodea.
Tú también eres sueño entre mis brazos,
un dulce sueño que me acuna y pone
la irrealidad más verdadera, al cabo.

Nos soñamos la vida en tanto lenta-
mente va haciendo el tiempo sus estragos.
Y al despertar es cuando comprendemos
que era la realidad lo que soñábamos.

OTRA VEZ

VAMOS a repetir la misma escena.
Tú y yo. Nos aprendimos los papeles.
Miles y miles antes los dijeron.
Pero la vieja historia nunca muere.

Nos vimos... ¿Qué más da? Viejo escenario
donde el telón de fondo se sucede
en tanto que el guión en rotas páginas
reproduce sus frases indelebles.

Hombre y mujer. Nos hemos acercado.
Entre nosotros ahora el tiempo emerge
de su fondo lejano, nos inviste
los símbolos remotos de la especie.

He pronunciado una palabra, casi
una clave ancestral, y se estremece
la voz como una herida. Como un rito
aguardo la palabra que contestes.

Y has dicho «amor» igual que si dijeras
«eternidad» o «vida» o «tierra» o «muerte».
A tu voz de conjuro se deshacen
los años y la sangre retrocede.

Se han adherido nuestros labios: sube
a la boca un sabor hondo y caliente.
Se han estrechado nuestros cuerpos: llega
un oleaje que en la tierra crece.

En esta antigua escena que hoy nos toca
representar, sentimos la vertiente
humana despeñarse, combatirnos
por las venas, latir en nuestras sienes.

Pobres actores, débiles actores,
de una vieja comedia sólo intérpretes,
nos llega su verdad como si fuésemos
los primeros, los últimos vivientes,
nos arrebata su pasión lo mismo
que si no hubiera sido siempre, siempre...

EL TRAJE USADO

A Bartolomé Mostaza

DUELES como una cárcel, traje usado,
raída tela de color de tiempo,
de color de tediosos recorridos,
de monótonos pasos; ceniciento
traje, casi animal, casi con vida,
carne fiel en plegados movimientos,
adherido a los días sordamente,
acompañando al amo, como un perro.

Dueles como una cárcel, porque encierras
y atas con tu tristeza al hierro
de la costumbre, pesas gravemente
sobre los hombros, con sombrío peso
de destino, con mano irremediable
de tránsito fatal, de ciego
quehacer indiferente, y uniformas
el cotidiano y silencioso esfuerzo.

Tus arrugas esconden vida, tienen
vida plegada, desgastada, lentos
trozos de vida, en acordeones
de inaudible sonar, en largos flecos
de música, de llanto, de rozados
sonidos, de asfixiados, trémulos
sonidos. Perezosas manchas
traen desolados círculos concéntricos
de agria fricción a tus delgados hilos
que amorosos se amoldan a mi cuerpo.

Mortaja de la vida. Diariamente
amortajado entre tus brazos entro
en la vida, en la muerte por entregas
que consumo, en el hondo cementerio
de cada noche, donde trago a trago
nos vamos sepultando con el sueño.
Caja de soledad y de latidos.
Si de ti me despojo, en sombra dejo,
en tu sufrida piel indiferente,
tibia aún de mí, qué fugitivo entierro
de diminutos yos estrangulados
en cada afán y en cada desaliento.

Tu breve paño cobra densa urdimbre
de humana soledad y de recuerdo,
trama casi de símbolo en telares
de vida. Viene y va tejiendo
la lanzadera. Viene y pasa el hilo
de los días. Delgado filamento
de la memoria. Un niño te contempla
desde su traje azul de marinero:
doradas hebras en las bocamangas,
una guedeja en la corbata al viento.
Esa corbata dice adiós, se agita
ese infantil jirón de raso negro,
me despide, marino para nunca,
desde un mar dulce que azulea lejos.
Un hombre te contempla desde el fondo
de una edad, al comienzo
de una esperanza. Pasas lentamente
sobre mis hombros tu color de invierno,
traje usado, reducto de costumbre
y soledad, sencillo parapeto
en el que atrincherado miro el mundo
y al fin el traje de la tierra espero.

PATRIA DE CADA DIA

CADA uno en el rumor de sus talleres
a diario la patria se fabrica.
El carpintero la hace de madera
labrada y de virutas amarillas.
El albañil de yeso humilde y blanco
como la luz. El impresor de tinta
que en el sendero del papel se ordena
en menudas hormigas.
De pan y de sudor oscuro el grave
campesino. De fría
plata húmeda y relente
el pescador. El leñador de astillas
con forestal aroma cercenada.
De hondas plumas sombrías
el minero. De indómitas verdades
y hermosura, el artista.

Cada uno hace la patria
con lo que tiene a mano: la sumisa
herramienta, los vivos materiales
de su quehacer, un vaho de fatiga,
una ilusión de amor y, al fin, la rosa
de la esperanza, aún en la sonrisa.

A LUIS, EL CARPINTERO DE AL LADO DE MI CASA

TU estás, Luis, trabajando tu madera,
dando artesana forma de instrumento
al pino azul, sacando de los troncos
los casi humanos y útiles objetos.

Tú con tu hacer fecundo, Luis. Tu sierra
y tu garlopa susurrante siento
tras la pared que nos separa. Escucho
en la materia vegetal tu empleo.
Oigo tus manos laboriosas mientras
labrar palabra verdadera intento,
desbrozar la palabra de sus ramas
secas, pulir el armonioso leño,
dar forma a esta materia que insumisa
en musical corteza oculta el hueso.

Esta materia en que trabajo apenas
suena bajo mi mano. En el silencio
tu vecindad se crece rumorosa.
Yo mis humildes materiales dejo
para escucharte. Pluma, papel, pobre
palabra que deshace el tiempo.

También quisiera yo lograr ahora
el *seguro destino de tu esfuerzo.*
El humano servicio de tu exacto
golpear. Un sencillo fin concreto
para los hombres. Como necesarios
utensilios, dejar palabras, versos,
sobre los que apoyar la vida. Como
lisas tablas de paz. Ser carpintero
de esas vivas maderas en que el hombre
ha de dejar su corazón, su peso,
reposando un instante. No es posible

cerrar oídos al sonoro ejemplo
de tu oficio artesano. No es posible
olvidar la materia en que ponemos
esta pasión diaria.

De las palabras crece un manifiesto
de sangre y de verdad. Una esperanza
luminosa y común. Callado obrero
de esa hermosa madera, cada día
trabajo contra el terco desaliento.

UNA VENTANA

DEMENTES artesanos, albañiles
locos, enajenados constructores,
levantando una tapia, cientos, miles
de tapias entre sueños y rencores.

¿Quién dirige esta ciega arquitectura,
estas casas de sombra, esta muralla
de soledad, la torre de negrura
donde la vida el vuelo libre encalla?

¿Quién dibujó la araña de este plano
que repite paredes y paredes?
¿Quién alza estas ciudades, con qué mano
se tejen esta niebla y estas redes?

Alguien ha emborronado absurdamente
en los viejos diseños. Esta puerta
no da a ninguna parte. Un muro enfrente
ahoga el sol de la ventana abierta.

Y cruzamos oscuras galerías
que nos devuelven a la misma estancia.
Habitaciones múltiples, vacías,
repitiendo su inútil resonancia.

Y queremos salir, pero buscamos
la puerta, recorremos la escalera
y no se acaban sus desnudos tramos,
ni nada abrimos, porque no hay afuera.

No hay afuera, no hay calles, no hay ciudades,
no hay mundo; hay esta sola inmensa casa,

estas eternas solas vecindades
de corredor donde la vida pasa.

No hay más que estos enormes corredores
por los que nos cruzamos ciegamente
vecinos de una casa de rencores
con la pared de un odio sordo enfrente.

No hay más que estas paredes donde deja
sus amarillas manchas el olvido
como la mano de una humedad vieja
en el yeso mortalmente mordido.

No hay más que ciegas puertas que abre el viento
descubriendo la sombra desdentada.
Los picaportes rompen su lamento
y giran las fallebas para nada.

Y lo sabemos. Pero nos decimos:
«En la otra habitación habrá salida.»
De portazo en portazo repetimos
la esperanza fingida.

Porque vamos soñando abiertos muros,
grietas en donde el sol se precipite;
inventando avenidas y paisajes futuros,
tierras feraces que la luz habite.

Y sentimos un fuego en nuestras manos,
la sangre en nuestras manos, de ansia hechas,
para cavar, oscuros artesanos,
en las paredes de la casa brechas.

Con las manos heridas, la ventana
soñamos construir a la luz pura,
que nuestro hijo pueda abrir mañana
en esta ciega y hosca arquitectura.

PATRIA OSCURA

A José Luis, Angel, José, Enrique,
Luis y Fernando, por su recuerdo.

HAY una patria de esperanza y sombra
donde amanece el hombre cada día,

tierras aradas en silencio, campos
que en soledad siguen soñando vida.

Hay una patria donde el sol se pone
cada tarde dorándose en la misma
ladera, desatando iguales rosas,
igual sangre de ausencia y lejanía.

Hay una patria que alzan, que sostienen
graves manos cansadas, no abatidas,
esperanzadas manos silenciosas
que empuñan herramienta de esforzada sonrisa.

Patria de enmudecidos jornaleros,
de remotos pastores, de pacientes artistas,
que contra el tiempo clavan sus azadas,
conducen sus rebaños, en su taller ofician.

Callados metalúrgicos, mineros
que recorren ocultas galerías
donde entre lodo aguarda el metal vivo
el esfuerzo y la fe que lo rediman.

Hay una patria oscura, una hostil patria
a la que falta luz, como alegría
y pan al pobre faltan, como odio
y rencor sobran en la tierra ardida.

Me siento tierra de esa patria y sangre,
me siento de su herida misma,
sequedad de su boca, piel quemada
por sus propias ortigas.

Esta pobre palabra responsable
siento de la verdad, de la mentira
de silenciar el rostro de esa patria,
de no cantar su dura geografía.

Oscuros ríos, rojos, negros ríos
venas de lenta lluvia desprendida,
montes de lenta soledad cerrada
que el hueco pecho azul del cielo frisan.

Profunda entraña forestal, cautivos
brazos de bosque, manos, voz, cautivas,

sonora voz de viento entre los árboles,
voz arrastrada entre ásperas encinas.

Cautiva está mi voz también, mis manos
ramas atadas en la sombra. Encima
de esta tierra tendido árbol de llanto,
madera de dolor y esperanza, tendida.

Esta pobre palabra, como a tientas,
es una mano hacia la luz; ceniza
quiere apartar hacia la lumbre; humana
esperanza de amor la justifica.

La palabra no puede ya elevarse
ignorando que nace entre saliva,
como el viento no canta sin decirnos
las quejas de las ramas que mutila.

Una espuma florece en la palabra,
una mojada rosa en carne viva,
una ola diminuta por la sangre
que en esa patria oscura tiene orilla.

EPILOGO

1

(*Fuego en el escenario*)

PARTO mi vida en dos como podría
considerar los dos actos de un drama:
Antes de ti. Después de ti. La trama
cobra verdad a costa de alegría.

Todo lo agrava el tiempo: cuando ardía
ya la decoración en roja llama
arrimaste la leña de tu rama.
Espero a ver si se consume un día.

Que se consumirá. Pero primero
tiene que arder el escenario entero.
Bambalinas, telones... Todo sobra.

Este es siempre el epílogo seguro.
Teatro hoy, ceniza en el futuro.
¿Vale la pena de estrenar la obra?

2

(En paz y pena)

Vale la pena de estrenar la obra
aunque es ya el argumento muy sabido.
Representarla en paz y pena pido.
En paz y pena con mí mismo. Y sobra.

Cada palabra en paz y en pena cobra
una luz nueva, y nadie habrá podido
vivir la paz, la pena que he vivido,
la dicha que he vivido, y la zozobra.

Vale la pena y vale la alegría
de saber que esta vez es sólo mía
la versión del humano y viejo drama.

Que el personaje oscuro que interpreto
no andará más que sobre mi esqueleto
y en paz y pena su papel reclama.

De «JUEGO LIMPIO» (1961)

METRO ESTRECHO

I

ESTÁ la tarde, como siempre, arriba
tal un bello animal herido, echada
en la ceniza de las calles, junto
al borde oscurecido de las casas.

Y más arriba el cielo deshaciendo
sus últimos azules casi de agua,
lívida piel desnuda por el aire
de unas manos cortadas.

Y el brillo de una estrella en la pupila
crepuscular. La estrella solitaria
que aquel niño lejano cada tarde
al salir del colegio reencontraba.

Ahora también regreso. Galerías
bajo la tarde. Vidas enterradas,
provisionales tumbas hacia el arco
familiar, hacia el sueño regresadas.

Gestos cansados. Ojos donde pone
la vida su desesperanza.
Manos donde el trabajo deja formas
de humildes herramientas empuñadas.

Leves sombras de tedio por los hombros
poniendo irremediable carga,
inclinaciones lentas a la tierra
curvando día a día las espaldas.

Ahora también regreso. Es como un río
en el que nado hacia la orilla, playa
de soledad, refugio de la noche
en donde la fatiga encalla.

Ahora regreso. Subo la escalera.
Conmigo sube una escalera humana.
Se oyen, sordas, las suelas, casi gimen
contra el cemento una otra vez rozadas.

Me contemplo entre todos, avanzando
hacia mi soledad. Izo calladamente mi pena hacia la tarde. Apenas
queda ya luz poniente en las terrazas.

Gentes de atardecer vienen conmigo.
Gentes que acaso, sin embargo, un alba
sin alumbrar transportan dentro. Hubieran
podido proclamar una mañana.

Corazones de aurora hay que no pueden
izar el sol porque antes de que nazca
lo ahogan tercamente desde fuera
con tedio y sombra a paletadas.

Mutuamente ignorados ascendemos
juntos —la tarde, arriba, echada
en las aceras—, cae una ceniza
de sombra sobre nuestra espalda.

Nos une esta profunda galería,
este tren bajo tierra, esta esperanza
mínima de llevar a cada tarde
la salvación diaria.

Comprometidos vamos en la misma
partida. La ganancia
es este arribo lento, esta escalera
hacia la luz de cada tarde alzada.

II

Salgo a la luz. Ya casi cenicienta
la tarde como un árbol derribado.

El oleaje aquí me arroja
cada día a la vuelta de un naufragio.

Voy recogiendo restos, esperanzas
que aún es posible mantener a salvo
y las ordeno con esfuerzo una
y otra vez. Es preciso recontarlo

todo de nuevo. No se acaba
nunca de comenzar. Un tiempo, al cabo,
llega en que no es posible. En el principio
entonces para siempre nos quedamos.

Con fragmentos de ruinas, materiales
de derribo, ponemos a diario
estas paredes del vivir que luego
se hunden. Sobre la arena edificamos.

Todos los días llego a esta escalera,
todos los días, uno a uno, tantos
que ellos pueden sumar la larga tarde,
la triste tarde de mis años.

Cuando se llega aquí, está la lumbre
de la esperanza haciendo claro
todo el camino recorrido
que antes nos dejó ver el entusiasmo.

Costó lo conseguido cuánta pena,
cuánta constancia frente al tedio, cuánto
hacer de tripas corazón... Ni un solo
sacrificio o dolor se nos ha ahorrado.

Hay otro mundo fácil, otra fácil
manera de avanzar. Mas paso a paso
tuve que ir, tengo que ir. Venciendo
cada mañana un nuevo obstáculo,

con una nueva negación enfrente,
con un nuevo silencio, con un rastro
de indiferencia. A veces me pregunto
si valía la pena el trago

y si no hubiera sido preferible
quemar las naves. ¿Era necesario
poner a prueba cada día el alma
del que no se resigna? Y, ¿hasta cuándo?

III

Siguen subiendo sombras, cuerpos, casi
fantasmas. Pero están conmigo.
Llegan conmigo, mudamente.
Algo común nos trae a igual destino.

Algo común alzamos a la tarde.
Sobre nuestras cabezas cae lo mismo
el polvo silencioso del ocaso
poniéndonos como una marca, un signo.

Nos miramos sin vernos. Avanzamos
hacia la tarde. Mudos símbolos
nos igualan. Entre las manos
la moneda ganada. El limo

del tiempo oscureciendo las pupilas.
En la boca como un sabor antiguo
de pan ázimo y lágrimas tragadas.
Dentro del pecho soledad y olvido.

Una costumbre de desesperanza
también nos unifica. Ya está escrito
que el hábito del desencanto
más grave es que el desencanto mismo.

Pero no perderemos nunca, mientras
este ascender hacia la tarde vivos
continuemos, el empeño diario
de conquistar oscuros heroísmos,

de conseguir las mínimas victorias
con las que el corazón en equilibrio
mantiene aún la realidad y el sueño
y por su verdad cava con ahínco.

IV

Vuelvo a mi soledad. Bate la tarde
ya sólo un ala oscuramente herida.
Contra el acoso triste de la noche
cuatro pobres paredes me cobijan.

He combatido hasta la pena para
ganar mi breve cupo de alegría.
Sólo puedo esperar que en este techo
aún se encuentre la lámpara encendida.

Bajo mi mano que tan sólo pudo
levantar levemente la cortina
para que entrara un día más el sueño
hay una sombra amada que respira.

Y la contemplo. Y veo que es mi mano
la que crea el futuro. Atemoriza
comprenderlo. La llama solitaria,
la pobre luz del corazón, vacila.

Y no se puede vacilar. Bien sabes
que no hay vacilación posible. Estriba
todo en ver claro aunque los ojos duelan.
No tiene el laberinto otra salida.

Ver claro. El aire de la noche cunde
hacia nosotros ahora, nos hostiga
sañudamente. Estoy en sombra pero
hago por ver la luz definitiva.

V

Tornamos a encontrarnos. Vuelve todo,
sombría noria, a ser como es, como era.
Reproducido ascenso hacia la tarde
de cuerpos que su sombra desentierran.

Salimos de los túneles diarios,
gastamos lentamente la escalera
girando hacia el ocaso al mismo ritmo,
como representando igual escena.

Mi herida soledad se multiplica
entre las soledades compañeras.
Soy uno más hacia la tarde, un mismo
viajero que en su andén la vida deja,

la vida alza lentamente y sube
hacia su realidad, su amor, su pena.

Cada día el final del viaje pone
en el rostro una sombra nueva.

No preguntéis. En el control de entrada
taladré mi billete. En la cartera
firmas, fotografías aseguran
que soy distinto. La verdad no es ésa.

La verdad es que llevo entre las manos
una vida común, vulgar, etcétera.

Subo despacio hacia la tarde. Arriba
vuelvo a mirar la luz de las estrellas.

COMO OTROS

1

PIENSO que habrá otros hombres con la misma
pasión, con igual ansia e igual pena.
Otros que mirarán como yo ahora
la sombra de la tarde caer sobre la sierra.

Pienso que no será tan sólo mía
la indefinible voz de esta tristeza,
el metal grave de esta duda,
de esta zozobra la sombría arena.

Me he parado a pensar. En el alero
tengo la vida. La esperanza puesta
como una raya sobre el mar. De un hilo
pende cuanto mi pecho más desea.

Pienso que habrá otros hombres. Con sus mismas
palabras expresarme ahora quisiera
—*Inquietud. Esperanza. Amor. No importa*—
o que a ellos mismos les sirviesen éstas.

Yo no puedo ofrecer más que estas pobres
líneas donde la diaria lucha deja
su vacilante paso sin renuncia
hacia cada jornada nueva.

Ellos podrían enseñarme cómo
al desaliento vencen, esa niebla
que va envolviendo el corazón, y cómo
tras la helada ceniza aún lumbre encuentran.

Yo solo puedo, una vez más, alzarme
con mi verdad que vale una promesa:
—*No hay deserción.* Levanto esta palabra
de amor y esfuerzo como viva seña.

Y prosigo avanzando cual si nada
mi corazón sobrecogiera,
mientras contemplo por la tarde herida
caer la luz de una paloma muerta.

2

No sé si servirán para otros estas
palabras con que escribo,
con que intento extraer de mi mar hondo
un luminoso limo.

Desplegándolas voy como las redes
sobre la playa. El brillo
húmedo de la sal o de las lágrimas
les da su temblor vivo.

El aparejo estuvo en lo más hondo
del corazón hundido.
Ahora vuelca en la arena de estos versos
su tesoro sencillo:

un pequeño montón de algas sonoras
—*amor, nosotros, esperanza, hijo*—
con las que cada tarde alegro el aire
de mi cielo sombrío.

No sé si servirán. Acaso pasan
soñando con lo mismo
otros hombres, y el ave de la noche
les echa encima su aletazo frío.

Yo froto estas palabras como trozos
de pedernal y brota un fuego activo.

Cuesta tener viva su llama porque
se humedeció la leña en el camino.

3

Las palabras son vuestras: las hicisteis
para mí con el barro y la esperanza,
con el dolor, con el amor, de todos
los días. Las palabras

con que ahora puedo yo ordenar mi mundo,
ponerme en claro con mí mismo, manan
de antiguas fuentes vuestras. Fuisteis rocas
abiertas para el agua

al toque milagroso. Ahora las tomo
como herencia sagrada.
Con ellas voy a edificar un hueco
de luz, una ventana

donde asome la pobre vida muda,
la vida ciega. Muda y ciega estaba
la vida. Cada hombre fue añadiendo
una voz, una luz. Ahora se alza

la mía. Temerosamente tomo
mi turno. Casi nada
puedo añadir. ¿Acaso
este humano dolor tiene importancia?

¿No es como otros, como todos?
Esta menuda y encendida lava
del pequeño volcán oculto
en mi pecho ¿no se repite en cada

hombre? Yo he de añadir ahora
teñida de mi sangre una palabra
al tronco vivo de la voz que espera
los sucesivos brotes de mañana.

Y me paro a escuchar: el tiempo,
aire de oscuras ráfagas,
pasa arrancando llanto o música
de mi pequeña rama.

HISTORIA

HAN pasado los años y las cosas
que nos vieron crecer jóvenes nada
más que recuerdo son. La tierra ha vuelto
a abrir ya veinte veces sus entrañas
bajo las duras manos que no logran
sino sufrir, pero jamás llamarla
suya, las manos que aún descubren
un cerco oscuro en sus muñecas, manchas
antiguas.
Transcurrieron años;
hijos nos han nacido que levantan
al sol los ojos y preguntan. Saben
que un día... Vagamente hablan
de lo que fue nuestro vivir,
la carne misma nuestra, sepultada
en el tiempo.
Miramos lentamente
hacia la luz que dora la ventana.
El sol ha vuelto ya, miles de veces,
a hundir sus naves en el agua
de la noche y hermosa, limpiamente,
se salvó del naufragio con el alba.

La tierra, el sol, los hijos...
La vida, un oleaje. No se para
en nuestras manos. Sigue, se va, rompe
barreras, ilusiones, vallas,
deseos.
Han pasado años.
Otras guerras han puesto su pisada
de sangre y cieno sobre el mundo, otras
paces soltaron sus palomas blancas.
Naciones han surgido. Pueblos nuevos
se congregan en torno de las brasas
de su reciente libertad. Pequeña
y enorme, en la materia agazapada
una fuerza fue vista por los ojos
del hombre y sus terrores amenazan
el mundo. Entre la rueda de los astros
giran estrellas con la huella humana
en su esqueleto...
Han pasado años.

Angustia comprenderlo. Tanta
vida...
Miramos lentamente.
La tierra, el sol, los hijos...
¿Qué palabras
desdecirán la realidad? ¿Qué hielo
sujetará este río?
Un llanto habla
solo al revés; remonta el cauce; ahonda
la antigua herida.
Todavía sangra.

EL FUSILADO

MI juventud ha sido fusilada.
No se fusila nunca a un hombre solo,
caen poco a poco nuestras propias vidas.
Miro de forma extraña, si os dais cuenta;
desde la muerte miro de los otros,
desde mi muerte en cada uno de ellos.

Soy aquel joven muerto junto al alba
que avanza hacia su otoño, atravesado
el pecho por la luz de un orificio
por el que se descubren años, sombras,
y un paisaje remoto se trasluce.

De dos en dos. En fila. Los altos paredones
recogen el impacto. Nuevamente
de dos en dos.
¿Adivináis ahora
por qué sacar tan fácilmente puedo
el corazón del pecho y enseñároslo
como una roja fruta hacia el otoño?

NOSOTROS

I

SOMOS nosotros los que conducimos
la vida hacia la luz cada mañana.

Los astros en su eterno movimiento
sólo descubren soledad callada,
sólo belleza y soledad. La tierra
se abre fría y hermosa. Por su espalda
vuelven los ríos, tornan las colinas
a erguir sus pechos, puros se levantan
los impasibles árboles.
Nosotros
conseguimos que gire la esperanza
sobre la desolada geografía.
Damos la vuelta al mundo en cada
amanecer. Y el sol vuelve a alumbrarnos.
La vida cobra gozo y ansia,
pena y pasión.
Nosotros construimos
así el amanecer; somos la raya
que divide lo exacto de lo vivo,
lo puro de lo vivo que se empapa
de sangre; la frontera
entre lo bello y lo que ríe y canta
y llora y sufre. En nuestra boca
está el secreto: el día, el mundo, hablan
por nosotros. No somos seres
perfectos. Nada puros. Nada
exactos. Nos conmueven
vertiginosas ráfagas,
ciegos limos nos cubren, nos cimientan
movedizas arenas cálidas
y el tiempo torvamente con su estrago
nos amenaza...
Pero tenemos el secreto.
Acaso asusta comprobarlo: estaba
todo perfecto, bello, y viene el hombre
a sembrar la discordia, la cizaña
en medio de la obra sin mancilla,
a salpicarlo todo con su mancha
roja, indeleble...
Pero
sin su huella ¿qué vale la obra intacta?

II

Nosotros somos los que conducimos
la vida.
Vagamente
lo comprendemos: vamos enturbiando
la belleza inhumana, ese
río purísimo. Ponemos
barro y dolor con nuestra muerte.

Nosotros somos esa mancha roja
que turba el ampo de la nieve.
Estigma somos. Imprevisto
desacorde en la música celeste.

De sangre están manchadas nuestras manos
por dentro. Sangre que inocente
llega en las venas a ser ansia
del corazón hasta los dedos.
Eje
de sangre somos que da vueltas
al carrusel del mundo, lentamente.

III

Nosotros vamos dando vueltas
a la vida. Elevamos sombras
hacia la luz. Hundimos luces
hacia la oscuridad. Y otra
vez levantamos con esfuerzo
las señas luminosas.
Nosotros somos los que fabricamos
las piezas de esta rueda giratoria.
Nadie diría que llevamos siglos
de aprendizaje; aún se equivoca
la mano, aún hay errores
terribles, aún nos falla la memoria.
Nosotros extraemos en el bosque
del tiempo estas verdades, estas pocas
palabras, ramas con que se mantiene
tras la ceniza aún la lumbre roja:
libertad, esperanza, amor, mañana,
hijo, alegría, corazón, no importa.

Nosotros dibujamos con las suelas
de los viejos zapatos una honda
vereda, un hondo surco donde sigue
prendiendo la semilla silenciosa.
Somos los que afirmamos cada día
la realidad: redonda
es la tierra y la vida entre las manos
del hombre debe ser también redonda.

Queremos darle vueltas a la vida.
Por eso no se nos perdona.

LA REALIDAD

NO, no quiero los sueños. Es la vida,
la realidad la que nos llama. Escucha.
Son las cosas estrictas que tocamos
las que nos prestan su difícil música.

Difícil, sí, difícil es alzarse
desde el silencio de la pena abrupta
y tocar con los dedos aún heridos
estas candentes realidades duras.

Pero lo mismo que esos pobres árboles
frente a los brazos del otoño luchan,
hemos de defender hoja por hoja
la rama viva que nos da la fruta
de la esperanza, que hace cada día
esa naranja un poco más madura.
Contra el inevitable helor del tiempo
que tus amantes manos le recubran.

No. No es el sueño. Es esta vida diaria
la que hay que comenzar de nuevo. Busca
en mí el esfuerzo y la sonrisa. Míralos.
(Aunque los finja por vencer tu duda.)

Porque era esto lo que contenía
aquella caja de sorpresas...
Nunca
podremos ya volver atrás. La tarde
sombra a nuestras espaldas acumula.

BUSCANDO EL ALBA

I

PERO algo cierra el paso. Hay que apartarlo
y abrir caminos otra vez. Si rojos
sangran los dedos, sangran más los ojos
de ver cundir el fuego y no apagarlo.

Abrir nuevos caminos. Aunque cueste.
No están todos cegados. En el muro
hay grietas. Aún la noche pone oscuro
el corazón. Pero el camino es éste.

Ecuchadlo sonar. Aún vive el muerto.
El fusilado. El perseguido. El loco
de atar. El maniatado. Se incorpora.

Llamad, llamad. El hombre está despierto
bajo infame modorra. Tocas, toco,
tocamos otra vez el alba. Ahora.

II

No sé si alcanzaré lo que hoy escribo
o será el alba, hijo, sólo tuya.
Pero antes de que el tiempo me destruya
quiero decir que porque vivas, vivo.

Quiero creer, y el soplo que recibo
de la vida y la tierra, que refluya
a ti, e igual que el hierro y que la hulla
de esta mina que soy salgas tú, activo,

potente, vencedor: metal y sueño,
alba y amor, verdad libre y hermosa,
hombre con un mañana puro, ileso.

Hombre avanzando hacia la luz, risueño.
Aunque se hayan quedado ya en la fosa
mis pobres ojos que soñaban eso.

LOS METALES

TRABAJO con el hierro y la amargura,
con el acero azul y la esperanza,
con el cobre y la chispa luminosa,
con el plomo y la simple verdad del agua clara.

Sencilla metalurgia del diario
golpear en la fragua
forjando los objetos que quisiera
utensilios de forma necesaria.

Los metales sonoros, laboriosos
ponen ante los ojos su enseñanza:
batidos, trabajados,
pero seguros, resistentes. Nada

puede con ellos. Escondido
está su brillo hermoso tras la capa
injuriosa del tiempo, tras la herrumbre,
el cardenillo, el vaho que los infama.

Con esos cuatro nombres:
amargura, verdad, luz, esperanza,
cemento sin cansancio, como obrero
metalista, mi voz y mi palabra.

La amargura me cerca y la domino,
la verdad clamo, la luz busco, el ala
de la esperanza el corazón me roza,
y voy hacia el mañana.

No soy más que un obrero que maneja
sus metales humildes
y de su fe y de su esfuerzo se contagia.

LA MINA

HOMBRES, mujeres, niños. Trabajamos
todos en esta mina desde el alba
hasta que el sol, como la fe, se vence
y la noche nos cubre con su manta
y a tientas nos cogemos de las manos
para ahuyentar la soledad helada.

A la mina tornamos diariamente
por sordas galerías sepultadas
bajo la libre luz que queda lejos,
que flota lejos como nube alta.

Sonámbulos mineros silenciosos
contra el mineral ciego se desgasta
nuestro esfuerzo. Dejamos contra muros
sombríos el temblor de la mirada,
contra vetas rocosas escupimos
la pena igual que una saliva amarga
y el corazón sentimos vacilando
tal la luz de una antigua lámpara.

Contemplo lentamente algunas veces
cómo vienen y van mis camaradas,
cómo una yedra de costumbre amolda
al humano trajín su hoja parásita
y con fervor, casi con alegría
giran los torsos y los brazos se alzan.

Somos obreros de esta mina. Estamos
todos tocados por la misma lacra.
Respiramos el mismo gas, la misma
humedad nuestros huesos cala.

Somos mineros. Trabajamos, mientras
brilla un sol libre arriba, desde el alba.
Buscamos un metal hermoso pero
difícil: la esperanza.

CONDUCCION

EL plomo fontanero
con su modesta ropa de trabajo
por laberinto gris de tuberías
nos trae hasta la casa ese regalo
tan sencillo del agua.
El cobre
electricista, el rojo hilo, relámpago
que cabrillea entre la estrecha nube
de su funda de amianto
nos trae la luz, instaura
cada noche el milagro
de sus pequeños soles.

El plomo, el cobre. Necesarios
camaradas. Como ellos
por escondidos tubos subterráneos,
por aéreos hilos invisibles,
calladamente demos paso
a un agua de verdad, a la luz clara
de la esperanza. Hagamos
con humildad labor de buenos
conductores, de humanos
metales conductores hasta el último
rincón oscuro de la casa, el más lejano
lugar del corazón de cada hombre.

La poesía, un agua, una luz que a la mano
de pronto viene, desde qué altas fuentes,
desde qué ciegos ríos despeñados
qué sierras de dolor y amor nos cruza,
en qué generadores de entusiasmo
no se transforma. Todo
hace posible ese fluido, ese arco
luminoso. De todos,
hombres, cosas, paisajes, ese vaho
se condensa y nos llueve sobre el pecho
cuando el verso escribimos. Devolvamos
a cada uno su luz, su agua,
verdadera palabra, himno esperanzado.
igual que los metales que conducen
a nosotros clarísimos milagros.

EL METAL MALEABLE

METAL que he de dar forma entre mis dedos
y que sostengo ahora entre mis manos,
metal de amor y vida en el que escucho
sonar mi corazón continuado,
en el que veo el brillo de mis ojos
como un pequeño e infantil relámpago
y el color de mi sangre sostenido
como la veta de un filón lejano.

Materia maleable, dúctil trozo
de vida, dócilmente moldeado.

Yo temeroso artífice, inseguro
fundidor de tu ley, pobre artesano
de tu futura forma, cada día
tiemblo al tomar de nuevo mi trabajo.
Soy el obrero que se para y mide
sus fuerzas: pocas para su entusiasmo,
su valor: menos que su amor, su esfuerzo:
capaz de cometer un fallo.

Y te veo cobrar temple y dureza,
vivo metal que amo,
y pienso que en tu eje irá la vida
cada vez más, girando,
y que la ley para otro metal nuevo,
para otro mundo nuevo, está en tus manos
y que se forja desde la esperanza
en ti la libertad en que esperamos.

Por eso quiero, metal mío,
que siempre des sonido libre y claro.

EL CLAVO

EL clavo está, delgado como un hueso,
como un grito desnudo y hecho sólido
que en la pared hubiera penetrado
con su punta sonora. Como un ojo
de hierro que se contempla fijamente
desde la soledad del mundo todo.

El clavo es un testigo de la vida,
espectador humilde y silencioso
pero implacable. Yergue su dureza,
su rigidez de dedo sentencioso
y nos causa y nos disculpa. A veces
lo tapamos con un cuadro, un adorno,
con una prenda despojada, casi
queriendo ahogar su grito mudo y hosco.

Pero sabemos que él está debajo,
aferrado con un tesón indómito
a la pared que nos cobija.
El clavo
nos sujeta ese mundo transitorio

que flota suspendido, nos agarra
la realidad, la clava al firme hombro
del muro de la vida.
A veces sombras
fantasmales, vacías ropas somos
flotando por el sueño, rotas ramas
sin raíces, sin árbol, y de pronto
a un clavo hemos de asirnos, a un ardiente
clavo para volver a ser nosotros,
para sentir la realidad, la diaria
realidad, pared firme a cuyo apoyo
deja la vida sus irrenunciables
verdades, pone el tiempo sus sollozos.

LA BISAGRA

sus dos alas cuadradas
son casi humano hueso,
casi rodilla o codo, casi mano
que abre y cierra en el aire azul los dedos.

Por ellas las ventanas de este muro
a la luz matinal rompe su vuelo,
la puerta de esta cárcel deja
ir hacia el horizonte preso.

Son dos alas minúsculas de plumas
oscuras que enrojece el tiempo.
La soledad pone un dolor de pájaro
cautivo en el gemir del perno.

Nosotros somos goznes y la vida
se abre y se cierra por nosotros. Hemos
de hacer que la esperanza,
la libertad pueden tener acceso.

Volando con un ala,
con la otra a la pared sujetos,
cerrando el paso a la amargura,
a la alegría abriéndolo.

MINA OSCURA

ESPAÑA, mina oscura de metales
de llanto y sueño, yacimiento pobre
sobre el que pasan arañando, sobre
el que levantan sombras sepulcrales.

Patria de hierro. Hoja de puñales
cambiada por monedas de agrio cobre,
afilada con triste agua salobre
contra desesperados pedernales.

Olla redonda, patria, gran caldero
para cocer el rojo caldo ibero
que envenenan remotos cardenillos.

Secreto corazón de plata madre.
Guarda tu noche un can para que ladre
a una luna de hoces y cuchillos.

De «LA LUZ A NUESTRO LADO» (1964)

DESPEDIDA PARA UN CUADRO DE RUBENS

OH Pablo Rubens de los terciopelos
fragantes como carne femenina,
Rubens de las mujeres como cielos
de carne donde el beso se adivina.

Vives. Estás aquí. Eres la huella
lejana en luz, el rastro de tu mano
o de tu corazón, tu roja estrella
sobre el lienzo asumido en cielo castellano.

Con el Duque galopas por las salas
de suntuosas mansiones. Se diría
que aún el milagro del pincel resbalas
con lujuriosa y pródiga alegría.

Lejos el pueblo, como siempre, calla
y no te ve. Tu luz no da en sus frentes.
La vida es en tus manos feliz bomba que estalla.
Ceniza oscura es para otras gentes.

Tú, Pablo Rubens, a caballo, en traje
del Gran Duque de Lerma, acaso cruces
de nuevo el Pirineo en otro viaje
de fastos y de luces.

Por el mismo camino la frontera
de España cruzarán con sus dolores
gentes que nunca izaron la bandera
de la dicha ni vieron tu reino de colores.

Al tiempo emigraréis: tú, de recintos
refinados que el pueblo no traspasa;
y estos hombres, de ciegos repujales extintos.
Todos cruzáis las puertas de la casa.

Si vuelves, Pablo Rubens, a caballo,
como te vas, por ruta de despojos
y de humanos alijos,
vuelve cuando estas gentes puedan oír el gallo
de un alba en la que el arte nazca a todos los ojos
y la tierra española nutra a todos sus hijos.

PATRIA, MUJER

DIGO *patria* y a veces me parece
que mujer digo y que su cuerpo beso,
digo *mujer* y siento que me mece
una cuna de tierra desde el hueso.

Se me viene a la boca un nombre como
un sabor de tristeza y de esperanza.
A la ventana de un amor me asomo
y hacia él el corazón se me abalanza.

Me parece que sois la misma cosa,
la misma luz astral, la misma pena,
la misma soledad, la misma rosa
cortada, y esa música que suena

—patria, mujer— entre la oscura fronda
que el viento herido de la tarde mueve,
y esa nube que vagamente ronda
y por los campos y los ojos llueve.

Pequeño campo de batalla, mira
guerra civil y rastro de amargura
y un muerto no del todo que respira,
que aun en tus besos su esperanza apura.

ARMA SECRETA

Se desmantelarán las bases pero,
¿y el odio del corazón de los hombres?
R. DE GARCÍASOL

¿QUIÉN levanta del pecho del hombre
estas armas secretas del odio?

¿Quién devuelve la paz a los campos
del alma, sombríos e inhóspitos?

Pasaron poniendo las bases
ocultas, de sombra y de plomo,
cimentadas en viejos rencores,
tapadas de envidias y rastrojos.

Subieron al pecho lejanos residuos,
esquirlas de un crimen remoto,
compacta muralla de ciega amargura,
de sangre mezclada con lodo.

El hombre es un niño que aprende
a odiar, si le enseñan, tan pronto...
Se le vuelve la tierra pequeña
y a su lado no cabe ya el otro.

Se puede volver agua oscura,
corrompida agua negra de un pozo
si lo ciegan con légamos tristes
y remueven el cieno del fondo.

Ese hombre que cuida los campos,
que cría ganados de cálidos copos,
de repente asesina palomas
y les clava una aguja en los ojos.

Ese hombre que funda la rosa
y descansa a la sombra de un olmo,
pinares y bosques incendia
y contempla impasible el rescoldo.

El hombre que curva sus manos
por el dulce declive de un hombro
de mujer y en las suaves colinas
de unos senos aprende redondos

encantos, ternuras redondas
en las formas del aire amoroso,
solivianta sus dedos de espinas
y en sus manos se yerguen escollos.

El hombre que toma en sus brazos
al hijo que le hace sonoro

porvenir, y le muestra las cosas del mundo,
del mundo que en su eje también gira un poco,

un mal día atraviesa con botas
militares pisando el sollozo,
pisando la frente de un niño que está agonizando
caído en los campos del odio.

ENTRA DE NUEVO UN TREN

ENTRA de nuevo un año
como un tren en agujas
que va al futuro y trae no el perfume
de los campos cruzados en la noche
sino el aroma mucho más hermoso
por ser esperanzado
de los que atravesando irá mañana.

Olor de nieve lenta, olor de enero
por la tierra de manos extendidas
que lo verá pasar desde sus piedras
mudas y grises de trabajo y muerta
vida, de historia en que sufrieron gentes
que no recuerda nadie.

—Alguien está esperando en esta tierra
ahora mismo, debajo de la nieve.

Olor de lluvia terca, araña líquida
que envuelve campos de olivares negros,
de encinas turbulentas, removidas
losas de cementerios, viejas torres
aún en pie, desahuciados edificios
donde el rencor habita.

—Alguien está esperando en estos campos
ahora mismo, debajo de la lluvia.

Olor azul de primavera, huertos
al sol, espuma de azahar, naranjos
o pequeños satélites flotantes
por un cielo de ramos. Violadas
proclamaciones de alegría. Frutos
igual que el corazón, hacia el vivir.

—Alguien está esperando en estos huertos
ahora, debajo de la primavera.

Entra de nuevo un tren, un año
en agujas. Irá de pronto al Sur
entre cepas y rosas, sal y pitas,
entre broza tirada por las playas
y caballos que monta el sueño y toros
que cornean el mar de la tristeza.

—Alguien está esperando aquí en el Sur.

Cruzará de improviso hacia el Oeste
con chaparros y dioses y conquistas
de sed, entre rebaños amarillos,
jarales de ceniza desgarrada
como cabellos de mujeres pobres
que a Dios han visto un día.

—Alguien está esperando en el Oeste.

Irá súbitamente al Norte, junto
a los acantilados donde rompe
su verde frente el mar y alzan las redes
su pesantez y su amargor de agua
y las gaviotas negras del carbón
vuelan en densos cielos subterráneos.

—Alguien está esperando aquí en el Norte.

Recorrerá las vías que se asoman
al viejo mar de números y acantos
desde la chimenea a la palmera
por el Este templado donde tocan
paganos instrumentos mitológicos
la música mejor de la esperanza.

—Alguien está esperando aquí en el Este.

Entra de nuevo un tren ahora en agujas.

¿Lo veremos pasar sin que descienda
de él la viajera que esperamos tanto?

LOS CONGREGADOS

TODOS de nuevo estamos
junto al hogar. Sarmientos
secos crepitan y hacen
telarañas de fuego.
Ventanas a la espalda
cierran sus ojos negros
y estos ojos humanos
se abren en silencio.
Nadie pregunta. Nadie
sabe por qué nos vemos
aquí, por qué reunidos
estamos, como ajenos;
quién nos trajo a esta lumbre,
a dónde vamos luego,
por qué se quema y arde
la madera del brezo
en este hogar y si
no son el propio leño
que se consume nuestras
vidas. Mas nadie ha abierto
la boca. No pregunta
nadie.
Se escucha el viento
morder entre las tejas
y el respirar del tiempo
que pasa y jadea
como un humano pecho.

¿Somos una familia
que se une bajo el techo
antiguo de la casa
tras un vivir disperso,
o somos ignorados,
remotos, forasteros,
extraños conducidos
a este común congreso?
¿Estamos al amor
de este rincón del sueño
o estamos entre cuatro
paredes prisioneros?

Absortos contemplamos
las llamas y quisiéramos
adivinar las claves
a través de los gestos.

Porque tal vez un signo,
una seña, un acento,
una mirada, un rasgo,
una huella por dentro,
o un gran dolor, acaso,
nos haga compañeros,
solidarios nos torne,
comunes y fraternos.
Unos a otros, despacio,
lentamente: con miedo,
nos miramos. Alguno
comienza a hablar:
—Si fuéramos...

De repente la puerta
se abre y cae todo el peso
de la noche en la estancia,
como un animal muerto.

STRIP-TEASE

LLAMITA rosa en medio de la noche,
de una noche cuadrada, plena
de ojos que se anticipan a tus manos
sobre el pétalo grácil de tus prendas.
Llamita clara en medio de la noche
rítmicamente en alas de tus piernas
dibujando la línea de una música
que con distinta melodía suena,
que a ti te va sonando como a velos
en ascensión purísima e inversa
a la espuma de nylon y al encaje
musicalmente desceñidos, mientras
cobra cálidos tonos de lujuria
entre vaho rubio y humo violeta.

Llamita sola en medio de la noche
vacía de un oscuro lleno, hueca,
frente a la que amaneces solarmente desnuda
como si fuese ante una isla desierta.
Pasas, miras, sonríes.
No ves. Tu rosa es una indiferencia
de música y perfume. Con la misma
facilidad rompe la primavera
sus vestidos oscuros de diciembre.
No estás desnuda, es que no estás apenas.
Estás entre tus cosas familiares,
junto a aquel dulce beso tras la puerta,
por la tarde en el campo o la lejana
niñez de breve pájaro en las trenzas.

Entre tanto la noche se desnuda
cuadrada en vaho y humo espesa,
frente a ti hace strip-tease, arroja falsas
vestiduras, caretas
diarias. Tras los ojos que recorren
los trayectos con gula de tus sedas
van surgiendo desnudos seres, gentes
van emergiendo en su feroz miseria.
El importante hombre de negocios
tras los que sus finanzas arruinaron. Presenta
el laureado general a sus soldados muertos.
El embajador rompe su chistera.
El probo funcionario
súbitamente piensa
en sus lejanas zapatillas. Todos
están desnudos. No se han dado cuenta
que están desnudos frente a ti, que pasas
vestida de inconsciencia.

Llamita triste en medio de la noche.
Todos contigo hacemos esa
verdad, ese strip-tease, ese despiece,
si nos miramos nada ya nos resta.

Nos quedamos desnudos en la noche,
somos el cuerpo azul de la tristeza
moviéndose en la noche solitaria
frente a los ojos huecos de una fiera
de pasión y de odio, somos seres

desamparados tras absurdas prendas
de falsas actitudes, de rencores,
de sueños que jamás se cumplen, ciegas
verdades que jamás se dicen,
justicias que jamás se encuentran,
sedes que no se sacian nunca,
credulidades que no son creencias,
credos que nadie cree...
Trajes,
camisas son de fuerza
del pobre loco que desnudo mira
la noche en torno suyo de la pena.

CARTA A RAMON DE GARCIASOL

(Por su libro *La Madre*)

MIGUEL: la tarde pone hermosamente
su ala de octubre en mi ventana. Escribo,
hacia el otoño, hacia la luz poniente;
voy escribiendo casi como vivo.

Voy escribiendo casi como gano
«la palabra y el pan de cada día».
La pena aparto un poco con la mano
para que no le pueda a la alegría.

Para que no le pueda el desaliento
al entusiasmo escribo, hablo, trabajo
y hago como si no sintiera el viento
que me arranca los árboles de cuajo.

Tú entiendes bien lo que te digo. Esta
brasa también entre tus manos arde;
eres de los que saben cuánto cuesta
llegar con la esperanza a cada tarde.

De los que hemos de hacer de un triste leño
la propia primavera florecida.
Ya nunca descubierta sueño a sueño
sino ganado herida a herida.

Tú dices bien que nos jugamos mucho,
tal vez todo en el juego de esta escena.
Luchas para lo mismo que yo lucho
y a veces piensa si valió la pena.

Voy escribiendo de lo que en mí clama
y sé que soy cual los demás: un río
que salido de madre se derrama
por un yermo vacío.

Nos salimos de madre. Sí. Tú sabes
que en ella estaba la verdad primera
y acaso sueñas que como las aves
tornemos a su eterna primavera.

De ella venimos, de su entraña oscura,
desde su fuente amante y caudalosa.
Ella nos da la savia noble y pura,
raíz madre del hombre y de la rosa.

Niños huérfanos somos, desmadrados,
perdidos en la noche; ciegamente
buscamos en la sombra unos amados
brazos, un surco, una simiente.

Tú lo sabes. La madre nos espera
para volvernos otra vez sencillos,
como cuando la vida sólo era
devanar dulcemente sus ovillos.

Invisible su sombra nos protege
y madre es el amor y la alegría
y a madre lleva el hilo que se teje
con el esfuerzo noble cada día.

A madre suena la esperanza. Toca
a salvación su nombre. Un aire viene
feliz de infancia en su recuerdo. Invoca
y alienta cuando erguidos aún nos tiene.

Tú lo sabes. Tu libro me ha traído
esta hermosa verdad recuperada:
aún es posible dar al hombre herido
una noble palabra esperanzada.

Una tristeza alegre que consuela,
un ave pura que levanta el vuelo
desde tu verso. Hermosamente vuela,
palabra, luz, paloma de consuelo.

Voy escribiendo. Ya la tarde inclina
su cintura de octubre hacia poniente.
Mi mano en sombra apenas se adivina:
voy escribiendo casi ciegamente.

Miguel, la noche trae su desamparo.
Escribimos, tú y yo, en la noche ahora.
Tu libro —una palabra puesta en claro—
el corazón cobija de la aurora.

CARTA A MANUEL ALTOLAGUIRRE

En el Cementerio de San Justo

UNOS cuantos claveles, como un ramo
de malagueña luz, te hemos traído,
Manuel Altolaguirre. Flores de agua
pone el Otoño a su primer domingo.

El cielo baja gris, como una mano
de ceniza deshecha sobre el río
para el que —«acero de Madrid»— un día
Rafael y Miguel cantaron heroísmos.

Tal vez en estos años por los cauces
de tu memoria un Manzanares vivo
fluyó. Un río es siempre todo
en el recuerdo, hacia la mar, huido.

Un río hecho de luz en el lejano
tiempo, la vida de aquel niño,
de aquel adolescente que escribía
versos en la «ciudad del paraíso».

Un río este Madrid, las islas
invitadas, tu imprenta, los amigos,
la lenta libertad, la calle
Viriato, Concha, amor, el primer hijo...

Un río ensangrentado luego, y todo
por el mar a buscar nuevo principio,
y un río despeñado, de repente,
volcado al ciego mar definitivo.

Estamos ahora enfrente del otoño
de tu humana verdad, caído
ya irremediablemente en esta orilla
por la que fluye —siempre fluye— un río.

Un ramo de claveles en la tierra
te dejamos, Manuel, oscuro muerto hundido
en unas tapias que recogen sombras
entre las que yo guardo un rastro mío.

Has venido a dormir sobre una tierra
en que algo propio tengo yo dormido,
donde mi corazón oscuramente
adivina su acento primitivo.

Cerca de tu silencio, otro silencio
que me legó esta voz, este sonido
con que te hablo; otra inmóvil sombra
que se posa en la mano con que escribo.

La boca de esa sombra inolvidable
que ahora en la tierra pone su mutismo
fue la primera en que nació tu nombre
de poeta, Manuel, para mi oído.

El padre iba enseñando a aquel muchacho
que ya soñaba entre los libros
un tesoro de nueva poesía:
Aleixandre y Alberti y Federico

García Lorca, Altolaguirre, Diego,
Salinas y Guillén... El «veinticinco»
entraba en mi reciente Preceptiva,
la sacaba de quicio.

Aquellas manos que por vez primera
pusieron en las mías vuestros libros
pasan las secas hojas de la muerte,
Manuel, muy cerca de este sitio

en que coloco un ramo de claveles
en tu homenaje... El mismo
silencio ahora os recubre
y os sella con su nada igual destino.

Llegan los años a esta orilla, rompen
olas en los acantilados, contra el filo
de estas piedras de muerte donde deja
la mano amante un breve nombre escrito.

Ahora cae la tarde como un llanto
por los fugaces pómulos del río.
Pienso que entre vosotros puedo un día,
Manuel, estar, en este sitio

donde hemos puesto unos claveles, una
rama de luz, en tanto que han herido
las prematuras ráfagas de Otoño
nuestros rostros sombríos.

De «CON LOS CINCO SENTIDOS» (1970)

VEO LOS NIÑOS

MIRA la vida, está en los ojos
de estos niños. Pasar los veo.
La esperanza se deletrea
en sus menudos alfabetos.

En el viejo encerado escriben
sus signos prodigiosamente nuevos.
Aprendamos su abecedario
si salvar de la muerte queremos.

En sus bolsillos escondido
o enredándose entre sus juegos,
está el mundo que no será
este mismo que ahora tenemos.

Si deseamos saber algo
los niños son nuestros maestros,
lo que nosotros aprendimos
¿vale aún, tan gastado y viejo?

Cómo hablarles de tantas vagas
ideas en que no creemos,
cómo darles la certidumbre
si la duda nos pone cerco,

con qué palabras les pintamos
la justicia que no tenemos
o elevamos ante sus ojos
la libertad, si estamos presos.

Y cómo hablarles de la patria
si la patria mejor son ellos,
o de la Historia, si la Historia
se va a tejer entre sus dedos.

Apenas si nos es posible
más que mostrarles el concreto
ámbito real: éste es el monte,
éste es el mar, el río, el puerto...

Este es el mundo: esa gran casa
en la que el hombre habita y trémulo
mira el milagro tan previsto
y asombroso del diario suceso.

Apenas si nos es posible
mostrarles puros los objetos,
las exactas y persistentes
formas, sus límites escuetos.

Miro los niños. Han salido
alborozados al recreo.
Veo sus manos que ahora juegan
con tizas y piedras e insectos.

Estas manos tendrán mañana
del trabajo los instrumentos.
Vuelven a clase y hay un pájaro
aleteante en cada pecho.

¿Volarán con mejores alas,
por un aire mejor que el nuestro?
—Tomad la tiza, y en el cuadro
desalentadamente negro

escribid VIDA, con mayúsculas,
a ver si los rasgos inéditos
le pueden dar a la palabra
otra vez su dorado fuego.

OIGO LA VOZ

OIGO tu voz, puente sonoro
por el que entrar hacia tu mundo,
musical galería que conduce
hasta tu reino más oculto.

Suena tu voz, camino audible
por donde subes del profundo
pozo escondido, caracola por
la que tu corazón no es mudo.

Sé que vives por tu palabra,
sé que vivo porque la escucho.
La vida es voz que nos revela,
que nos saca de lo nocturno.

El hombre es vida que va haciéndose,
vida fluyente hacia el futuro,
vago proyecto enamorado
que en la palabra encuentra anuncio.

Oigo las voces de los otros,
casi sibilas, casi augurios.
Me oigo la voz con la que desde
mis soledades me pronuncio.

Palabra: chispa que me suelda
con quien me busca y con quien busco.
Cuerda sonora que nos une,
humana voz, humano nudo.

El corazón es como un río
y la palabra su acueducto.
Cuando suena más honda y grave
es porque habrá llovido mucho.

Oír: saber que entre nosotros
su nombre tiene cada uno,
que cuantos van al lado nuestro
no son fantasmas, no son humo.

Voz, palabra, significado,
realidad audible o escudo
frente al silencio de la nada:
esa madurez, ese sepulcro.

Háblame tú. Que en tu palabra
me llegue un hálito seguro,
que me cerciore realmente
de esta vida a que no renuncio.

HUELEN LAS ROSAS

SOBRE la mesa has puesto un barro humilde
con unas rosas que lo justifican
igual que justifica al hombre un claro
destello, una esperanza, una sonrisa.

Huelen las rosas, y sentir su aroma
también es dar constancia de la vida,
es percibir la realidad que llega
en su increíble y breve maravilla.

Huelen las rosas. Qué delgado mundo
de fragancia nos llega en su caricia.
Qué prodigioso mecanismo se hace
necesario hasta dar con esa mina
sutil de olor. Cuántos secretos reinos
botánicos, qué incógnitas provincias
de vegetal acción, desde la tierra
suben elaboradas, resumidas,
adelgazadas hasta lo indecible
para ser un milagro entre la brisa
de la mañana, un invisible copo
de aroma hacia la tarde, un terciopelo
de perfume solar al mediodía.

Trabajaron obreros diminutos
y subterráneos por las galerías
donde la gota de agua y las sustancias
germinales se alían.
La nieve puso un dedo entre los labios.
El viento golpeó las ramas niñas.
Deshilvanó la lluvia sus collares.
Y, entretanto, en la arcilla
porosa y maternal, manos minúsculas
manipulaban ciegas en la alquimia
del delgado perfume de las rosas
para que, al fin, se derramara un día
desde esta mesa en la que has puesto un barro
humilde, y nos regale su delicia.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Las hemos merecido?
¿Merecemos que sea así, la vida
tan hermosa y fragante, que penetre
por los sentidos su verdad sencilla

tan misteriosa y generosamente?
¿Gana el hombre sus rosas, su alegría?

Algo hay que nos responde por las rosas
una respuesta de perfume, escrita
en el aire. Las cosas que manejan
nuestras manos, por qué han de ser distintas
de los rosales. Con amor, por qué
no son también aroma concedida.
Vivir no es más difícil que un rosal.
Lo que anula su aroma es la injusticia.

AQUELLAS SOPAS DE AJO

HA llegado el sabor de las sopas de ajo
en el amanecer de los presidios.
Por la tristeza de las galerías
hay un rumor de pies y de bocas hambrientas
hacia los patios de las formaciones.

De negros pozos sube el vaho fétido.
El sabor de la sopa en cada lengua
como una comunión sacrílega. Revuelve
los estómagos sucios. A esto sabe
el rencor de los otros y la sangre
perdida. Es el sabor de la denuncia.
Es el sabor del miedo y la derrota.

No es un espejo el alba macilenta
por la tierra entre llanos
que aún cuartea la helada.
No nos vemos el hueco de la boca
hacia el sabor del odio
digo el de sopas de ajo entre fusiles.

AL TOCAR UNA TAPIA

ME da miedo tocar estos ladrillos
que enjalbegó una mano prisionera
sobre sangre. Esta tapia, esta frontera
de la muerte. Saltaron amarillos

yesos quemados y salpicaduras
de ejecutadas rosas. Aún me quema
la costra desconchada, el apostema
que quieren olvidar falsas blancuras.

Injuriada pared. Tocar da miedo.
Es un testigo del terror. No puedo
palpar su confesión ensangrentada.

Madre martirizada, costa herida,
carne amparando tanta rota vida,
con un alma de yeso fusilada.

De «REFORMATORIO DE ADULTOS» (1974)

LO MISMO QUE CANSADOS

TODOS somos lo mismo que cansados
leones. Entornamos los ojos. Pasa el tiempo
su látigo. Otro día. Lentamente
el circo estrecha el cerco.

Giró otra vez la vida en nuestro eje
un poco. Sostuvimos un momento
el mundo en nuestras manos. Un segundo
en nuestro hombro gravitó su peso.

Hubiera sido todo al fin posible
—todos somos gastados sueños—
pero la mano —la que un día
tocó el amor— no conquistó más que esto.

Por la ventana ves pasar ahora
la vieja historia o bien el nuevo cuento.
Todos somos una ventana
que da a la realidad, o da al espejo

de nuestra soledad tan repetida
como cada uno de nosotros. Dentro
se sublevan oscuras poblaciones,
se rebelan sombríos pueblos

ocultos. Nada grave. Todos somos
abortados pronunciamientos.
La tarde aplaca al sol, reduce brillos
y armoniza los desconciertos.

Estás cansado. Estamos. Somos todos
fatigados leones. Callan lejos

las máquinas. Cerrados los oficios.
Se acurruca en la sombra gris el perro

de la costumbre. Todavía quedan
batallas por librar en el recuerdo.
Desde su fondo ascienden lodo, llanto,
sangre, como un día llovieron,

como llueve aún. Mientras, la luna
sobre nuestra cabeza. Ahora sabemos
que esas sencillas flores tan difíciles:
paz, libertad, justicia, en sus barbechos

no vamos a encontrarlas. Su materia
es esta misma costra oscura. Menos
mal. Otras lunas hay. Planetas
quedan para ahuyentar el miedo.

Fuera mejor no saber nada. Acaso
es la felicidad este silencio
de atardecer. Pobres protagonistas
de un repetido y trágico argumento.

LA ROSA GRIS

TODO está en esta rosa gris. La vida
menudamente canta. En este pájaro
de plumas incontables está el vuelo
que va del ojo al corazón y al labio.

Aquel amor, aquella risa, aquella
esperanza, en su playa se bañaron.
Nacieron de su arena aquella angustia,
aquel rencor, aquellos desencantos.

Llaman las cosas desde fuera, dicen
su cuento, abren su río cotidiano;
multiplica la luz sus abalorios,
y la música quiebra su rosario.

Desterrada aventura, sueño antiguo,
ceniza azul, espuma de entusiasmo,
ramillete de escarcha, sombra mía,
circunscripción de cerebrales planos.

La vida va por esta rama oscura,
por este diminuto sol opaco,
por esta nube de materia donde
cae la lluvia del tiempo como un llanto.

Todo está en esta rosa gris. Efunde
desde esta realidad todo el milagro.

LA ROPA EN LA VENTANA

COMO falsos ahorcados en el aire
sus cuerpos vacilantes y vacíos,
desnudos de nosotros, brazos, piernas,
cinturas, pechos, cuellos, suspendidos.

Pasa la luz de enero entre los blancos
fantasmas con su frío.
Deshabitadas formas desvividas,
huecos humanos ateridos.

Esa silueta con que juega el viento,
ese perfil he sido.
Tus manos compañeras lo han salvado
con su dolor de qué tristes residuos.

En el aire tal vez me reconozco,
un poco soy bandera al viento herido.
Jirón que se estremece mudamente,
por un cristal me miro.

Y no sé si es la ropa o es la vida
la que pierde el hilo.

ESCRITO EN PIEL HUMANA

«Se ha encontrado el documento de propiedad de un terreno, escrito en una piel al parecer humana.»

(Noticia de Prensa.)

SOBRE la piel de un hombre ha sido escrita
la fe de posesión. No hay escritura

que duela más. No hay tinta, no hay negrura
más negra que sus trazos. Necesita

el ansia de poder esta marchita
hoja donde escribir su dictadura.
Sobre la piel del hombre una conjura
sus signos cabalísticos concita.

Sobre la piel del hombre, como oveja
marcada, la injusticia siempre deja
su hierro de amargura y sufrimiento.

Página de dolor, todo se escribe
en este papel vivo que recibe
la rúbrica frenética del viento.

Nada se ha hecho sino dejando trazos
de amargas inscripciones en la humana
piel ultrajada de los pobres. Mana
un rojo testimonio en los retazos

de piel que el viento cubre de aletazos
contra el quicio solar de la mañana.
Todo está escrito en la corteza grana
a navaja, a buril, a pluma, a hachazos.

En estos dolorosos pergaminos
dejó surcos de hirientes rasgos finos
una caligrafía de hosca vena.

La «hache» roja del hambre y la ictericia
de una «i» calcinada de injusticia,
iniciales mayores de la pena.

Alguien está escribiendo aquí y ahora
sobre la piel de un hombre perseguido,
sobre la piel de un niño desnutrido,
sobre la piel de una mujer que llora.

Yo soy la vieja carne sufridora
del hombre, soy su cuero carcomido,
soy la pena futura del nacido
y el vientre de la hembra paridora.

Alguien está escribiendo en este instante
con una mano de sombrío guante
sobre la piel desnuda de unos presos.

Vivo temblor de llanto redoblado,
yo soy el triste parche atirantado
en bastidores de amarillos huesos.

DE AQUI NO SE VA NADIE

DE aquí no se va nadie. Ni tú ni yo tampoco.
De aquí nadie nos mueve. Esta es nuestra condena.
Ha echado ya raíces cuanto tocas y toco
y hasta el aire, tan leve, nos pone una cadena.

Es una ilusión vana escapar a otra vida.
Ni los muertos se van: son plomo oscuro
y cal bajo la tierra y una invisible herida,
un invisible hueco que dejan en el muro.

Somos los habitantes sin regreso
de una ciudad sitiada y en acoso.
De aquí no se va nadie. Todo el peso
de los siglos nos lastra. Somos un oscuro poso.

El amor es un círculo cerrado.
Si nos precipitamos en su sima
del amor no nos saca ya ni todo lo odiado.
No hay que esperar que el odio nos redima.

Somos dos desertores atrapados, cogidos
huyendo, casi en la frontera.
Nunca hemos sido, nunca, perseguidos
ni nadie nos impide ir hacia fuera.

¿Por qué estamos entonces, prisioneros de nuevo
si nada nos retiene ni nadie nos vigila?
¿Por qué tú no te atreves, por qué yo no me atrevo,
por qué no nos salimos de la fila?

A lo mejor estamos ahora muertos
—tal vez aquel abrazo fue la muerte—.
Acaso porque estamos con los ojos abiertos
del todo, puedes verme, puedo verte.

Aunque se alce esta losa no salimos.
Estamos enterrados. Eso es todo.
De aquel agua de amor no somos más que limos.
No somos de aquel agua más que lodo.

NADIE PUEDE DESCANSAR

¿PARA qué nos sentamos? Nadie puede
descansar un minuto. Dime, ¿para
qué hacemos alto o fuego en el camino?
¿Descansa alguna vez esta materia?
Una acción implacable nos sostiene.
No hay sosiego. Golpea sobre el yunque
del corazón la sangre. Una paloma
cansada, pero en vuelo sin reposo,
va y viene por el aire que se quema
en nuestro pecho. Ciegas sacudidas
nos invaden arenas interiores
y fabrican substancias accionantes
en secreciones, pálpitos o lágrimas.
Una eclosión de rosas sumergidas
no cesa por las ramas que nos pueblan
y el cosmos de las sombras encefálicas
en planificaciones medulares
simultanea sus fabriles órdenes.

Ni tú ni yo logramos un segundo
de reposo. No busques el remanso
para esta vida o este amor o esta
concentración de espasmos o de sueños.
Jamás podremos nunca
contemplar las gacelas de la noche
desde la quieta luna de la calma.
Locos vuelan
los astros que supones tan serenos.
Tú y yo somos los astros. No otra cosa
que su eterna substancia en fuerza activa.

Nadie descansa nunca. Estás cansada,
lo sé. Y tu cansancio
me duele como mío.
Pero nunca seremos otra cosa.

LA MATERIA NO MUERE

LA materia no muere, se transforma
—dicen—. ¿Qué serás tú mañana? Esta

materia tan querida, ¿qué respuesta
le dará el tiempo a tu armoniosa forma?

¿Y qué será de mí? Lo que me ahorma,
donde tanta amargura tengo puesta,
esto que soportar tanto me cuesta,
¿encontrará en la muerte su reforma?

La materia que a ciegas hoy chocamos
cuando, pena con pena, nos amamos
¿será mañana rosa, escoria o grama?

De cualquier suerte, no nos salvaremos.
Substancia ciega y triste que seremos,
que somos, que hoy respira y sufre y ama...

TOCAREMOS LA ESTRELLA

TOCAREMOS la estrella, esa que un día
era el «ojo de Dios», era el lucero
de nuestro amor. La pura piedra fría
de un lejano sendero.

Tocaremos la estrella. Fantasía
que guardó un cancerbero.
Rosa de una soñada astropoesía.
Tocaremos su estero

de verde claridad. Y será nada
—fósforo, azufre, hierro—
más que un pequeño farallón humano.

Materia a un mismo caos ordenada,
—otra sombra, otra pena, otro destierro—
tocaremos un día con la mano.

De «IGUAL QUE GUANTES GRISES» (1979)

LAS PALABRAS

NO digas que son poco las palabras,
esos guantes que visten
los infinitos dedos del silencio,
esas manos cargadas de sentido
merced a la gamuza tan sonora
que hasta la soledad se vuelve humana
y salen desde el fondo de la tierra
las sílabas heridas o pequeños gusanos
que balbucen raíces y misterios.

No digas que son poco las palabras
porque no desintegran los refugios
del hambre o la injusticia. ¿Es poco el sol,
y tampoco derrota a la amargura?
¿Con qué manejarían nuestras manos
la fuerza nuclear que es nuestra vida
a no ser con su guante que pronuncia?
¿Con qué si no con su manopla hablada
iban a usar el bisturí del miedo
para cortar el cáncer de la muda
indiferencia que nos hace bloques
solitarios, ajenos, inauditos?

Las teje densa urdimbre solidaria,
un hilo humano las hilvana y cose
y en su hueco sonoro soy fraterno.

EL PAISAJE ERES TU

NO hay paisaje sin ti. Qué roca oscura,
qué mar de plomo, qué amarillo cielo.

Es sólo tu mirada la que infunde
belleza y claridad. Máquina extraña
que elabora el prodigio del paisaje.

Sólo es rosa la rosa si la miras
y este trozo de tierra abrupta y este
trozo de mar sombrío se revelan
en tus laboratorios cerebrales.
Ah, si fuese verdad tanta belleza.
Pero la verdad nace en los sentidos.
La verdad es tu mano y es tu lengua,
tu nariz, tus oídos, tus pupilas
y tu humana conciencia recogiendo
tanto material presto a la hermosura.

Cuando la bomba aséptica extermine
córneas, tímpanos, lenguas, pituitarias
y piel en forma tuya edificados,
¿qué será de esta pobre geografía
sin el soplo de un dios que la despierte?

SOY UN CUERPO

Está admitido desde hace tiempo que la bifurcación de la realidad en interior y exterior (mente y materia) ha perdido su vitalidad.

RICHARD M. ZANNER: *La realidad radical del cuerpo humano.*

1

CAE mi gozo en el pozo del espejo.
No soy más que este cuerpo que se mueve.
No me veo: se ve. Soy viendo. Llueve
sombra por el espacio en que me alejo.

Soy el espacio en que me alejo. Dejo
que este cuerpo que soy me lleve. Lleve
su propio ser. El tiempo o sombra bebe
la única realidad que aquí reflejo.

No es *mío* el cuerpo —¿quién el previo amo?—
No estoy yo en él —¿a qué otro ser reclamo?—
No *he* encarnado —¿de quién la encarnadura?—

Mi cuerpo no es mi cárcel, ni cabalgo
en él, ni es mi disfraz. Ni entro ni salgo
soy *yo* cárcel, disfraz, cabalgadura.

2

Yo no estoy dentro de *mi* cuerpo. Me hace
reír el *yo* y el *mí*. Soy eso sólo.
¡Qué ansia de poseer: *mi* cuerpo! No lo
comprendo. ¿El previo yo que acaso nace

antes del cuerpo y que le llama suyo,
quién es, de dónde viene? No, no es *mío:*
es, soy. No más. Bastante escalofrío
de realidad. Bastante sombra. Fluyo

a un viejo caz de tierra que me acoja.
Materia viva que agua o sueño moja,
un cuerpo único y solo soy, humano.

Se llama yo este cuerpo y esta queja,
esta poniente luz que me refleja
y esta nada que toco con la mano.

3

¿Yo me poseo a *mí?* Sólo poseo
la convicción de ser, de estar mirando
tus ojos que me miran ahora, cuando
siento la realidad porque te veo.

Yo no tengo *mi* cuerpo, tengo el tuyo.
Yo soy un cuerpo hacia el que nunca he ido.
Al tuyo sí que fui, y allí he sabido
qué es lo que creo y qué es lo que destruyo.

La realidad es lo que constatamos
cuando un cuerpo a otro cuerpo aproximamos
y fundimos en un solo deseo.

Porque sé que estás viva, estoy seguro
de que estoy vivo yo. Por ese oscuro
acertijo en la vida real creo.

4

Lo irremediable no es que *mío* sea
este cuerpo, sino que sin remedio
este cuerpo soy *yo*, frente al asedio
de un mundo en rotación que me rodea.

Yo no tomo este sólido instrumento
para el oficio de vivir, yo vivo
porque soy su materia. *Yo* no arribo
a su playa, soy playa bajo el viento

irremediable de la vida. Alienta
irremediablemente una herramienta
que a sí misma se usa. No se siente

sino su propia acción: sangre, latido,
jadeo que es vivir: un leve ruido,
lúcido afán, irremediablemente.

5

De pronto de tu cuerpo te das cuenta.
Pero ¿quién se da cuenta? Eres tú mismo.
Te das cuenta de ti. Qué extraño abismo,
qué incomprensible magma de placenta.

Tu cuerpo es quien acaso te descubre
a ti. Mas, ¿sois distintos? No sois nada
más que una realidad, una ensenada
que el agua viva oscuramente cubre.

No puedes ser Colón para tu tierra,
no puedes ser el Armstrong de tu luna,
no eres un pensamiento por la grama.

Sólo una realidad que abre y que cierra
su fugitiva sombra donde acuna
un fuego vivo su pequeña llama.

6

¿Quién es el responsable de este fallo?
Un pequeño motor que se fatiga.

Una rosa, una adelfa y una ortiga:
flores las tres, desde distinto tallo.

Mi corazón también da flor distinta
desde sus estaciones diferentes.
Mi cerebro soporta otras corrientes.
Mi mano escribe con diversa tinta.

Soy una realidad que cambia, a riesgo
de extinción por el sesgo
de un viento que se afila.

Soy las cuatro estaciones de mi año,
soy mi peligro, soy mi propio daño
y el mismo pelotón que me fusila.

LAS AVES

«Las aves de rapiña se lanzan sobre nuestras sombras.»

(Cuadro de J. MIRÓ)

LOS días como gotas reiteradas,
las palabras igual que guantes grises
el tiempo como extraña dentadura
nos han hecho de pronto carne expuesta
a los desgarramientos injuriosos.

Centímetro a centímetro cedemos
la piel al alcotán que se descuelga
desde sus inhumanas cetrerías.
Nos asedian sus pardos aletazos.
A la vez somos pieza amenazada
y desnuda planicie de un gran pecho
donde los espolones se ejercitan.

Y planean las aves predispuestas
a su caza cruel, nublan fugaces
la luz de nuestros ojos, traen los restos
de antiguas presas, el olor confuso
de un sol como de pólvora y el viento
como de temblorosos homicidios.

Siento que han extendido nuestra piel
tal una vieja res ensangrentada
y una lluvia de curvas herramientas
desencadena su furiosa estirpe,
su hambre tradicional, su tiranía
de garras y de picos por la sombra
donde nos desdoblamos mudamente.

No somos prometeos, sino tristes
y pálidas siluetas abatidas,
casi pobres pastores que abandonan
sus mejores lechales por el miedo
cuando el azor metálico en el raso
azul coloca infame su belleza.

Pasa soberbia un águila o un garfio
alado, un halcón rojo, un neblí altivo.
Desde nuestras entrañas se alimentan.
Está el milano atento a nuestra sombra
y un cóndor desde el cielo nos domina.
Sentimos a la arpella cómo incuba
sus huevos en los hondos llamazares
por los que sin remedio nos hundimos
y hay buitres que aprendieron nuestros nombres
y que vuelven oscuros cada tarde.

PARAISO PERDIDO

PERDEMOS realmente un paraíso.
Porque hay un paraíso en cada uno
de nosotros y un día nos expulsa
súbitamente. Atónitos miramos
nuestro cuerpo arrojado de sí mismo,
desahuciado de aquello que era suyo
o más aún: que su substancia era.
Descolgado del tiempo, con un ángel
de soledad midiendo el dintel frío,
desalojando sombras de memoria.

Confesaré que yo no lo creía.
La verdad es amarga —dicen—: otra
frase convencional que se convierte
en increíble hoja de cuchillo.

Avanzamos creando frondas cálidas,
fabulosos recintos, venas hondas,
pero sin darnos cuenta, hasta que un día
expulsados, miramos desde afuera.
Sus altos muros ahora inexpugnables
tienen la altura de nuestra derrota.

Creo que hubiera sido preferible
la destrucción. Lo amargo del castigo
nos hace preguntar por su justicia.
Pero no es un castigo. No hay ni causa
ni juez. Sólo hay inexorable
expatriación a una ciudad absurda
donde deambulamos como seres
enloquecidos por el perro odioso
del recuerdo enseñándonos los blancos
colmillos para un hambre no saciada.

Andar fuera de sí, ¿no es estar loco?
Y no lo es: andamos desde fuera
de lo que fuimos, fuera de nosotros,
lúcidamente, hasta diría trágica-
mente. Los pies se salen de sus huesos
para este nuevo caminar extraño.
Los ojos se han salido de sus órbitas
y contemplan sus órbitas o abismos.
El corazón está fuera del pecho
pero qué importa ya, si huyó la sangre.

Urieles fuimos de nuestra luz misma
y ángel somos de nuestra tiniebla.
Hemos abierto túneles sonámbulos,
puestos de observación para aun de lejos
reconocer el campo de batalla.
Sigue esa hermosa guerra: cruzan tronos,
dominaciones, jerarquías... Tristes
heridas me separan de los frentes,
evacuado a hospitales de amargura.

El paraíso está en nosotros mismos
y lo perderemos porque nos perderemos,
porque nos derrotamos, nos persiguen
nuestros propios ejércitos de pena,
nuestros ángeles nos expatrían.

¿Lo intuyeron John Milton o Vicente
Aleixandre? Perdido, hundido en sombra,
arrancado a pedazos de mi cuerpo,
un hondo paraíso se clausura
dentro de mí. Yo soy su espada roja.

NOCIONES DE ESTADISTICA

LA Estadística es una princesa de azul hielo
que patina por círculos de cálculos metálicos
y arrastra suavemente a sus fríos dominios.
Entras en sus elipses, en sus cerradas curvas,
en sus circunferencias concéntricas te sumes,
sus ecuaciones ponen espejos a tu imagen,
tus huesos redondeas en sus lentas parábolas,
tus madejas devánanse en su asíntota,
habita en sus incógnitas tu sangre,
eres el leve punto de sus gráficos,
cruzas el seco cielo que se acota
entre su abscisa y su ordenada, eres
el pájaro pequeño que persigue la flecha
de la media aritmética más allá de su nido.

Somos el acechado gorrión de la Estadística,
caemos en sus redes y el corazón nos tiembla
como trémulas alas, nos sentimos heridos
pero sólo nos cruza un pequeño taladro
para que nos registre la gran computadora.

Hoy me he muerto de hambre, ayer besé tus labios,
mañana seré el preso de un sueño subversivo,
camino con el flanco quemado por un hierro,
soy la res de una inmensa ganadería técnica
y tengo una sonrisa de pena programada.
Yo soy el cero punto y un pequeño guarismo
por ciento de la masa que consume la vida,
apenas si perturbo el nivel de incidencia
y mi amor se regula por un coeficiente.
El cáncer me ha elegido, el infarto me ronda,
la autopista reclama mi cadáver.
Soñé con una pura libertad: bien mirado
pudiera ser su hipótesis, y sé que ya mi muerte
está en una esperanza matemática.

A UNA LUZ SIMULTANEA

I

AHORA estáis frente a mí. Sólo os separan
los años, ¿muchos? Nunca son bastantes
para escindir el reino en que os instalo,
la súbita presencia imperativa
de vuestra doble realidad inmersa
en la sombra de luz que me sostiene.
Porque sois una sombra que se agranda
y se transforma en luz y vuelve al cabo
a hacerse oscura, como si una rosa
regresara al rincón de la semilla.

Niña vas por la playa de unos años
que no viviste, llevas otros trajes,
cruzas por el pasillo de una casa
ya derruida, subes escaleras
que perdieron sus tramos y te asomas
al balcón de una vida tan lejana
que transcurrió cuando tu risa apenas
podía ser la lágrima de un sueño.
Y sin embargo estás ahí, alzando
tu mano en el dintel de aquella puerta.

Por esa puerta tú has salido, madre,
Vicentina, muchacha, eres la niña
que ahora juega a mi lado y que pregunta
y que jamás te vio. La viste o casi
te habrás reconocido. Son tus manos
en el piano o son estas pequeñas
manos que tomo ahora y son de música,
son un sonido destrenzado, una

trenza de alegre sollozar. Y juega
el aire con tu pelo y con mi sombra.

Elsa, hija, mujer, cómo es posible
que no me reconozcas. Soy el niño
que llevaste en el aire de tus manos.
Había una avenida con jardines
y en el otoño los castaños eran
torres precipitadas de ceniza.
Vas guiándome. Escucha cómo guío
yo a los pájaros últimos del parque
mientras la tarde dobla sus pañuelos
sobre el párpado azul de la memoria.

Somos tan ciegos, madre, y tú, pequeña,
niña, madre, que casi no nos damos
cuenta de que los tres hacemos sólo
dos sombras. No es posible. Aquí, pegada,
tu sombra, madre Elsa, Vicentina
niña ¿de ayer?, junto a mi sombra, rastro
que me lleva otra vez a vuestra linde,
a vuestra playa sola. Sois el mar.
¿Recuerdas, madre, que eras mar, recuerdas,
que eres mar, niña, y me cubrís de espuma?

Y de pronto me besas. Qué menudos
labios de niña tienes. De tus besos
nace la infancia igual que una mañana
que persevera y rosa. Besa al niño
que a punto está de irse. A punto: mira
por esa calle. Ya ha salido. Dile
adiós. Tu beso es una despedida
o una vuelta imposible. Entre tus labios
se ha quedado el aliento como un ala
de un pájaro mojado por la lluvia.

II

Ahora he tomado tu retrato. Luces
detenidas, de pronto hechas de labios
hechas de pluma sucesiva y sola
por el cielo del tiempo. No envejecen

tus ojos. ¿Has mirado cómo viene
corriendo junto a mí la niña Elsa?
Toma su breve corazón temblante,
su ajorca en la carrera estremecida.
¿Eres tú o es el tiempo? Soy yo mismo
que ahora regreso entre los brazos de ambas.

Desde ese fondo oscuro no es posible
que no nos veas porque nada tiene
tanta luz, tanta clara perspectiva
como el agua estancada del retrato
que una tos débil cristaliza y todo
encuentra su lentísimo suceso,
su realidad más sosegada y nieve,
su otra vida de sombra y levadura.
Desde el retrato que es la misma muerte
se ve el reflejo que es la misma vida.

Como si nada hubiese sucedido
porque, en última instancia, ¿qué ha pasado?
Como si fuese como entonces, porque
al cabo, ¿no es lo mismo? Como si
tú estuvieras, que estás, a fin de cuentas.
Nada es distinto, bien mirado. Somos
lo que se desgajó de tu sonrisa,
esa que es claridad desde el inmóvil
marco. Avanzamos lentamente auroras
que atardecen igual que la esperanza.

Vamos hechos de pálidos retratos
que se suceden como extrañas hojas
de un árbol al revés. En el invierno
más poblados que nunca nos visitan
sus frondas de magnolios ateridos
y hay frutas amarillas que se pudren
por las sobresaltadas mordeduras
entre las gotas agrías de sus zumos.
Contemplar un retrato es ir cortando
una naranja amarga en gajos trémulos.

Madre, bastante tu palabra, niña,
no fue madre final y tartamuda
para poner sobre mi boca un sello
y he proseguido hablando, balbuciente,

imitando tu voz de última hora
y tu primera voz reciennacida.
Copiando horriblemente la ternura
de vuestra voz, vuestra torpeza tierna.
Voz que debió callar, palabra inane
que debió enmudecer. Silbido cero.

Devolvedme el silencio, madre, niña.
Dadme el don de callar, como el retrato,
la mudez del cariño sin penumbra,
la inaudible canción con la que ahora
cantáis entre mis brazos, y que sea
una premonición que no se cumple,
un dolor que ha pasado, un susto casi
no sentido. Tu mano es un suceso
de amor a punto de plegar sus alas
y tus ojos perduran inmarchitos.

III

Deja que me recueste en tu alegría
reciente, como el aire en la mañana
se aplaca un poco y toma luz y dora
sus manos invisibles. Deja, niña
mía, que el corazón descanse algo
en el jardín que llevas en tus ojos.
Mañana será tarde. Estoy al filo
delgado de tu luz: es el momento
igual que hay en la tarde un breve punto
solar que se deshace fugazmente.

Déjame que te recuerde y que te olvide
al ver detrás de ti los sucesivos
escalones que bajan de mi sangre.
Déjame ver la estirpe en los dibujos
del tiempo o ese perro que, invisible,
gruñe a tus pies de niña que no sabe,
de niña que inaugura la inocencia.
Déjame que no encuentre, que no busque
salida al laberinto en que os contemplo
a una luz simultánea.

LOS ENCUENTROS

NOS hemos encontrado con la pena.
Una mujer cruzando mudamente.
De pronto pareció que nos miraba
pero sus ojos lo indagaban todo
y hasta el fondo del mundo recorrían.

Nos hemos encontrado con el llanto.
Fuimos un poco de agua de su río
que traspasa la tierra de amargura
y mantiene los ojos como nubes
para sus torrenciales avenidas.

Nos hemos encontrado con el tedio.
Es una yedra antigua que carcome
la columna del tiempo y su constancia.
Se acogió alguna vez a las paredes
donde quisimos instaurar la rosa.

Nos hemos encontrado la injusticia
imponiendo su puño contrahecho,
sembrando sal, talando primaveras,
helando en nuestros labios las palabras.

Nos hemos encontrado con el perro
herido del rencor. Su piel quemaba.

Mas también encontramos la alegría,
niña un poco asustada, con sus ojos
como pequeños soles de verano.
De nuestra mano vino entre alamedas
que aún se mecen al aire del recuerdo.

Entre tantos recuerdos, tal vez fuese
más propio que escribiera:
nos hemos encontrado con la vida.

Selección de críticas

Sobre «ALBA DEL HIJO» (1946)

JOSE XAVIER ALEIXANDRE

PERO también hoy, también en estos frenéticos tiempos, se puede encontrar un remanso de paz, un escondido rincón amoroso donde cantar, donde hacer una poesía de vida que sea símbolo grandioso del reflejo eterno de Dios que Dios ha puesto en sus criaturas. Este rincón pacífico y expectante lo ha encontrado Leopoldo de Luis y nos lo ha ofrecido en sus poemas *Alba del hijo.* Se recrea en ellos íntimamente, con una poesía clara y sencilla de patrón clásico, en la que se hace mística contemplación del nacimiento humano, de la verdadera y magnífica obra del hombre que no es destruir, sino ofrecer cuerpos a Dios donde El pueda albergar sus almas justas y limpias que no tengan mancha de tragedia.

Leopoldo de Luis va contando por versos las lunas que faltan para que su hijo llegue a la luz y se rodea de amor en la grata isla de su espera.

El tiene la alegría y se asombra de que el mundo no goce con él.

La serenidad es el tema que invade todo el conjunto y una música íntima lo anima.

(«Ya», Madrid, 25 de octubre de 1946.)

R. BENITEZ CLAROS

... en descargo de tanto verso bien medido y huero, éstos de Leopoldo contienen auténtica materia poética. Las características de ella son un hondo afecto, expresado recia y virilmente —con ternura viril, que no están reñidas ambas cualidades— y al tiempo con una sobriedad en la manera de descubrirnos estos sentimientos que contribuye a valorar su verismo lírico.

(«Poemas al hijo», «Cuadernos de Literatura, CSIC, Madrid, mayo-junio 1947.)

JOSE ANTONIO DE CACERES PEÑA

Alba del hijo es todo un símbolo, toda una historia. Ningún poeta cantó con voz de tal modo emocionada y con tanta extensión la esperanza del hijo, su lento fluir por los cauces vitales, su aparición, su aurora, su alumbramiento. Una nueva vida comienza y él desea transmitirle lo mejor, desea abrirle las puertas que él ha encontrado cerradas, desea disponerle el camino para que no sufra lo que él ha sufrido.

(*La poesía de Leopoldo de Luis,* Málaga, 1970, p. 16.)

Sobre «HUESPED DE UN TIEMPO SOMBRIO» (1948)

ESPADAÑA

La aparición de este libro suscitó en ciertos críticos un movimiento de extrañeza, y alguno hubo que no ocultó su disgusto por el tono angustiado del «Doloroso mensaje» —así se titulaba uno de los poemas más significativos—. Leopoldo de Luis ha sentido también la congoja del mundo y la expresa con ceñidas normas clásicas, que si en ocasiones hacen perder vigor y hondura al poema, en otras ayuda a conseguir un certero perfil.

(«Revista de Poesía y Críticas», León, núm. 34, mayo 1948.)

CARMEN CONDE

La poesía de Leopoldo de Luis vive dentro de los moldes clásicos y, sin embargo, tiene la juventud de su tiempo, que es éste en que otros nos dolemos, tumultuosa y desmelenadamente tristes... En todos los poemas de *Huésped de un tiempo sombrío* está la poesía sincera, sencilla, deliciosamente verdadera, que da, que me da a mí, la certidumbre de oír a un poeta auténtico contar en voz alta los episodios de su alma... El huésped, el poeta, es un hombre tranquilo, contento, que sabe del dolor de su tiempo, pero procura dominarlo para acercarse a los otros hombres, criaturas quizá tan torturadas como él, pero con menos virtud de señorío sobre su duelo.

(«Corcel», núm. 16, Madrid, 1949.)

Sobre «LOS IMPOSIBLES PAJAROS» (1949)

BARTOLOME MOSTAZA

Con numen se inspiraron estos «pájaros» que Leopoldo de Luis ha lanzado a volar. Pájaros por lo leves, por lo espontáneos, por lo limpios... Y hay también hondura de pensamiento, maceraciones metafísicas, trascendencia... No se puede expresar de manera más intensa la naturaleza itinerante del hombre sobre la tierra. Es el «homo viator» el que aquí está poetizado. El hombre como realidad en marcha hacia su pleno destino. Lo inconcluso que en el hombre hay parece ser la abertura lírica por donde Leopoldo de Luis penetra en el mundo poético.

(«Pureza lírica», «Ya», Madrid, 21 de octubre de 1949.)

M. FERNANDEZ ALMAGRO

Estos *Imposibles pájaros* que Leopoldo de Luis caza con el rifle de su poesía proceden de Vicente Aleixandre. Nos lo recuerda el propio De Luis tras la dedicatoria de su nuevo libro... De suerte que Leopoldo de Luis acusa sugestiones que ayudan mucho a entender su personal poesía. Precisamente se trata de una línea fina y difícil, pura en su concepto y trazado, con puntos sucesivamente conseguidos por un lenguaje de extraordinaria precisión... ¿Qué poeta no transita de corazón o de palabra por el lugar común de la angustia, el desasosiego, el extravío universales? Leopoldo de Luis pasa en ocasiones por el tópico, pero lo domina y hasta lo alancea con fino y penetrante verso.

(«Leopoldo de Luis y '*Los Imposibles pájaros*'», «La Vanguardia», Barcelona, 17 de noviembre de 1949.)

GERARDO DIEGO

El título del nuevo libro suscita imágenes, anhelos y melancolías. Es ya por sí solo un poema, y no el menos intenso del libro. Pájaros, sí, pero imposibles. La intención se aclara cuando leemos el primer poema y, presidiéndolo, el lema con los versos famosos de Jorge Guillén: «Todo lo que perdí / volverá con las aves.» El nuevo poeta siente que lo que él perdiera ya nunca podrá volver. Las aves, sí, volverán con cada primavera, como las del poeta castellano. Pero los pájaros de Leopoldo de Luis son los pájaros imposibles de anidar en su sangre, los de plumas que no logran sostenerse en el aire. Lo que ha perdido nunca volverá con las aves... Todo el libro es desarrollo de esa teoría melancólica. Sólo a veces la esperanza del hijo, que de ser alba pasó, encendido de aurora, a identificarse en sol, rosa de sangre, devuelve al poeta la primavera y la alegría.

(«Pájaros imposibles», «El Alcázar», Madrid, 19 de mayo de 1950.)

JOSE ANTONIO DE CACERES PEÑA

Los imposibles pájaros son los deseos inalcanzados, las esperanzas sin realización, las ilusiones perdidas.

(*Op. cit.*, p. 40.)

Sobre «LOS HORIZONTES» (1951)

MIGUEL FERNANDEZ

Si llamamos social a *Los horizontes* es por lo que de liberador y milagroso encierra. Es una poesía de pasquín, para cantarla en la calle, en comunicación directa con el transeúnte que padece nuestra misma enfermedad del siglo;

es, por tanto, poesía enteramente humana... Es una angustia tan directa, que unimos a la nuestra el clamor universal de todos los despojados. El poeta, en este caso, sí supo verlo. Evidencia su sinceridad a través de este resumen por el que logra la más honda esperanza.

(«Poesía social, poesía humana», «Alcándara», núm. 1, Melilla, 1951.)

RAFAEL VAZQUEZ-ZAMORA

Y todo su libro es inspiración a superar esa amargura, a buscar una belleza que no esté en la rosa ni en el ave, ni en ninguna otra fácil frivolidad fácilmente cantable. Leopoldo de Luis quiere que lá desesperación sea tan sólo un camino. El camino que conduce hasta la vida verdadera. El no es un angustiado que se revuelque, complacido, en la angustia y en la desesperación... Los versos de *Los horizontes* son de una serena belleza y de una estructura digna y muy trabajada. Es la forma que coincide con la filosófica inclinación del poeta, para quien el hombre es más importante que el hombre determinado que él es. Este es el punto de vista antirromántico por excelencia. Leopoldo de Luis, poeta serio, no es el protagonista de su lirismo y, sin embargo, el lirismo existe en él con fuerza.

(«Poesía seria», «España», Tánger, 8 de julio de 1951.)

Sobre «EL ARBOL Y OTROS POEMAS» (1954)

MANUEL ALVAREZ ORTEGA

Leopoldo de Luis hilvana aquí seis poemas de tema y aliento muy diferentes. Pero en todos, como denominador común, el poeta se ha volcado hacia un mundo definido, ex-

terior, para reflejarlo dentro de un cosmos que está sólo a dos dedos de su visión angustiosa de la vida. Si el *árbol* es como un extático cuerpo que mira pasar el tiempo, llenándose de su tenue calor humano y abocado a ese final caótico de todo vivir; el *mar* es ese vasto universo que alimenta seres y cosas, raíces todas de una identificación del hombre con lo eterno, movimiento secreto de amor y odio transfundido en playa y oleaje. Y así, en su verso, que es suavidad de roce, leve contacto, aparente lejanía, Leopoldo de Luis va dejando su humilde semilla de poeta por las cosas que guardan el encanto de lo fugaz, lo que muere y pasa y sólo permanece arrinconado en la dramática retina de los recuerdos: una *caja de música,* polvorienta y olvidada, que oyeron sabe Dios qué oídos ya deshechos, en qué país y en qué tiempo; la dulce e infantil imagen de un *tiovivo* arrinconado en cualquier plaza provinciana, y que tuvo su día de glorioso esplendor en las ya lejanísimas ferias que el poeta entrevé como ceniza de su niñez perdida; el estrecho solar de un suburbio ciudadano donde los muchachos juegan al *fútbol* para matizar, con la alegría del juego, una miseria sin disculpa, una pena no del todo entrevista, un destino que es como la humilde bota que golpea el roto «balón con forma de esperanza». Y así, hasta el final... Hermoso libro este, breve, profundo, emotivo... Hermoso libro que nos muestra el tiempo como algo quieto, indemne, y las cosas tocadas de esa angélica mano que las enciende y vivifica.

(«Dos libros», «Poesía Española», Madrid, abril 1955.)

JOSE ANTONIO DE CACERES PEÑA

El árbol y otros poemas presenta un intento evidente de modernizar la temática y de darle amplitud, introduciendo temas al parecer banales, como «La caja de música», «Los caballitos», «Fútbol modesto», pero cargándolos

de una significación metafísica e impregnándoles de recuerdos infantiles.

(*Ob. cit.*, p. 11.)

Sobre «EL PADRE» (1954)

MANUEL VAZQUEZ ORTEGA

Acaso no se haya dado nunca en nuestra poesía un «llanto» con menos gesticulación. También con menos grito. Y, sin embargo, el motivo que informa este libro de Leopoldo de Luis es siempre, en todos los seres, el único motivo que los desata: la muerte de un ser querido. Leopoldo de Luís ha entrevisto la muerte como la desazón de un roto diálogo. Como la vuelta de una hoja en un amante volumen que un día muy lejano volverá a leerse. Toca los objetos familiares que las manos idas tocaron. Repite las palabras que la otra boca pronunció. Y se golpea contra el quieto cuerpo, queriendo descubrir el río que lo lleva a otra orilla. Pero así, sin gritar... Asombra la serenidad, el dolor de este libro de Leopoldo de Luis. Arrastra a su prodigioso cauce por la temática y la triste ternura que el poeta ha ido acumulando en cada una de sus líneas. Se le ve, se le siente como algo preciso que da forma a un lenguaje de íntima elocuencia. Se le mide en su total dimensión: hombre atado a un presente vivo, un fugaz instante que se resiste a la entrega, que sangra, que hiere, que embriaga con el negro zumo de su callada desesperación... Y Leopoldo de Luis, con *El padre,* nos da su mensaje más grave, su más sentida poesía.

(«Dos libros», «Poesía Española», Madrid, abril 1955.)

JOSE ANTONIO DE CACERES PEÑA

El padre es un libro angustioso, casi existencialista. En él se dirige al padre muerto, quiere devolverle a la vida a fuerza de soportar su cadáver sobre sus hombros.

(*Ob. cit.*, p. 11.)

Sobre «EL EXTRAÑO» (1955)

PABLO CORBALAN

Libro desesperado. *El extraño* lleva por lema unos versículos del Génesis: «Laborarás la tierra y no te dará su fuerza: errante y extranjero serás.» El extraño es, pues, el hombre en el mundo. Criatura extraña en su propio mundo. Gran condena. De esa condición arranca la atormentada poesía de esta nueva obra de Leopoldo de Luis. Pero no cabe ninguna duda de que la extranjeridad humana en el mundo y sus duras consecuencias inherentes se presentan aquí como un símbolo... El sentido de aquel título *Huésped de un tiempo sombrío* sigue vigente en casi todos los poemas de *El extraño,* aunque el huésped de lo sombrío —el hombre—, sin perder su condición de «errante y extranjero», se eleve ahora hasta unas tinieblas más universales, más trascendentales.

El poeta presenta al hombre en su mundo. Amanece, y ahí está Caín, frente a su sombra, en una tierra ásperamente cainita, ante un mar enemigo y bajo un cielo frío e indiferente. Es Caín amamantado por leche de discordia, acuciado por su propia sangre de «soplo homicida»... Mas, desterrado, termina por amar la tierra de su exilio. Y la ama con desesperación, con «uñas y con dientes»... Mucho dolor hay en *El extraño*; mucha desesperación; pero también hay esas ráfagas esperanzadas, luminosas, que salvan al hombre: las de su fe.

(«Informaciones», Madrid, 30 de junio de 1956.)

RAMON DE GARCIASOL

[Refiriéndose al poema «El patrimonio»]: Propiedad con responsabilidad y honor, carga de vida como egregio deber. *Patrimonio* es palabra en la que también hunden significaciones otras solemnes realidades: *padre, patria.* Este es el patrimonio del poeta: la herencia y heredad de la cultura, del decoro, de la sangre, de las semillas, del canto y del futuro en su idioma específico de ritmo, sentido y sensibilidad: en poesía... El patrimonio reclama su patrimonio: el dolor, del que nace la conciencia.

(«Prólogo» a *Poesía (1946-1968),* Plaza y Janés, Barcelona, 1968, pp. 27-28.)

JOSE ANTONIO DE CACERES PEÑA

Con *El extraño* entramos de lleno en la problemática metafísica de Leopoldo de Luis. Sin embargo, en él también comienza —se puede decir— su inquietud social: elementos que trata de unir en sus poemas.

(*Ob. cit.,* pp. 11-12.)

Sobre «TEATRO REAL» (1957)

JACINTO LOPEZ GORGE

Si Leopoldo de Luis no hubiese escrito jamás un solo verso, *Teatro real* constituiría la revelación de un gran poeta.

(«Leopoldo de Luis: Teatro real», «Ketama», Tetuán, Marruecos, diciembre 1957.)

JACINTO LOPEZ GORGE

Tras comentar el libro en sus dos partes, termina afirmando: «El mejor sin duda de Leopoldo de Luis y uno de los mejores con que cuenta la poesía española de los veinte últimos años».

(«Teatro real: esa gran farsa que llamamos vida», «Africa», Tetuán, Marruecos, 27 de marzo de 1958.)

DAMASO SANTOS

Tal vez le corresponde a Leopoldo de Luis uno de los primeros lugares entre los poetas con vocación, por aunar —después de Miguel Hernández— los valores de las dificultades del arte clásico con la tremenda sinceridad hodierna. Ello le libra de caer en los retoricismos de una y otra vía, con un producto original de suficiente equilibrio para expresarse de acuerdo con su gusto e intención.

La idea del mundo y de la vida como un gran escenario no es, ni hace falta, nueva; pero es siempre rica y eficaz pensada por un poeta. Representar con dignidad el papel que a cada uno nos viene asignado es para Leopoldo de Luis, lo mismo que para Calderón, la única fuente de esperanza y hasta de alegría. Cada hombre hace nuevo, si quiere, el viejo papel... En lo cotidiano y en lo humilde descubre el poeta el perfil más puro, más auténtico y noble de la dignidad humana: en el trabajo de los menestrales, en la convivencia de la patria forjada por las manos honradas del trabajo; en esa oscura epopeya de la entrega de cada cual a los papeles más modestos y sudorosos, más fieles a la conformación y tribulaciones visibles del pobre ser humano. Puede que esto sea, en cierto modo, la llamada «poesía social», pero sin los aspavientos y el retoricismo de que su proclamación como dedicación poética —Neruda, por ejemplo— viene acompañada. Aquí es un sentimiento verdadera-

mente fraternal y visto y amado directamente, y directa y vivamente referido al menester del poeta.

Un libro verdadero este *Teatro real,* en donde el dolor no llega al sarcasmo, y el verso que, ni fluye ni corre fácil, ni tampoco rebuscado, se muestra con toda la grandeza de una trabajada y vivida sencillez.

(Prólogo a *Poesía (1946-1968),* de Leopoldo de Luis, Plaza & Janés, Barcelona, 1968, pp. 27-28.)

BARTOLOME MOSTAZA

Este libro tiene dos partes —revés y envés—, con un epílogo que, en cierto modo, las une como un lomo. La vida es una representación que no se termina nunca. «Cada cual clama por su propia herida» y detrás «hay un viejo traspunte» que nadie ve. Quizá no hay espectadores —¿cómo los va a haber si todos somos actores del drama?—, pero en la escena, aunque el patio de butacas sea «una gran noche», el poeta nos asegura que «la luz sigue alumbrando».

En la segunda parte, Lepoldo de Luis nos habla de una «Patria oscura», donde habitamos... Esta patria es la tierra que aramos, patria de jornaleros, pastores, artistas, metalúrgicos, mineros, «patria hostil...»

(«Ventana hacia la luz», «Ya», 15 de diciembre de 1957.)

RAFAEL VAZQUEZ-ZAMORA

Todos, en fin, parecen estar buscando una salida. Pero la salida que busca Leopoldo de Luis es distinta: quiere saber cómo se puede llegar a ese mañana que es la esperanza. Pues de ello, concretamente, se trata en este bello libro: ¿cómo conquistar la esperanza? No la felicidad, que eso es un espejismo, sino la esperanza, la llama que permite subsis-

tir... Toda la serie de poemas de la primera parte, dedicada a este tema [«la vida es sueño»], es de una gran penetración espiritual y de un lirismo auténtico. Y este tono, lo mismo que la elevación del contenido, impregnan a la segunda parte, «Patria oscura». Hay un noble aliento de solidaridad humana en estos poemas en que Leopoldo de Luis se debate entre la oscuridad y el aislamiento, por una parte, y la necesidad y el ferviente deseo de hallar una justificación a la vida que él se está haciendo, a la que todos vamos labrándonos.

(«'Teatro Real', de Leopoldo de Luis», «España», Tánger, 8 de diciembre de 1957.)

PABLO CORBALAN

Teatro real, de Leopoldo de Luis, pudiera haberse subtitulado «drama existencial»... *Teatro real* es igual a «el gran teatro del mundo». Vivimos —viene a decirnos el poeta— una absurda representación... El libro *Teatro real* tiene una segunda parte. Aquí nos encontramos en la otra vertiente. Aquí nada tienen que hacer los existencialismos de signo nefasto... Aquí, de pronto, al volver una hoja, nos encontramos en el apogeo de la esperanza, en el pleno latido de la vida.

(«Un drama existencial», «Informaciones», Madrid, 25 de enero de 1958.)

JUAN DE TOLEDO

Este libro es como una meditación muy reprimida, cargada de un recatado malestar y un dolorido sentido coloquial de la vida y escenario de la España contemporánea... Colocadas así las cosas, comienza la representación del drama español, en la que el poeta hace de coro... Hecho extraño, el poeta no se inviste del papel de héroe, ni incluso

del de antagonista, como ha sucedido siempre, orgullosamente. Se pone junto al coro, en una posición humilde pero responsable, ávida y comprometida, y con él canta trágicamente su sentimiento narrativo y crítico. El poeta nos dice entonces todo lo que tiene que decirnos: que esta representación del drama español es «torpe, con su recitado de corrido, su espíritu de papagayo, con aquel gesto que se desploma triste de sus labios, los disfraces empolvados, los arcaicos trucos, con sus nubes de ceniza, con su falta de director, con la ausencia de público y el viejo traspunte que nadie ve...» Toda esta parodia teatral nos indica hasta qué punto falta en ella sustancia humana, verdad histórica, conciencia y dignidad trágicas. Esto es lo que echa de menos el poeta en la España de hoy.

(«Carta de España sobre arte y literatura. La poesía puesta a prueba», «Ibérica», Nueva York, 15 de septiembre de 1958.)

GERARDO DIEGO

El título mismo está lleno de sugestión múltiple, profundamente, irónicamente equívoca. Esto es, un teatro, un gran teatro de ópera. *Teatro real* con todo lo que tiene de grandeza fáustica, de lujo espectacular, de feria de los sentidos, de guardarropía, que es muestrario de historia y de poesía universal. Pero a la vez... «real» en español quiere decir no sólo regio, derivado de rey, sino existente, comprobable, derivado de «res», cosa. Teatro de la realeza y teatro de la realidad. Y así, robándole al oficio su vocabulario, sintiéndose actor, explotando todas las posibilidades del tema en creciente patetismo, va desfilando el gran poema y nos va envolviendo en el vértigo de su dinamismo ejemplar.

(«Teatro Real», «El Alcázar», Madrid, 24 de octubre de 1966.)

Sobre «JUEGO LIMPIO» (1961)

ANGELINA GATELL

Un libro extenso, claro, luminoso. En él reside la esperanza del hombre hacia el hombre. Esta esperanza que nada consiguió agostar en el alma del poeta y que, en medio del caos, permanece pura, intacta, fruto fervoroso de su propia fe. Leopoldo de Luis, con noble rebeldía, levanta su voz en defensa del hombre, grita su amor al hombre como algo consustancial a su propia condición humana. Conoce al hombre con sus defectos, sus miserias incluso, y lo ama con todo ese bagaje ineludible y tantas veces justificable. No pretende la perfección, sabe que no existe y sabe que el amor no necesita de ella.

(«'Juego limpio', de Leopoldo de Luis», «Poesía Española», Madrid, agosto 1961.)

JUAN REJANO

La poesía de Leopoldo de Luis es una poesía apegada a las formas tradicionales, pero con un acento inconfundiblemente nuevo. Nuevo y propio. Sus motivos suelen brotar, principalmente, de la realidad viva del hombre, del hombre español de esta hora, lo cual quiere decir que el oído de Leopoldo de Luis, lejos de embriagarse con la música de las esferas celestes, está muy atento a lo que acontece en derredor suyo. El poeta lo expresa sin ambages: «Con los míos estoy. He aquí mis cartas / descubro claramente el juego: / miro la realidad y a este costado / se me inclina la voz por donde muero.»

(«Juego limpio», «Cuadernillo de señales», México, 17 de diciembre de 1961.)

MELCHOR FERNANDEZ ALMAGRO

«Nosotros / conseguimos que gire la esperanza / sobre la desolada Geografía...» Proceden estos versos de uno de los poemas que mejor representan el espíritu de *Juego limpio,* titulado «Nosotros», y en ese sujeto plural o colectivo se percibe, singularizada y distinta, la voz del poeta, reiterándose el deseo de animar la naturaleza con un impulso llegado del hombre que la puebla y la domina, a la vez que se acusa otra nota distintiva de la poesía de Leopoldo de Luis: la precisión en el matiz de la frase como en el toque descriptivo. En *Juego limpio,* la Naturaleza se humaniza, se mueve, a compás de sentimientos e ideas que se valen de apropiado léxico.

(«'Juego limpio', por Leopoldo de Luis», «ABC», Madrid, 23 de septiembre de 1962.)

RAMON DE GARCIASOL

Juego limpio constituye uno de los grandes libros de la posguerra española, especie de resumen y apertura del quehacer de Leopoldo de Luis... *Juego limpio* es un poemario de carácter testimonial, de llamada a capítulo a quienes deben entender y obrar antes de que sea tarde.

(Prólogo a *Poesía (1946-1968),* p. 29.)

Sobre «POESIA (1946-1968)» (1968)

ANTONIO TOVAR

Desde el comienzo de la década 50, Leopoldo de Luis ha comprendido que el tema principal de la poesía, de *su* poesía, eran «los despojados», esos que «se movían como se mueven / las tristes bestias silenciosas». El contribuye al

gran cambio de la poesía española que los entendidos colocan en los años apocalípticos del final de la guerra mundial... El poeta acepta llamar prosaicos, a veces, a sus versos, porque no quiere olvidar que los humanos van *buscando libertad, buscando aurora,* pero antes que eso, en el verso antecedente no son en primer lugar sino *boca buscando vida a dentelladas,* boca hambrienta, sin más circunloquios.

(«Dígalo en verso», «Gaceta Ilustrada», 29 de septiembre de 1968.)

FRANCISCO UMBRAL

A lo largo del tiempo, apenas ha variado este poeta en temas, tono y lenguaje. Ha ido perfeccionándose prodigiosamente, eso sí, afinando su tono, ajustando sus metáforas, clarificando sus ideas. Pero su trayectoria es de línea recta. Quiere decirse que el poeta tampoco nos sorprende nunca, una vez que nos encontramos en su mundo y gustamos su calidad. Maneja elementos líricos de primer orden, domina los metros tradicionales y tiene un mensaje muy concreto que comunicar. Entonces, la sola peripecia de leerle está en verificar la progresiva perfección de su obra y las leves variantes que, a veces, introduce en su simbología o su planteamiento de la cuestión.

Todo esto nos da un poeta compacto, de calidad sin fisuras, de altura nunca decaída, de perfección y autenticidad singulares. Leopoldo de Luis no nos deslumbrará nunca, pero tampoco hace falta.

(«'Poesía', de Leopoldo de Luis», «Poesía Española», Madrid, octubre 1968.)

BARTOLOME MOSTAZA

Creo que desde Ramón Basterra no se había hecho una poesía fabril, obrera, artesana, proletaria, de tal sinceridad como la que hace Leopoldo de Luis... Insisto: Leopoldo de Luis nos da poesía entrañable, poesía que «sabe a hombre». A hombre cabal, herido por la pena y la esperanza de vivir.

(«Poesía con sabor a hombre cabal», «Ya», 20 de noviembre de 1968.)

GUILLERMO DIAZ-PLAJA

Poetizar es, pues, para Leopoldo de Luis una toma de conciencia del mundo en derredor. Esta conciencia, en su dimensión temporal, nos da una clave definitoria cierta. El tiempo es el latido del dolor... La poesía de Leopoldo de Luis certifica su dimensión humana a través, precisamente, de su temática temporal.

(«*Poesía (1946-1968),* de Leopoldo de Luis», «ABC», Madrid, febrero 1969.)

EMILIO MIRO

El antólogo de la poesía social española sigue siendo poeta social, escritor testimonial y comprometido con la verdad y la justicia, con la dignidad humana. Poeta del decoro, como diría Garcíasol... La palabra, la voz, instrumento del poeta, es elemento de unión y solidaridad de la común historia y la colectiva salvación.

(«Leopoldo de Luis, *Poesía (1948-1968)*», «Insula», abril 1969.)

Sobre «CON LOS CINCO SENTIDOS» (1970)

JOSE GERARDO MANRIQUE DE LARA

Un libro lineal. Un asombroso libro proyectado desde el entendimiento, un entendimiento cordial, ordenado por unas claves aparentemente sencillas. Un libro trabajado en el corazón al filo de la palabra, sin equivalencias, sin estridencias. Está contemplado con una sutileza estética que se queda en el hueso, en lo más puro, en el eje de mayor consistencia. Un libro aparentemente elemental a juzgar por la forma en que todo está dicho. Un texto filosofal si nos atuviésemos al rigor de su concepto. Un libro realizado en un solo trazo —a pulso, sin levartar la mano, sin separarse el alma de la pluma—. De acuerdo con su título, está concebido en cinco tiempos sensoriales más un corolario realista. Por esos cinco cauces ingénitos a la realidad e ineludibles para el ser humano, Leopoldo de Luis desemboca en verdad y hace de ella su credo. Profesa en la realidad y se vale de esos cinco jueces que le convierten en testigo.

(«*Con los cinco sentidos,* de Leopoldo de Luis», «Papeles de Son Armadans», Palma de Mallorca, mayo 1971.)

JUAN CERRERA

Leopoldo de Luis, con los cinco sentidos puestos en el hombre, insiste siempre en lo mismo, es decir: en el HOMBRE. Toda su poesía son variaciones sobre el mismo tema: EL HOMBRE.

(*Con los cinco sentidos,* «Revista Mexicana de Cultura», México, 3 de septiembre de 1972.)

Sobre «IGUAL QUE GUANTES GRISES» (1979)

FLORENCIO MARTINEZ RUIZ

Igual que guantes grises acentúa la gran baza deluisiana que es su capacidad de patetismo, ahora más compleja y contigua a la perplejidad. Leopoldo de Luis entra en su definitiva etapa de madurez, de comprobación de su «yo», que era claramente por donde debía haber empezado, y su poesía realiza así su exploración más alta. Si antes le faltaba concreción a la «historicidad» de su humanismo, hoy todavía en este nuevo revés le sigue faltando curiosidad por renovar su semántica, por expulsar una cierta atmósfera trascendentalista... Leopoldo de Luis es ya un poeta resultante de dos ecuaciones decisivas: la realidad física y la calidad moral, expresado en un todo configurado de un lúcido poeta.

(«*Igual que guantes grises,* de Leopoldo de Luis», «ABC», Madrid, 19 de julio de 1979.)

CONCHA ZARDOYA

Los versos «grises» de Leopoldo de Luis entretejen, en la estofa poemática de su libro, lo biográfico y los temas más esenciales para el hombre y el poeta contemporáneos: la palabra, la libertad, la justicia, la ignorancia humana ante las formas temporales y ante la realidad geológica; la búsqueda del amor que supla esa ignorancia, esa *átona asofía,* la enfermedad, el miedo —¡kafkiano miedo!— de la vida y de los muertos, la liberación de los mitos engañosos. Ante el tema del Paraíso Perdido —fundamental en la literatura y en la poesía española de posguerra—, la concepción deluisiana difiere de la de John Milton, de Vicente Aleixandre y de Luis Cernuda: el hombre contiene dentro de sí su propio paraíso, del cual un día es expulsado; no es su castigo, sino

inexorable expatriación... Aves de destrucción son las angustias del hombre, condenado a muerte: no caza al buitre, sino que es por él cazado. Es un hombre vencido. En él hay dos antagonistas: el que es y el que quiso ser se asesinan en él mutuamente. Hombre sin sueños ni idealismos. Tampoco sabe verse, pues proyecta su figura en un cristal sin azogue que no puede reflejarle. La muerte la intuye como un árbol seco, en un paisaje ceniciento, símbolo de la vida humana...

Historia, antropología, ontología, biología que asume la metafísica, se funden en un todo en estos poemas dolorosos, desolados, cuya única esperanza son las palabras, *guantes grises* del hombre.

(«Leopoldo de Luis y sus palabras grises», «Cuadernos Hispanoamericanos», Madrid, enero-febrero 1981.)

COMENTARIOS CRITICOS GENERALES DE

Domingo Pérez Minik, J. G. Manrique de Lara, José Luis Cano, Manuel Mantero, María Dolores de Asís, Dámaso Santos, Juan Ruiz Peña, Braulio Sánchez Sains, Angel Crespo y Gabino A. Carriedo, René Uribe Ferrer, Antonio Aparicio, Melchor Fernández Almagro, Carmen de la Fuente, Raúl Leyva, John J. Allen, Luis López Anglada, etc.

Cronología

1918 Nace en Córdoba Leopoldo Urrutia de Luis.

1919 Su familia se traslada a Valladolid.

1925 Estudia en un colegio seglar de Primera Enseñanza dirigido por don Carlos Lacomme.

1928 Ingresa en el Instituto de Valladolid.

1933 Estudia el Bachillerato. Reside algún tiempo en Madrid y asiste al Liceo Francés.

1935 Conmuta asignaturas del Bachillerato para hacer la carrera de Magisterio en la Escuela Normal de Valladolid.

1936 Estudios mercantiles. Publica, con otros escritores jóvenes, la revista «Pregón Literario». Estalla la guerra civil, y en octubre se incorpora al ejército de la República, en el que llega a alcanzar el grado de capitán de Estado Mayor, después de haber sido herido por dos veces.

1937-1938 Escribe con su verdadero nombre —Leopoldo Urrutia— algunos romances de guerra, entre los que se halla el «Romancero a la muerte de Federico García Lorca». Su amistad con Miguel Hernández le lleva a publicar con él *Versos en la guerra* (1938), editados por el Socorro Rojo de Alicante.

1939 Terminada la contienda, es internado en el campo de concentración (plaza de toros) de Ciudad Real y recluido después en el penal de Ocaña.

1941 Se le destina por seis meses al Batallón de Trabajadores en Marruecos y Campo de Gibraltar.

1942 Adopta como firma su segundo apellido (Leopoldo de Luis) y publica sus primeros poemas en la revista «Chabola», de Huelva.

1944 Se incorpora a un trabajo administrativo en Madrid —una compañía de seguros, de la que llegará a ser director adjunto—. Comienza a colaborar en la revista «Garcilaso», con sus «Sonetos de Ulises a Calipso». Se casa, en el mes de diciembre, con María Gómez Sierra.

1945 Inicia su amistad con Vicente Aleixandre, que influirá hondamente en su evolución. Amistad con Antonio Oliver y Carmen Conde. Nace su hijo Jorge.

1946 Publica *Alba del hijo* (Colección Mensajes, Madrid).

1947 Comienza a colaborar en la revista «Espadaña», en cuya «Antología parcial» es incluido.

1948 La Colección Norte, de Gabriel Celaya, publica su libro *Huésped de un tiempo sombrío,* en San Sebastián. Inicia su colaboración crítica en la revista «Insula».

1949 Publica *Los imposibles pájaros* en la Colección Adonais, de Madrid.

1951 Publica *Los horizontes* en la Colección Planas de Poesía, de Las Palmas de Gran Canaria. Obtiene el premio «Indice», de la revista del mismo nombre.

1952 Publica *Elegía en otoño* (Colección Neblí, Madrid). Comienza a trabajar en la revista «Poesía Española». Participa en el Primer Congreso de Poesía, celebrado en Segovia, y organiza —con Rafael Santos Torroella y José Luis Cano— la exposición «Medio siglo de publicaciones de poesía en España», colaborando en la edición del primer catálogo de esta índole.

1953 Obtiene el premio «Pedro Salinas», concedido por el Ateneo Español de México, con un jurado formado por Juan José Domenchina, Antonio Espina y Florentino M. Torner; los poemas se publicaron en el número 23-25 de la revista «Las Españas». Participa en el II Congreso de Poesía, celebrado en Salamanca.

1954 Fallece su padre, a quien dedica *El árbol y otros poemas* (Colección Tito Hombre, Santander). Publica *El padre* (Mirto y Laurel, Melilla), obra que obtiene el premio «Escultor José María Palma». Participa en el III Congreso de Poesía, celebrado en Santiago de Compostela.

1955 Publica *El extraño* (primera edición, Editorial Escélicer, Cádiz; segunda edición, Agora, Madrid).

1956 Traducido al francés por E. Vadercammen y F. Verhesen.

1957 Publica *Teatro Real* (Adonais, Madrid).

1959 Traducido al polaco por Zofia Szleyen.

1961 Publica *Juego limpio* (Taurus, Madrid).

1962 Traducido al portugués por Egito Goçalves. Traducido al húngaro por Andrés Laszló.

1964 Publica *La luz a nuestro lado* (El Bardo, Barcelona). Traducido al búlgaro por Alexander Muratov.

1965 Publica su *Antología de la poesía social española contemporánea* (Alfaguara, Madrid).

— *Poemas amorosos de Miguel Hernández* (mismo editor). Traducido al rumano por Andrei Ionescu.

1968 Obtiene el premio «Ausias March» por *De aquí no se va nadie.* Aparece la primera edición de *Poesía (1946-1968)* (Plaza & Janés, Barcelona).

1969 Publica su *Antología de la poesía religiosa española contemporánea* (Alfaguara, Madrid).

1970 *Con los cinco sentidos* (Ediciones Javalambre, Zaragoza); *Biografía de Vicente Aleixandre* (Epesa, Madrid). Se publica el libro de José Antonio Cáceres sobre su obra: *La poesía de Leopoldo de Luis* (Publicaciones de la Librería Anticuaria, El Guadalhorce, Málaga). Comienza a colaborar como crítico en la «Revista de Occidente».

1971 Aparece *De aquí no se va nadie* (Ayuntamiento de Gandía, Gandía).

1972 Nace su nieta Elsa.

1974 Publica *Poesía (1946-1974)* (Plaza & Janés, Barcelona).

1975 Obtiene el premio «Alamo» por *Otra vez con el ala en los cristales,* que no llega a publicar por razones administrativas. Publica *Antonio Machado, ejemplo y lección* (SGE, Librería, Madrid) y *La poesía aprendida* (Bello, Valencia).

1976 Nace su nieto Sergio. Publica una *Edición crítica de «Sombra del Paraíso»* (Castalia, Madrid) y *Miguel Hernández. Obra poética completa,* con introducción, estudio y notas, en colaboración con Jorge Urrutia (Zero, Bilbao).

1977 Publica *Vida y obra de Vicente Aleixandre* (Espasa-Calpe, Madrid).

1979 Premio «Angaro» de Sevilla por el libro *Igual que guantes grises,* que obtiene en diciembre el premio «Nacional de Literatura», después de haber sido publicado por la Colección de Poesía Angaro en Sevilla y en el mismo año.

1981 Publica *Entre cañones me miro* —libro que obtuvo el premio «Francisco de Quevedo» 1978— (Ayuntamiento de Madrid, Madrid). Y también *Miguel Hernández. El hombre acecha.* Edición facsímil sobre la primera edición de 1939, con estudio y notas, en colaboración con Jorge Urrutia (Ediciones de la Casona de Tudanca, Institución Cultural de Cantabria, Santander).

INDICE

BIOGRAFIA 5

ANTOLOGIA:

De «Alba del hijo» 35
De «Huésped de un tiempo sombrío» 37
De «Los imposibles pájaros» 39
De «Los horizontes» 43
De «Elegía en otoño» 47
De «El árbol y otros poemas» 50
De «El padre» 57
De «El extraño» 62
De «Teatro Real» 67
De «Juego limpio» 81
De «La luz a nuestro lado» 101
De «Correo Español» 110
De «Con los cinco sentidos» 115
De «Reformatorio de adultos» 121
De «Igual que guantes grises» 128
De «Entre cañones me miro» 136

SELECCION DE CRITICAS:

Sobre «Alba del hijo»:

José Xavier Aleixandre 141
R. Benítez Claros 142
José Antonio de Cáceres Peña 142

Sobre «Huésped de un tiempo sombrío»:

Espadaña 143
Carmen Conde 143

Sobre «Los imposibles pájaros»:

Bartolomé Mostaza 144
M. Fernández Almagro 144
Gerardo Diego 145
José Antonio de Cáceres Peña 145

Sobre «Los horizontes»:

Miguel Fernández 145
Rafael Vázquez-Zamora 146

Sobre «El árbol y otros poemas»:

Manuel Alvarez Ortega 146
José Antonio de Cáceres Peña 147

Sobre «El padre»:

Manuel Vázquez Ortega 148
José Antonio de Cáceres Peña 149

Sobre «El extraño»:

Pablo Corbalán 149
Ramón de Garcíasol 150
José Antonio de Cáceres Peña 150

Sobre «Teatro Real»:

Jacinto López Gorge 150
Dámaso Santos 151
Bartolomé Mostaza 152
Rafael Vázquez-Zamora 152
Pablo Corbalán 153
Juan de Toledo 153
Gerardo Diego 154

Sobre «Juego limpio»:

Angelina Gatell 155
Juan Rejano 155
Melchor Fernández Almagro 156
Ramón de Garcíasol 156

Sobre «Poesía»:

Antonio Tovar 156
Francisco Umbral 157
Bartolomé Mostaza 158
Guillermo Díaz-Plaja 158
Emilio Miró 158

Sobre «Con los cinco sentidos»:
José Gerardo Manrique de Lara 159
Juan Cervera 159

Sobre «Igual que guantes grises»:
Florencio Martínez Ruiz 160
Concha Zardoya 160

CRONOLOGIA 163

TITULOS PUBLICADOS:

1. **VICENTE ALEIXANDRE,**
   por José Luis Cano
2. **JESUS FERNANDEZ SANTOS,**
   por Jorge Rodríquez Padrón
3. **PUREZA CANELO,**
   por Clara Janés
4. **JOSE MARIA GIRONELLA,**
   por José Antonio Salso
5. **GERARDO DIEGO,**
   por Arturo del Villar
6. **JOSE LUIS CASTILLO-PUCHE,**
   por Manuel Cerezales
7. **ANGEL MARIA DE LERA,**
   por Ramón Hernández
8. **FRANCISCO AYALA,**
   por Ildefonso Manuel Gil
9. **ALONSO ZAMORA VICENTE,**
   por Jesús Sánchez Lobato
10. **CARMEN LAFORET,**
    por Agustín Cerezales
11. **JUAN GOYTISOLO,**
    por Jesús Lázaro
12. **GONZALO TORRENTE BALLESTER.**
    por Carmen Becerra

P.V.P.: 200 Ptas.

DIRECCION GENERAL DE PROMOCION
DEL LIBRO Y LA CINEMATOGRAFIA